Nuestro pequeño universo



Naobi Chan

Nuestro pequeño universo Destinos 1

Naobi Chan

Contenido

Introducción

Era tarde, joder, eran casi las doce y habíamos quedado a las once y media. Apuré un poco más el paso cagándome en el padre del que inventó los tacones, porque tenía que ser muy hijo de la mierda para haber pensado en una tortura semejante. Por muy bonito que me hiciesen el culo, cuando me los ponía me acordaba de todos sus muertos, los tacones altos eran algo inventado por el demonio.

Apuré un poco más el paso al doblar la esquina y allí, con solo levantar la mirada durante un segundo, ya pude ver que habían puesto globos rosas y amarillos en las ventanas. Últimamente estaba más sensiblera que de costumbre y tuve que tragarme una lagrimilla al ver que habían utilizado mis colores favoritos en la decoración. Desde el interior llegaban el runrún de la música y algunas risas y voces, era un poco extraño ver el *Toomuch* con tanto ambiente, sobre todo a esa hora, que en un día habitual estarían a punto de echar el cierre, pero es que esa noche era la fiesta de mi cumpleaños.

Era mi puto cumpleaños…

Treinta y tres ya… ¡joder! Casi me detuve de golpe al ser consciente de que mis treinta estaban quedando atrás y los treinta y cinco, con su posterior cuesta abajo hacia los cuarenta, se acercaban peligrosamente. Tragué en seco, me aparté el flequillo de la cara y respiré hondo para intentar detener el temblor de mis manos, sufrir un ataque de ansiedad y encima en mitad de mi fiesta de cumpleaños no era plan, tenía que tranquilizarme un poco.

Después de un par de minutos, cuando pude controlar un poco mis nervios, reemprendí la marcha y al ir acercándome pude reconocer la melodía de una de las canciones de *Queen* que Andrés siempre ponía como música ambiente, todavía hoy no entiendo cómo puede estar escuchando las mismas canciones una y otra vez. Qué cansino… pero tenía que admitir que escuchar la voz de Freddy Mercury me hacía sentir en casa escuchase donde la escuchase y eso era gracias a Andrés.

Al entrar por la puerta, el inconfundible aroma del *Toomuch,* me recibió como si fuese una caricia reconfortante, como un abrazo cálido en mitad del invierno. Era dulce gracias a la bollería y a las tartas que servían, con ese punto amargo del aroma a café que con

solo olerlo parece que ya te despierta un poco. Cerré los ojos un par de segundos más de lo habitual y al volver a abrirlos allí estaban todos, bueno, todos no… pero sí estaban mis personas imprescindibles. No pude evitar que una sonrisa estirase mis labios, aunque algo crujió en mi pecho al darme cuenta de que había ido a ver a mis amigos sola una vez más, pero en esa ocasión no era una salida entre amigos de un día cualquiera, era mi cumpleaños.

—¡Felicidades! —gritaron en cuanto fueron conscientes de mi presencia.

Cuando pude darme cuenta todos estaban a mi alrededor, Gaby me abrazó fuerte, fue solo un segundo, Sofi la siguió y, antes de que me soltase, Frank nos estrujó a ambas. Gritamos fuerte y la siguiente en abrazarme fue Daniela y por último Lore, mientras sostenía en brazos a Izan, que ya debía de llevar más de una hora durmiendo.

—¿Dónde está Diego, aparcando el coche? —preguntó alguien.

Sentí como se me revolvía un poco el estómago y forcé la sonrisa, intentar demostrar que todo iba bien cada vez me costaba más, pero no iba a dejar que me estropease la noche, no esa noche en concreto.

—No va a venir —traté de que mi voz no reflejase toda la ira contenida que me ardía en la lengua—, está con un caso importante y necesita prepararlo muy bien —habíamos tenido una discusión bastante fuerte cuando me dijo que esa noche no vendría, me había enfadado tanto que salí de casa hecha un basilisco y dando un portazo.

Se cernió sobre nosotros un silencio incómodo, tan solo roto por la canción de *Bycicle* de fondo, todos me miraron con una mezcla entre la rabia y la lástima, algo que me hizo sentir miserable y muy poquita cosa. Era mi puto cumpleaños… y él no estaba, como ya venía siendo costumbre desde unas semanas atrás.

Capítulo 1

Muchos pensarán que es fácil cortar por lo sano una relación de pareja cuando las cosas no van bien, de hecho, yo era de esas personas demasiado optimistas que lo pensaba hasta hace poco tiempo. Veía a los famosos en los programas de corazón diciendo que su relación había acabado por diferencias irreconciliables, o por una infidelidad o por lo que fuese. Incluso algún amigo o conocido se había liado la manta a la cabeza y habían roto una relación de pareja de años sin importar lo que eso pudiese cambiar el rumbo de sus vidas. Eso era lo ideal, no es factible amarrar a otra persona en una relación, cuando sabes de sobra que está abocada al fracaso.

Siempre había pensado que hay situaciones en las que eso es necesario, pero otras requieren un poco de… ¿cómo decirlo? ¿Paciencia? No, ¿mano izquierda? Tampoco… algunas relaciones requieren un poco de constancia, o quizás también un poco de todas ellas en la mezcla perfecta para cada ocasión.

Pero verte en el ojo del huracán cambia mucho la perspectiva de las cosas. Cuando estás en el meollo, cuando eres la persona que sufre en sus carnes el asunto, las cosas cambian por completo y dejar todo atrás es aterrador, aunque sepas que es lo que tienes que hacer.

Llevaba semanas en esa justa posición, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer y aterrada por no atreverme a dar el paso, aunque en realidad me sentía como si estuviese muy lejos, como si los problemas no estuviesen en casa y todo fuese maravilloso y perfecto. Pero, por supuesto, no era el caso y en el fondo lo sabía, era consciente de que él no me miraba igual, no me prestaba la misma atención y parecía más despistado de lo habitual. Además, que no asistiese a mi fiesta de cumpleaños fue el colofón a todos los desprecios que llevaba semanas haciéndome.

Lo achaqué a los nervios por la boda, al supuesto cambio de situación que tendríamos después, aunque era una tontería, llevábamos nueve años viviendo juntos, la única diferencia sería poner la firma en un papel y lucir un anillo de oro en el dedo. Podía entender que eso asustase un poco, al menos que asustase a alguien como Diego, que vivía tan apegado a sus rutinas diarias. Después de la boda todo sería un poco diferente, legalmente seríamos dos y no solo uno, a mí me emocionaba la idea, pero parecía que para él era

peor que una condena.

Y así es como llegamos al tema Diego.

Diego Torrente García.

Licenciado en derecho, doctorado y criminólogo.

El novio perfecto, el chico perfecto, el todo perfecto. Simplemente el perfecto Diego. El tierno, el dulce, el que ponía el mundo a mis pies. El mismo que me dijo que no solo me bajaría la luna, si no que me prometió que me daría el sol y cualquiera de los astros que yo le pidiese. El que me quería por encima de todas las cosas. El mismo que se casaría conmigo en tres meses.

Ese Diego no era el hombre perfecto, amable y respetable que todos pensaban, porque resulta que también era un capullo, un manipulador, un cabrón, un hijo de la mierda y un desgraciado. Un mentiroso de manual de psicología.

Y un infiel.

Es el que me partió el corazón y tiró por la borda casi once años de relación.

Todavía me temblaban las manos, mientras sujetaba un vaso de plástico con agua en la sala de urgencias. El tranquilizante estaba haciendo efecto, pero muy lentamente. Todos los enfermos y sus acompañantes que compartían sala conmigo me miraban de reojo sintiendo lástima por mí, seguro que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, me colgaban dos churretes de mocos y mi pelo era un nido de pájaros. No me atrevía a mover los ojos, estaba segura de que si desviaba la mirada un solo centímetro volvería a llorar y era lo último que quería en ese momento.

En mi cabeza no dejaban de repetirse las palabras que me había dicho solo una semana atrás: «Estoy un poco agobiado por los preparativos para la boda, ¿puedes irte a casa de tus padres unos días? Solo necesito un poco de espacio para pensar».

Espacio para pensar, solo unos días…

Cansada de esperar su llamada para comentar algunas de las cosas que todavía quedaban por concretar en la iglesia, lo llamé yo. No contestaba al móvil y en el trabajo su secretaria me dijo que no estaba. Así que fui a casa, a nuestra casa, y allí tampoco lo encontré en un primer momento, pero en el sofá de mi salón, ese sofá que pagué a plazos y que me había costado medio riñón, había una chica pelirroja sentada en ropa interior. Sentada en mi sofá, sobre mis cojines, justo al lado de la manta rosa con estrellas blancas que me había regalado mi madre por navidad el año anterior. Estaba invadiendo mi sofá, mi territorio y lo que más me dolía, mi lugar al lado de la puñetera manta.

Lo peor fue que desde donde me encontraba podía ver la cama de nuestra habitación completamente deshecha y de ahí salió Diego también en calzoncillos, portando esa sonrisa estúpida que se le quedaba después de follar y creer que lo había dado todo.

Yo podría haber dado la vuelta, salir de esa casa y fingir no darme cuenta, como había hecho durante semanas, o podría mostrarme muy digna y mandar a los dos a la mierda, incluso ponerme histérica, montar una escena mientras gritaba y les tiraba cosas. Pero solo me quedé allí, en silencio, paralizada de la cabeza a los pies y sin saber qué era lo que tenía que hacer o decir.

—Vera, no es lo que… —levanté la mano en un movimiento reflejo haciendo que dejase de hablar, no quería que volviese a insultar mi inteligencia con una mentira tan trillada como esa.

Solo me di la vuelta y salí de nuestra casa cerrando la puerta con cuidado y quedándome paralizada otra vez al otro lado. La situación era tan inverosímil que parecía hasta absurda, lo peor es que sabía que estaba sucediendo, lo veía venir desde hace un tiempo y no había hecho nada para ponerle solución, absolutamente nada.

Me gustaría poder decir que aquella chica era más guapa que yo, más alta, más voluptuosa o incluso con una actitud mucho más abierta que la mía, era consciente de que yo podría llegar a ser un poco fría en un primer momento. También me gustaría poder decir que aquella chica era todo lo contrario: un cayo, un orco, que parecía un cruce entre una llama (por los dientes) y una cabra, (por el pelo estropajoso), pero tampoco era el caso. Era una chica normal, que no destacaba por su belleza pero que tampoco era difícil de mirar. Por lo que no tenía sentido que Diego me cambiase por ella o, lo que es peor, me engañase con ella.

El motivo de su engaño debía ser otro, ¿era ella mejor que yo? ¿Tenía más dinero? ¿Follaba mejor? Y la pregunta que no quería hacer pero que susurraba desde el fondo de mi cabeza: ¿la quería a ella más que a mí?

Tragué en seco porque la situación se me estaba haciendo bola otra vez, empecé a sentir los síntomas de otro de esos ataques de ansiedad que me estaban dando tanto últimamente y decidí ir al centro de salud antes de que fuese demasiado tarde. Caminé por la calle respirando cada vez con más dificultad, sintiendo una presión en el pecho que me asfixiaba, con el corazón bombeando en la garganta y haciendo eco en los oídos. De llorar ya ni hablemos, casi no podía ver entre tanta lágrima y vacié el contenido de mi bolso sin querer en el mostrador de urgencias intentando buscar mi

tarjeta sanitaria.

Y allí seguía, en la sala de urgencias, esperando el viaje de la tranquilidad que me darían las medicinas. Le había enviado un mensaje a Sofi porque el médico no dejaba que me fuese sola y ella era la que vivía más cerca, mientras esperaba que el maldito Diazepan hiciese efecto. Solo necesitaba un buen chute de olvido, dejar de pensar por un momento en el cabrón de Diego para poner mi vida en perspectiva otra vez, porque me había salido del rumbo marcado y me sentía perdida, tanto que era como si estuviese fuera de mi cuerpo viendo la vida pasar a toda velocidad estando yo paralizada, sentada en aquella silla de ruedas, con varias lágrimas silenciosas que goteaban de mi barbilla y abierta en canal desde dentro.

Y vacía… completamente vacía.

Tres semanas después mi vida era un auténtico caos, por momentos me imaginaba a mí misma metiendo todas las partes de mi vida que siempre había tenido en perfecto orden, en una batidora de vaso y pulsando el botón de la máxima velocidad. Todo estaba donde no tenía que estar, todo echo puré, mezclando unas cosas que iban bien con mi actitud victimista de mierda y, por lo tanto, echando a perder todo lo demás que se metía por el medio.

Para empezar, yo había dejado de vivir con mi futuro marido en un dúplex en un barrio cerca del centro a vivir en casa de mis padres, en aquella habitación de mi adolescencia y en mi cama individual en la que ya no sabía dormir, porque me caía siempre por el lado que no estaba contra la pared. El lado de Diego.

Que tener los mimos de mamá cuando más me hacían falta era perfecto, pero, además de que estaba completamente loca, ella y yo éramos muy iguales, tanto que chocábamos continuamente. Además, la estaba decepcionando, no estaba cumpliendo con sus expectativas, estaba segura de que le gustaría presumir con sus amigas de que su única hija, esa que le había salido un poco descarriada, había sentado cabeza con un abogado y tenía toda su vida resuelta y, por el contrario, cuando no me estaba arrastrando al trabajo, estaba vegetando en el sofá maldiciendo mi mala suerte.

Hablando del trabajo… ¿por dónde empiezo? Tenía la inmensa suerte de que mi jefe era un buenazo, me estaba permitiendo trabajar desde casa la mayor parte del tiempo y eso era lo que me estaba salvando, ya que las noches era el peor momento del día. El insomnio me estaba dando muy fuerte y aprovechaba para adelantar el trabajo en esas horas muertas en las que no podía

dormir, así el resto de horas de luz aprovechaba para seguir autocompadeciéndome e insultando a Diego en todos los idiomas que me sabía.

Y también aprovechaba para comer… comer muchísimo. En realidad, mis amigas en una de sus muchas visitas me habían dicho que estaba pasando por una de las muchas fases de las rupturas, al parecer está escrito en algún sitio donde se escriben estas cosas, que para superar una ruptura amorosa hay ciertas fases que se deben superar. Yo, ilusa de mí, siempre había pensado que era las típicas cinco: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Pero no, al parecer son muchas más, ¡muchísimas! En ese manual que mis amigas juraban que existía, había escritas un sinfín de fases por las que yo había pasado y estaba pasando en ese momento.

En una de esas muchas noches de insomnio me dio por hacer una lista mental y quedó tal que así:

Fase 1: Sentirte pequeñita.

Fase 2: Querer desaparecer de la faz de la tierra para siempre.

Fase 3: Llorar.

Fase 4: Seguir llorando.

Fase 5: Ver películas, de esas romanticonas con final feliz y llorar más porque eres consciente de que el tipo de amor que enseñan esas historias no existe ni existirá jamás.

Fase 6: Llorar mucho otra vez.

Fase 7: Perder por completo la funcionalidad de tus fosas nasales ya que, de tanto llorar, están llenas de mocos, taponadas e inservibles.

Fase 8: Querer morir.

Fase 9: Pensar que nadie te va a querer nunca.

Fase 10: Pasar varios días en pijama.

Fase 11: A su vez, pasar varios días sin ducharte (y sin cambiar el pijama).

Fase 12: Dormir.

Fase 13: Dormir mucho.

Fase 14: Y comer.

Fase 15: Comer como si llenar tu estómago fuese a acabar con el hambre en el mundo.

Fase 16: Comer cosas con tantas calorías que tu calculadora mental colapsa solo de pensarlo.

Fase 17: Comer cosas dulces, después comer cosas saladas y por último mezclar ambas para saber qué es lo que pasa.

Fase 18: Lo peor: descubrir que algunas de esas mezclas de dulce con salado que parecían asquerosas, saben mejor de lo que se

pudiese imaginar.

Fase 19: Insomnio.

Fase 20: Odiarlo a él.

Fase 21: Odiarlo mucho.

Fase 22: Mucho, mucho, mucho…

Fase 23: Muchísimo.

Fase 24: Y querer matarlo.

Fase 25: Querer matarlo a sangre fría, con premeditación y alevosía, mucha alevosía.

Fase 26: Cortarlo en mil trocitos para que los del CSI tengan que montar el puzle de su polla.

Fase 27: Después de todos esos pensamientos desastrosos sientes culpa y un poco de resentimiento hacia ti misma por ser tan derrotista.

Fase 28: Autoculparte: porque puede que en el fondo haya sido tu culpa y no la suya… porque no habías sido lo suficiente buena para él. Porque no te preocupabas lo suficiente por él. Porque no le dabas todo el sexo que él necesitaba para mantenerlo interesado… y es cuando empiezas a sentirte como si fueses una mierda. Una basura. Un despojo humano…

Fase 29: Y vuelves a estar enfadada, muy enfadada, pero es contigo misma otra vez, porque has dejado que el gusanito de la culpabilidad cave un hoyo muy grande en tu cabeza y te haga admitir culpas que en realidad no son tuyas. Porque escúchame: no es tu culpa que te pongan los cuernos.

No fue mi culpa que Diego me fuese infiel.

Fue él quien conoció a otra persona, fue él quien me echó de nuestra relación y le cedió a otra nuestra casa, nuestro sofá… ¡nuestra cama! Le cedió nuestro territorio, el mío más concretamente. Porque yo elegí ese piso para que nos fuésemos a vivir juntos, fuimos los dos a comprar los muebles, pero siempre me dio a mí la decisión. Había construido un hogar para ambos y ella entró en él para quedarse, ya que cuando volví a esa casa a recoger mis cosas, la ducha estaba llena de cabellos que no eran míos, porque mi melena rubia no tiene ni una hebra roja.

Ser consciente de que mi relación con Diego y, por ende, todas mis metas con él estaban acabadas, fue lo peor de todo. Descubrir que todo mi esfuerzo de once años para construir algo que fuese de verdad se habían venido abajo solo porque él no fue lo suficiente sincero, me hacía plantearme hasta que punto le conocía. El Diego del que me enamoré podía haberse sentado conmigo y decirme que algo no estaba yendo bien, yo lucharía por solucionarlo, pero

prefirió buscarse a otra y no pelear por lo nuestro.

Aunque, siendo sincera, yo llevaba semanas viendo venir el desastre y no había hecho nada por remediarlo, el fracaso en nuestra relación había sido un poco culpa mía y un mucho culpa suya, que lo llevó al extremo y estiró el problema en lugar de solucionarlo. No me dijo que necesitaba más de mí, o lo contrario, que ya no me necesitaba porque la pelirroja era todo lo que quería. En su lugar me engañó y lo destruyó todo.

Y me destruyó un poco a mí también.

Ahora, viendo todo con perspectiva, aquello no fue el fin de mi mundo, tan solo se trataba de una lección de vida de esas que te marcan y te enseñan algo importante, lo que yo aprendí es que no puedo dejar mi felicidad en manos de otra persona, que yo tengo que ser partícipe y causante de ella, sin personas protagonistas, tan solo complementarias.

Verlo ahora con distancia es fácil, soy consciente de que era lo que tenía que suceder, pero estar sentada en mi cama individual en casa de mis padres, con algún póster en las paredes todavía, mirando mi vida de los últimos once años reducida al contenido de unas cajas de cartón todavía llenas y apiladas en una esquina de mi habitación, dolía mucho y asustaba más todavía.

Tenía que salir adelante como fuese, porque tanta fase estaba acabando conmigo y con mi paciencia. Necesitaba estar bien, volver a sonreír de verdad y dejar de arrastrarme por la vida como si alguien me hubiese apaleado. Pero me sentía tan sola y perdida… era como si volver a dormir en aquella cama trajese de nuevo toda esa incertidumbre de mi yo adolescente, cuando no sabía qué hacer con mi vida, cuando solo quería volar muy alto, pero me faltaban las alas y lo más importante: saber cómo volar.

Lo bueno de ese momento era que no tenía diecisiete años, ya era una chica grande con posibilidades. Tenía un trabajo, aunque estaba segura de que mi jefe estaba empezando a dudar de si podría volver a contar conmigo para ejercerlo como siempre. Desde aquella noche en que lo llamé lloriqueando para pedirle unos días libres para recoger mis cosas de casa de Diego y llevarlas a la de mis padres, parecía que no levantaba cabeza. Las pocas veces que iba a la oficina llegaba arrastrándome, cumplía mal con mis horas de trabajo y volvía a irme mirando al suelo para regresar al día siguiente con la misma actitud.

Pero eso no podía seguir así, me negaba a dejarme hundir por esto, no podía permitir que Diego siguiese siendo partícipe de mi vida echando por tierra todos aquellos objetivos laborales que tenía

desde hacía años.

Tenía que tomar de nuevo las riendas de mi vida, cambiar mi lista de fases por una de tareas para volver a ser yo misma, superarme y seguir adelante con una sonrisa.

El primer punto de esa lista y el más importante, el que rompería con todo ese caos de las últimas semanas, era encontrar un lugar mío donde vivir. Con mis padres no estaba mal, Mamá siempre estaba ahí cuando la necesitaba y papá me abrazaba fuerte haciendo que los problemas y el dolor se alejasen por un rato, pero tenía treinta y tres años y no podía depender de nadie.

Así que lo primero era encontrar casa y hacerlo cuanto antes.

Capítulo 2

Un runrún constante me carcomía la cabeza los días siguientes a tomar la decisión de mudarme a mi propia casa: eso era misión imposible. Quería ser optimista, de verdad que lo quería, pero cada día me costaba más. En los nueve años que llevaba viviendo con Diego las cosas en el mundo inmobiliario habían cambiado lo equivalente a un abismo, para poder pagar un alquiler decente se tenía que pagar con sangre de unicornio o algo así, ¿qué mierda estaba pasando en el país?

Cada piso que me encantaba se salía de mi presupuesto casi la mitad de mi sueldo y lo que podía pagar no era más que un cuchitril o una ratonera sin ventanas. Lo que me estaba llevando a plantearme mi otra opción: compartir piso.

Y no quería.

No, no. Guardaba muy mal recuerdo de mi paso por la universidad, había tenido varias compañeras de piso y la que no estaba loca y no me dejaba ni dormir, era una guarra que no solo no limpiaba la parte que le tocaba, si no que ensuciaba la mía también. Con ese currículum a mis espaldas era fácil decir que compartir casa con una extraña no era algo a lo que estuviese muy dispuesta.

Me había pasado varias noches en vela buscando piso, había mirado en todas las webs habidas y por haber en todo internet, si cerraba los ojos solo podía ver frases como «plaza de aparcamiento», «ascensor», «parqué recién acuchillado» y mi favorita: «calefacción central». El problema es que todo eso era un lujo, al parecer, y para pagarlo tendría que alquilar mi útero a un compra-niños de esos que tanto odio.

Llegué a la oficina desanimada, aunque ese día era por algo diferente a los anteriores, no estaba afectada por el fracaso de mi relación con Diego, estaba afectada porque me había encontrado un escollo muy grande en mi camino hacia la recuperación.

Subí en el ascensor hasta el quinto piso y me senté en mi mesa diez minutos antes de la hora a la que llegarían todos, miré alrededor y me sentí afortunada por trabajar allí, que me contratasen en una editorial había sido mi sueño desde que estudiaba primero de literatura universal en la universidad, por eso atesoraba cada día que acudía a las oficinas de *Saraiba* a desempeñar mis labores, que básicamente eran leer y corregir

manuscritos.

Además, que el emplazamiento estaba en una zona exclusiva del cinturón industrial, desde el enorme ventanal del fondo y tras un biombo había un primer plano del mar. Y las instalaciones no estaban nada mal, la oficina era un local pequeño pero muy bien aprovechado. Dos mesas dividían el espacio en dos por la mitad y ahí nos repartíamos las zonas de trabajo entre los cinco empleados, así nos podíamos ver las caras, a excepción del gran jefe y dueño de la editorial, que tenía su despacho tras el biombo junto al ventanal que dividía la oficina en dos.

Cada día iba al trabajo orgullosa de haber conseguido una de las metas que me había propuesto, aunque para mi madre no fuese suficiente y quisiese más para mí, pero desde que mi relación con Diego había acabado, ir a la oficina se había convertido en una odisea. Tenía la sensación de que todos me miraban con compasión, sintiendo pena por lo que me había sucedido, cuando muy en el fondo yo sabía que era necesario que me hubiese enterado a tiempo de que Diego no era para mí, después de la boda el palo habría sido mucho mayor.

Era agradable estar en mi lugar de trabajo con todo en silencio, aunque, tras el biombo, se podía escuchar como el gran jefe aporreaba el teclado de su ordenador casi como si estuviese asesinando a alguien. Siempre escribía con esa energía, era como una especie de tradición, estar todos trabajando con el sonido de las teclas siendo pulsadas como si estuviese aporreando un tambor.

Siendo la primera en llegar no quise hacer ruido para que no se diese cuenta de que estaba allí, no quería más miradas de compasión de parte de nadie y mucho menos del gran jefe, ¿qué sería lo próximo? Que me diesen pañuelitos de papel porque me había dado un ataque de llanto.

Pero mi intención de no hacer ruido se fue a la mierda cuando, al colocar mi móvil sobre la mesa, le di un manotazo a un lapicero y tiré todo su contenido. Me apresuré en recogerlo intentando no armar más escándalo, pero el sonido de las teclas cesó y fue sustituido por el de unos pasos que se deslizaban sobre el suelo entarimado hacia mi dirección.

—Buenos días, Vera —dijo a mi espalda.

—Buenos días, jefe —respondí en un suave susurro que casi no pude escuchar ni yo misma.

Me apresuré a acabar de recoger todos los lápices para que no fuese consciente de lo desastrosa y patosa que puedo llegar a ser, pulsé apresurada el botón que encendía mi ordenador, cerré los ojos

un segundo para darme valor y al abrirlos me giré sobre la silla y forcé una sonrisa viendo como el jefe se estaba dirigiendo a donde yo me encontraba.

Ahí fue cuando me puse nerviosa de verdad, el jefe no solía hablar con nosotros más que para pedirnos que hiciésemos algo concreto o para… para despedirnos y, hasta donde yo sabía, la corrección que yo tenía entre manos (y de la que tenía mil capítulos atrasados) todavía le quedaba un plazo de entrega amplio, vamos, un par de semanas. Así que el único motivo por el que podía querer hablar conmigo era para ponerme de patitas en la calle, lo que no me venía nada bien en ese momento.

—Vera —dijo mi nombre justo cuando se apoyó en la mesa de mi izquierda, me coloqué mejor en la silla para que supiese que le estaba dedicando toda mi atención, pero sin la valentía de mirarle a los ojos y clavando la vista en la punta de su nariz—, ¿qué tal vas con la corrección?

Suspiré y me pasé una mano por la frente en un movimiento improvisado, solo quería hacerle entender que me estaba esforzando, hasta ese momento solo lo había hecho para mantenerme con vida, pero estaba motivada para esforzarme en el trabajo a partir de ese día. No se trataba de un propósito vacío o un golpe de pecho del momento, estaba segura de que no me iba a derrumbar al día siguiente, que no, que estaba dispuesta a mantenerme a flote de una vez y para siempre.

—Estoy un poco atrasada, pero pretendo darle un buen empujón esta semana —admití con un amago de sonrisa, pero se me quedó algo tirante a causa de los nervios.

—De acuerdo —se enderezó y me observó desde toda su altura, con sus ojos clavados en los míos con tanta intensidad que tuve que devolverle la mirada, aunque no quisiese. — Por lo demás, ¿va todo bien?

Sus ojos marrones me absorbieron durante un largo segundo y estaba segura de que por mi cara pasaron varias emociones, hasta que forcé de nuevo una sonrisa esperando que se viese un poco de alegría en mi mirada.

—Todo bien, ya estoy encauzando las cosas otra vez —era consciente de que, aunque no se lo había dicho directamente, sabía a la perfección lo que me había pasado y estaba al tanto de mis circunstancias.

—Me alegro —concluyó.

Abrió la boca para decir algo más, pero justo en ese momento un torbellino se volatilizó en la mesa de enfrente y cuando quise darme

cuenta el gran jefe se había ido de nuevo a su tierra de nadie.

—¡Buenos días! —casi chilló Sofía dejándose caer en su silla y me miró con esos ojillos suyos que tan bien sabían leerme—. Escuché tu mensaje antes de entrar en la ducha y después se me olvidó contestarte.

Ella era de mis mejores amigas, la primera persona en la que pensé cuando el gran jefe me dijo que necesitaba una *Comunity Manager* barra contestar llamadas barra escribir mails y a la que yo acudía cuando necesitaba ayuda sin dudar ni un segundo de que ella haría lo que fuese por mí.

—Me quiero ir de casa de mis padres cuanto antes —dije repitiendo el fondo del mensaje que le había enviado antes.

Ella suspiró con pesadez, me miró entre sus pestañas y puso esa cara que yo conocía y que pronosticaba que no me iba a gustar lo que saldría por su boca.

—El problema es que ahora mismo está difícil encontrar un piso que tú consideres habitable a buen precio.

—¿Qué quieres decir con eso de «que tú consideres habitable»? —mi ceño fruncido debía advertirle que estaba a un paso de entrar en terreno pedregoso.

—Yo te quiero mucho cariño, pero reconócelo —se hizo la interesante y me miró de reojo—, eres un poco princesita. No podrías vivir en cualquier sitio y los pisos que tú considerarías suben de ochocientos.

—¿Ochocientos al trimestre? —pregunté esperanzada.

—No, al mes.

—Eso no puedo pagarlo ni de coña… —me desinflé por completo y me vi viviendo con mis padres hasta los sesenta y cinco o más, cuando pudiese jubilarme, si es que todavía se jubilaba la gente cuando llegase ese momento.

Resoplé y me dejé caer sobre el respaldo de la silla, ¿por qué el mundo parecía conspirar en mi contra?

—No te desanimes —me miró sonriendo, quise creerla y me tranquilicé un poco—. Al salir de la ofi podemos ir a ver a Gonza a la inmobiliaria, quizá tiene algo a buen precio.

—¿Y qué voy a hacer si no lo tiene? —gimoteé pensando en la posibilidad de quedarme en casa de mis padres el resto de mi vida.

—Siempre tienes la opción de compartir piso.

La miré como si se estuviese volviendo loca y bufé solo para que se diese cuenta de que lo que estaba diciendo era absurdo, no, me negaba en rotundo a compartir piso.

—No siempre sale mal —continuó adivinando que le iba a dar

un no rotundo—, mi compañera de piso es un sol.

—Es tu hermana.

—Pero es un sol —me echó la lengua.

—Me alegro por vosotras, pero un piso compartido no es opción para mí.

—Buenos días, ¿de qué hablamos hoy? —esa había sido Rosi, otra compañera de trabajo, en realidad era la más cotilla de todos los que trabajábamos allí.

Se sentó a mi lado, ocupando una mesa que no era la suya, esperando a que le contásemos todas nuestras miserias. Es de ese tipo de personas que siempre quieren saberlo todo y después se lo cuenta a cualquiera que la escuche, sin importarle si esa persona conociese a los implicados en el cotilleo en cuestión, ella soltaba información como si estuviese vomitando y salpicando al que estuviese cerca.

—Vera busca piso —dijo Sofía dedicándome una mirada de disculpa.

—¿Es que tu *churri* te ha dejado definitivamente? Qué pena… —no sé si me enfadó más su pregunta directa a donde podía hacer más daño o si era la situación en sí misma la que me cabreaba.

—Lo he dejado yo a él —remarqué quizás en un tono más cortante de lo que pretendía—, ¿qué le vamos a hacer? La vida te coloca hijos de puta a lo largo del camino que tienes que ir esquivando para no matarlos a todos.

Fuese con quien fuese mi enfado, estaba segura de que me duraría un buen rato, así que me coloqué unos auriculares para evadirme del mundo por completo y me puse a trabajar en la maldita corrección esperando avanzar un buen trecho esa mañana.

Algo que, evidentemente, no ocurrió.

A la hora del descanso, cuando todos nos levantábamos de la mesa, íbamos al bar de abajo y hacíamos como que éramos súper amigos y nos caíamos súper bien, pasé de todos y preferí caminar un par de calles para estar sola un rato.

Con mi café de medio litro aderezado con mil quinientas mierdas llenas de calorías, me senté en una de las mesas y le envié un mensaje a Gonza, el de la inmobiliaria, pidiéndole ayuda, dándole mi primogénito a cambio si era necesario, yo solo quería un piso habitable a un precio que pudiese permitirme.

En un primer momento solo me había ido porque quería desaparecer del radar de las miradas de todos y centrarme en lo que era importante para mí en ese momento, mi objetivo principal: encontrar piso. Pero lo que no había podido ni admitirme a mí

misma, era que necesitaba estar sola para regocijarme un poco más en mis miserias, lo que coloquialmente se llama revolcarte en la mierda, en tu propia mierda para ser más precisos.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? Había pasado ¿cuánto, un mes desde que recogí mis cosas y no volví a ver a Diego? Tiempo más que suficiente para hacerme a la idea de ese cambio tan brusco que había dado mi vida, pero parecía que me costaba dar el primer paso a la recuperación porque el problema de pagar un piso propio me lo impedía.

Quería llorar, de hecho, lo estaba haciendo. Alguna que otra lagrimilla se me escapó y cayó sobre la pantalla del móvil que todavía tenía desbloqueado esperando alguna señal de Gonza.

—¿Vera? —me llamó alguien en tono de sorpresa.

Debido al bullicio que me rodeaba no reconocí esa voz en un primer momento, por eso no pude disimular mi gesto de sorpresa al encontrar frente a mi mesa al gran jefe con la misma expresión de asombro.

—Hola jefe —fue lo único que logré pronunciar mientras, con muy poco disimulo, me limpiaba cualquier resto de lágrimas que pudiese quedar en mi rostro.

—¿Va todo bien? —realizó la misma pregunta que esa mañana y estuve a punto de derrumbarme contándole todas mis mierdas. Suerte que no fue el caso.

—Sí, sí —me excusé con muy poco convencimiento—, solo estoy un poco agobiada y necesitaba cambiar de aires.

Hasta ese mismo momento no había sido consciente de que el gran jefe nunca tomaba el café con nosotros en el bar de abajo o utilizaba la cafetera comunitaria de la oficina, siempre se iba y no sabíamos a dónde, aunque apostaría un brazo a que Rosi estaba al tanto.

—Si tienes algún problema sabes que la editorial…

—Todo está bien —lo interrumpí porque no quería escuchar otra frase que intentase hacerme sentir bien, no lo conseguiría—. Como ya te he dicho antes, estoy encauzando la situación, tan solo necesito solucionar un tema sin importancia.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme, en *Saraiba* cuidamos de nuestra gente —no me pasó por alto que intentaba endulzar la frase con eso de gente y no trabajadores.

—Gracias, jefe —fue lo único que atiné a decir antes de que se girase y se fuese a otra mesa bastante alejada de la que yo ocupaba.

Suspiré mirando al móvil y comencé a imaginar lo fácil que me resultaría todo si encontraba un piso acorde a mis necesidades,

podría vivir sola, entrar y salir de casa cuando quisiese, encontrar por fin un lugar para echar raíces y no depender de nadie. Pero para eso necesitaba un milagro porque, aunque Gonza trabajase en una inmobiliaria, poder encontrar algo que se acercase mínimamente a lo que yo quería iba a ser muy difícil.

Capítulo 3

Gonza y yo nos conocimos en preescolar, éramos dos micos y ya jugábamos juntos en el recreo del colegio. Al ir cumpliendo años, nos fuimos distanciando por la cosa esa de que en el patio del colegio los niños juegan al fútbol y las niñas a cualquier otra cosa que no sean deportes, la misma mierda de todos los colegios desde tiempos inmemoriales. Yo me hice muy amiga de Sofía, Daniela y Olivia en aquel entonces, éramos las cuatro contra el mundo y Gonza, por su lado, también tenía su grupo de amigos, por lo que no nos relacionábamos en exceso.

En el instituto nos tocó en la misma clase y como el pueblo de al lado era relativamente pequeño, los adolescentes eran derivados a nuestro instituto y nos mezclaban a todos. Así fue como apareció Lorena en nuestras vidas.

Lore era y es la chica más guapa que he visto en mi vida, con su melena color miel ondulada naturalmente, sus ojos enormes y azules, sus labios carnosos y su cuerpo lleno de curvas en los lugares adecuados. Muchas de las chicas la odiaban y la hacían de lado, pero nuestro grupo, entonces de cuatro, pasó a ser de cinco en cuanto nos dimos cuenta de que, a dulzura y buenas intenciones, nadie podía ganar a nuestra Lore.

Entre los chicos tampoco pasaba desapercibida, lejos de las envidias que levantaba entre el alumnado femenino, el masculino perdía el culo por ella y rara era la semana que Lorena no dejaba tras de sí algún que otro corazón roto y muchos egos machacados. Pero Gonza, mi amigo, el mismo que me enseñaba los mocos pegados al dedo a los cuatro años, consiguió derribar todas sus barreras y ambos acabaron enamorados hasta la médula. El tiempo pasó, acabaron casándose, teniendo un hijo y siendo muy felices. La envidia de todo el grupo por ser la única pareja que había logrado llegar al punto estándar de la sociedad a nuestra edad.

Pero que ellos tuviesen la familia perfecta no había hecho que se alejasen de los que siempre estuvimos ahí con ellos, seguimos viéndonos, llamando, enviando mensajes, quedando para salir de fiesta y haciendo cosas juntos. Nos queríamos, éramos la familia que habíamos elegido al crecer.

Por eso cuando nos veíamos siempre había besos y abrazos, o golpes relativamente suaves en el brazo, o un dedo traicionero que

se te clavaba en las costillas haciéndote cosquillas. Al ver a Gonza esa mañana, cuando me escaqueé un ratito de la editorial para ir a la inmobiliaria, le di un beso en la mejilla y me senté frente a la mesa de su despacho, como si fuese una clienta más, porque en realidad lo era.

—¿Y bien? —pregunté con impaciencia repiqueteando con mi pie contra la mesa, me ponía nerviosa lo que pudiese llegar a decirme, tanto para bien como para mal, él tenía la sentencia de mi futuro en sus manos.

—Está complicado —resopló e hizo una búsqueda rápida en su ordenador. Después giró un poco el monitor en mi dirección y comenzó a explicar—. Un quinto sin ascensor, este sin calefacción, este está en las afueras, en este el vecino tiene un perro que no para de dar por culo, esta es zona de botellón y el mejor te lo he dejado para el final —hizo una pausa dramática para mirarme y sonrió—: en este el baño está en mitad de la sala de estar.

—¿Cómo que en la sala de estar? —pregunté con un hilo de voz.

—Pues eso, que a un lado de la televisión, hay una cortina que separa la zona de aseo del salón. Y la cama se esconde en un armario que tienes que abrir y cerrar todos los días si pretendes poder dar un paso dentro de esta caja de cerillas.

Tragué en seco y un nudo me cerró con fuerza la boca del estómago.

—¿Y no tienes nada más?

Él cambió la ventana del navegador a otra que tenía minimizada y suspiró.

—Este es perfecto, un estudio de una sola habitación, este otro es una buhardilla con mucha luz y este de aquí incluso tiene piscina comunitaria. Pero el más barato ronda los setecientos cincuenta más gastos.

—Te odio —mascullé entre dientes—, no sé cómo puedes mantener montado este chiringuito de mierda si manejas esos precios.

—Vera… —intentó tranquilizarme y no le dejé.

—No puedo seguir en casa de mis padres, de verdad que no puedo. Es enorme y perfecta, pero no puedo lidiar con mi padre en calzoncillos por el pasillo todas las noches, es superior a mí.

Él se echó a reír y yo casi rompo a llorar, pero solo fue un casi.

—Seguiré buscando y te avisaré de la primera oferta que vea —prometió dedicándome una sonrisa tierna.

Y yo me aferré a esa promesa como si fuese la única esperanza de seguir con mi vida.

Regresar a la oficina y aguantar el tipo hasta la hora de volver a casa fue toda una odisea. No podía concentrarme en la corrección, repasé tres veces el mismo capítulo y aun así continuaba viendo errores. De todos es sabido que hay ciertos tipos de trabajos que no puedes hacer según tu estado de ánimo, pero no me rendía, por mis ovarios que tenía que dejar ese capítulo listo antes de irme a casa, por eso todos mis compañeros, uno a uno, dieron por finalizada su jornada laboral y me quedé sola allí, a excepción del sonido de las teclas tras el biombo.

—¿Todavía sigues aquí? —casi di un brinco en la silla y el gran jefe me miró con diversión. — Había pensado que todos estaban ya en casa.

—Quería adelantar un poco de trabajo —me apoyé una mano en el pecho a ver si conseguía sosegarme un poco tras el susto—, para compensar mi poca productividad del último mes.

—Todos tenemos momentos mejores y peores —le restó importancia.

—Ya… pero mi mal momento se está alargando demasiado —suspiré y empecé a recoger todas mis cosas, el jefe seguro que quería irse a casa y cerrar la oficina—. Espero que cuando encuentre piso todo sea más fácil después.

—¿Estás buscando piso?

Le miré de reojo un poco temerosa de que le estuviese aburriendo, no lo parecía, sus ojos marrones, a juego con su pelo, parecían realmente interesados por lo que pudiese decirle.

—Sí, pero está siendo un poco complicado —me puse en pie y me sorprendí de mi pequeña estatura a su lado, incluso con unos tacones de siete centímetros como llevaba, él me sacaba al menos una cabeza—. No es que esté pidiendo un aumento de sueldo, pero los pisos que me gustan están fuera de mi alcance y los que puedo pagar dejan mucho que desear.

Él frunció el ceño, pareció pensar algo durante unos segundos y me miró fijamente a los ojos.

—Si te interesa compartir piso —tenía la boca abierta dispuesta a decir un rotundo no e interrumpir lo que fuese que iba a decirme, pero sus siguientes palabras no me las esperaba—, yo alquilo una habitación.

Me quedé un poco impactada sin saber muy bien que decir, algo que él debió de interpretar como interés y continuó hablando.

—No está en el centro, pero sí cerca. Es un tercero con ascensor, plaza de garaje, calefacción y tendrás acceso a toda la casa, cocina,

salón, terraza… ya sabes. Lo he reformado hace unos meses y ahora, entre la hipoteca y el crédito de las obras, me están dejando un poco apretado de efectivo.

—¿Por cuánto la alquilas? —pregunté con voz ahogada.

—Cuatrocientos euros con la comunidad incluida y los recibos a medias.

Asentí como si me lo estuviese pensando de verdad, aunque por dentro me estaba partiendo el pecho de la risa solo por pensar en compartir piso con mi jefe. El gran jefe.

—Me lo pensaré —le di la espalda y me dirigí hacia la salida apurando el paso.

No podía vivir con él por muy barato que fuese, si es que además era justo lo que estaba buscando, pero era mi jefe, seguro que en esos sitios donde escriben cosas hay otro manual donde explican las normas para tu lugar de trabajo y pone bien claro y con letras rojas que vivir con el jefe está terminantemente prohibido. Pero no tenía muy claro como negarme sin que le sentase mal, después de todo podría parecerle ofensivo que no quisiese vivir con él tras haberme puesto la situación tan perfecta, porque de verdad, era lo más bonito que había escuchado unido a un precio de menos de seiscientos. Pero es que se trataba del gran jefe…

Salimos de la oficina y yo llamé al ascensor, pero para mi mala suerte, estaba en el último piso y el tiempo que tardó en llegar fue el suficiente para que él cerrase la puerta de la oficina con llave y entrase conmigo en aquel diminuto cubículo. ¿Os he dicho que tengo un poco de claustrofobia? Pues sí, aunque es solo cuando voy acompañada en el ascensor con alguien con quien no tengo mucha confianza, ¿se puede decir que tengo claustrofobia social? Miedo a permanecer encerrada con desconocidos en espacios pequeños. Sí, esa soy yo, tan rara que tengo que inventarme el nombre de las fobias que padezco.

Los tres segundos siguientes tras cerrarse la puerta del ascensor fueron los más largos de mi vida, incluso creo que estaba conteniendo la respiración. Nunca me había parado a observar el aura de autoridad y la imponente presencia del gran jefe. Ya no solo por su tamaño, que pasaba muy de largo el metro ochenta, era el poder que emanaba, el modo en que te miraba y ya sabías que tu posición y la suya distaban mucho de coexistir en el mismo plano.

Y se potenciaba porque siempre vestía impecable, camisas blancas sin una sola arruga, americanas negras y zapatos brillantes. Todo eso acompañado de su pelo peinado hacia atrás con un toque de gomina y esas gafas de intelectual que solo reflejarte en ellas ya

te hacían parecer ignorante.

—No estás obligada a aceptar la oferta —su voz rompió ese largo silencio de tres segundos que me estaba asfixiando.

—¿Cómo?

—La oferta de la habitación, que no estás obligada a aceptar —se recolocó las gafas y me miró de frente, bueno, un poco hacia abajo porque yo era un hobbit a su lado—. Tan solo te lo he dicho porque tú necesitas mudarte y yo necesito alquilar la habitación, pero no lo tendré en cuenta si declinas la oferta.

—De acuerdo.

Me dejó un poco noqueada, escucharlo hablar tantas palabras seguidas era una novedad para mí, porque excepto en las reuniones de contenido que hacíamos de vez en cuando, él apenas decía una o dos frases dirigidas a una persona en concreto. Lo que era una pena, porque tenía una voz profunda y masculina, de esas que te harían sentir cosquillas en según que momentos y situaciones, estaba segura de que era un orador de primera.

Cuando llegamos al recibidor del edificio solté el aire de golpe y salí del ascensor como si llegase tarde a algún sitio, me despedí escuetamente y casi fui a la carrera hacia el estacionamiento donde había dejado el coche. Estaba segura de que había quedado como una idiota, pero en ese momento no me importó, solo quería alejarme un poco de él y pensar en el mejor modo de rechazar la propuesta que me había hecho.

Esperaba que llegar a casa esa tarde fuese casi una bendición, pero al entrar en la cocina parecía que mi madre había montado un puesto ambulante de… de cosas de la cocina además de comida. Había vaciado todo el contenido de los armarios sobre la mesa y la encimera y estaba limpiando los muebles armada con una botella de flus-flus y un paño. Intenté hacer el menor ruido posible y pasar desapercibida, porque no estoy segura de haberlo dicho, pero mi madre está putoloca. Años atrás tuvo que dejar de trabajar por una minusvalía física, pero eso no evitaba que de repente, un día porque sí, le diese un ataque de hiperactividad y se pusiese a hacer limpieza general.

Evidentemente eso no es un problema por sí solo, al menos no para ella, pero mi padre y yo sabíamos perfectamente que en uno de esos arrebatos teníamos que quitarnos de en medio si no queríamos recibir gritos, palabras malsonantes e incluso algún golpe con objetos arrojadizos. Que mi madre no era mala gente ni una maltratadora, solo estaba un poco demente y había que quererla así.

—¿A estas horas llegas a comer? ¡Son ya las cinco de la tarde! —yo, que ya había pasado de largo por la puerta de la cocina y estaba a solo dos metros de mi habitación, creía que me había librado. Pero no, el tono de mamá enfadada retumbó por toda la casa e hizo eco en mis oídos.

Cerré los ojos un segundo, maldije por lo bajo y volví sobre mis pasos hasta asomarme a dicha puerta, pero manteniendo la distancia solo por si acaso.

—Tengo un poco de lío en la oficina —expliqué sin entrar en muchos detalles—, se me está echando encima una fecha de entrega y me quedé para adelantar un poco de trabajo.

—Y seguro que no has comido —lo formuló como una pregunta, pero era una afirmación que sonaba a sentencia, porque ella me conoce más que nadie y sabía que era la verdad.

—Picoteé algo a media mañana.

—Así estás de delgada —ya empezábamos… me di la vuelta y fui hacia mi habitación mientras ella seguía murmurando—. Si es que aquí nadie se preocupa de nada, ni siquiera de ellos mismos, todo el día sin comer… después se pondrá enferma y llamará a mamá para que la cuide… ¡me voy a ir y a ver que hacéis sin mí!

Cerré la puerta de la habitación y me apoyé en ella desde el interior, no podía seguir así… adoraba a mis padres, de verdad que lo hacía, pero ya tenía una edad y no podía seguir con ellos bajo el mismo techo. Es algo antinatural, uno de los motivos por los que el estado nos hace mayores de edad, una clara llamada de atención, directamente te dicen: «Eh, que ya estás mayorcito, deja de vaguear, busca un trabajo y vete de casa ya». El problema es que la sociedad actual había creado un modelo de negocio inmobiliario que hacía incompatible esa llamada de atención con eso de independizarte cobrando solo el sueldo mínimo.

Desde donde me encontraba tenía una visión perfecta del montón de cajas que había bajo la ventana de mi habitación. Había sacado solo lo necesario para sobrevivir, pero el resto de mi existencia continuaba almacenado a la espera de que pudiese poner un punto y aparte al enorme tropezón que había sido Diego en mi vida.

Me sentía tan frustrada que solo me apetecía meterme en la cama y llamar a Gonza insistentemente para que me encontrase un piso decente, pero hacía solo unas horas que me había confirmado que eso estaba difícil. Me quedaba sin opciones y eso me hacía sentir como si me estuviese asfixiando, al final tendría que optar por compartir piso por mucho que me repatease la idea, iba a ser el

único modo de poder seguir adelante.

—¡Vera! —chilló mi madre—. Tengo algo de lasaña de la comida, ¿la pongo en el microondas?

Sentí un nudo en la garganta y aquella presión en el pecho otra vez, sabía lo que significaba así que me concentré en respirar despacio y pensar en algo positivo que hubiese pasado hoy en mi vida.

—¡Matías, dile algo a la niña! Seguro que está escuchando música otra vez y no se entera de nada.

Treinta y tres años tenía… treinta y tres. Y mi madre todavía me gritaba desde el pasillo porque yo no quería comer.

Se me escapó la primera lágrima justo cuando mi padre llamó a la puerta con los nudillos. Me hice a un lado, abrí y me quedé en silencio con la mirada clavada en la montaña de cajas. Viendo mi vida reducida a un puñetero montón de cosas embaladas.

—He comido una ensalada a las doce —murmuré para dejarle claro a mi padre que la loca de su mujer estaba hablando solo por dar por culo, ya que parecía tener un día tan malo como el mío.

Él no dijo nada, cerró la puerta tras de sí, avanzó hasta la cama donde se sentó y palmeó el colchón para que yo lo hiciese a su lado. Lo hice a los pocos segundos, me dejé caer pesadamente y apoyé la frente en su hombro esperando que me abrazase. Sus brazos me rodearon y, casi al instante, la presión de mi pecho fue disminuyendo hasta desaparecer por completo.

—Te está costando mucho salir adelante…

Quería decirle que no, que ya era mayor y autosuficiente, que había olvidado al gilipollas de mi ex y que el haber adelantado dinero para la boda que ahora no podría recuperar no me estaba suponiendo ningún problema. Todo eso sumado a que me estaba costando un mundo poder irme de casa por segunda vez.

—No encuentro ningún piso que me guste —resumí toda mi ansiedad en una sola frase, porque sabía que en cuanto superase ese obstáculo lo demás vendría solo.

Tenía que ser así por el bien de mi salud mental.

—Puedo dejarte dinero si lo necesitas —empecé a negar con la cabeza antes incluso de que dejase de hablar.

—El problema no es el dinero —mentí—, el problema es que es imposible encontrar lo que estoy buscando a un precio razonable.

—Pues tendrás que pagar un precio poco razonable o plantearte el buscar otra cosa.

Suspiré pesadamente y me di cuenta una vez más de que en la vida no se trata de escoger entre lo que te gusta y lo que no, solo

puedes hacerlo entre lo que no aceptarías bajo ningún concepto y lo que está al alcance de tus posibilidades, es decir, lo menos malo. O, como estaba siendo en mi caso, solo a lo que puedes afrontar sin volverte loca. Aunque aceptar eso fue una patada en el estómago, un golpe de realidad. Si quería irme de casa de mis padres y no quería vivir en una ratonera, la única opción que tenía al alcance de mis posibilidades y que podría afrontar un pco era compartir piso.

—Voy a salir a despejarme un rato —besé a mi padre en la mejilla y me fui, necesitaba pensar, darle vueltas al tema que acababa de asumir y aceptarlo de verdad.

Para no salir de mi rutina fui andando hasta el *Toomuch*, me quedaba un poco lejos, pero aprovecharía el paseo para pensar y poner mis ideas en orden.

Frank estaba tras la barra como cada tarde, con su habitual atuendo negro de la cabeza a los pies, su piercing en la ceja y siempre de buen humor. En ese momento estaba colocando algunos vasos en su lugar y me recibió con aquella sonrisa enorme y llena de dientes que tanto le caracterizaba.

Le saludé con la mano y sin más preámbulos me fui a nuestra mesa de siempre, la que esta atrás de todo, justo en la esquina y al lado de la ventana. Dos minutos después en los que me mantuve abstraída con un par de pelusas de mi abrigo, apareció frente a mí un capuchino enorme con extra de nata. Sonreí a Frank, que se había sentado al otro lado de la mesa frente a mí y él me devolvió la sonrisa contagiándome un poco de su alegría.

—Gonza me dijo que estás buscando piso —asentí mientras hundía el dedo en la nata de mi café hasta casi el nudillo y después me lo llevé a la boca.

—¿Tienes algo que ofrecerme? —saboreé la nata dulce mientras él negaba—. Estaba buscando algo para mí sola, pero visto el éxito tendré que plantearme compartir piso, ¿sabes de alguien que busque compañera? —él era camarero, todo el mundo habla con los camareros, quizás estaba al tanto de alguna oferta de esas de boca a boca que se comentan en *pettit comité.*

—Nada que te pueda interesar.

Bufé y me crucé de brazos un poco indignada, todos me decían siempre lo mismo y ya me estaba empezando a cansar, a saber el concepto que tenían de mí los que se suponían que eran mis amigos.

—A ver, que no soy una puñetera snob, que si tengo que limpiar un váter lo voy a hacer.

Frank empezó a reír, alguien entró en la cafetería y se puso en pie para ir a atender la barra de nuevo.

—Una cosa es que lo hagas porque te veas obligada a hacerlo —dijo antes de irse—, y otra muy distinta es que seas capaz de entender que se hace porque hay que cagar y eso mancha.

—¿Qué significa eso? —pregunté intrigada.

—Que vas a evitar por todos los medios cierto tipo de actividades, no porque te den asco, simplemente porque es tu forma de ser, pero te queremos así —besó mi coronilla y se giró—, eres nuestra princesita.

Arrugué el morro porque lo que dijo, aunque fuese una verdad como un templo de grande, me molestaba un poco. Yo me consideraba capaz de enfrentarme a todo, todo lo que fuese por mucho que me disgustase, pero si me disgustaba lo evitaba como diese lugar. Eso tenía que admitirlo, pero entraba dentro de la normalidad, todo ser humano evita lo que no le gusta.

Removí mi café mientras Frank atendía a los nuevos clientes que acababan de entrar, pero no volvió a la mesa conmigo ya que la cosa se complicó y la cafetería empezó a llenarse. Una de esas personas que entró fue Sofi, con un chico bastante guapo al que ella miraba de reojo y con cara de tonta. No tardó en sentarse a mi lado después de darme un beso en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté bebiendo el último trago de mi café.

—Pasar las horas muertas… ¿tú?

—Plantearme mi futuro, ¿te puedes creer que mi única opción es compartir piso? —la indignación se me escapaba por el espacio entre las palabras que dejaba salir con esfuerzo, porque era consciente en toda su plenitud que tener que compartir piso iba a ser algo muy difícil para mí.

—Siempre lo puedes mirar por el lado bueno —Sofía me iluminó con una de sus teorías, esas en las que era capaz de unir conceptos y hacer que una situación de mierda se convirtiese en la mejor oportunidad que te podía brindar la vida, esperaba que fuese así.

—¿Compartir piso tiene un lado bueno?

—¡Oye! Que yo comparto piso y tengo una buena compañera —se quejó.

—Es tu hermana, eso no vale.

Sonrió y se recolocó un mechón de pelo tras la oreja, estaba segura de que Sofía no era consciente de lo preciosa que era, quizás fuese porque la tenía idealizada al ser mi mejor amiga, pero no tenía nada que envidiar a nadie, por mucho que ella se escondiese detrás de cientos de complejos. Que si unos kilos de más, que si celulitis o pelo que crecía donde no debía… Sofía era un pibón,

aunque ella se empeñase en negarlo.

—El lado bueno es que puedes afrontar la situación como un reto, el modo de demostrarte a ti misma que no eres tan remilgada como creemos.

—Soy remilgada —volví a arrugar el morro.

—Pues piensa que así no estarás sola, estás pasando por un mal momento y estar sola no es bueno, te deja demasiado tiempo libre para pensar.

—Me gusta estar sola y pensar en mis mierdas.

—Regodearte en tus mierdas, querrás decir —me corrigió, a lo que yo gruñí por lo bajo.

—Lo que sea —le resté importancia y desvié la mirada hacia la barra, donde, hablando con Frank, estaba el chico que había venido con ella—. ¿Quién es ese que ha venido contigo?

Sofía sonrió y sus ojos se encendieron con esa luz que era ella en sí misma.

—Es Ale, ¿no te he hablado de él? —negué con la cabeza—. Que sí, es mi vecino, el que te dije que se colaba saltando por mi terraza cuando le sale del culo.

Algo recordaba, pero muy por encima, eso de estar más preocupada por tus propios problemas que por la vida de tus amigos es una mierda.

—Lo siento, soy un completo caos y no lo recuerdo —puse cara de pena y ella se vengó tirándome una servilleta arrugada a la cara.

—La que es caótica es tu vida, no tú, en cuanto pongas todo en orden volverás a ser la de siempre.

Y esa simple frase recolocó un poco mi mundo, que estaba del revés desde aquel día que hice las maletas y dejé de vivir con Diego. Sonreí como hacía mucho tiempo que no lo había hecho, porque, aunque el que pensaba que iba a ser mi marido había preferido a otra, mis amigos me preferían a mí y estaban ahí cuando de verdad los necesitaba.

Capítulo 4

Otro lunes, otra semana, otro mes y otra tortura…

Quien mirase mi vida por un agujerito podía pensar que estaba pasando por una depresión post ruptura. Nada más lejos de la realidad, no es que estuviese contenta por haber perdido al que se suponía que era el amor de mi vida, pero había asimilado que él no era el adecuado. Después de casi tres meses en los que recogí mis cosas y me fui, no había pensado en lo mucho de menos que echaba a Diego ni nada así. Aunque solo lo había asimilado un poco, no hay que venirse tan arriba, solo había aceptado que él no estaba hecho para mí.

En realidad, si era realmente sincera, lo que había aceptado era que el amor en general no estaba hecho para mí. O que directamente el amor no existía. Punto. Era todo un invento de la sociedad para que nos juntásemos, nos reprodujésemos y siguiésemos creando nuevos esclavos para esta rueda sin fin que es el capitalismo.

Como fuese, el caso es que en el fondo no estaba mal por mi desengaño amoroso, estaba mal porque me había encontrado con un obstáculo muy grande y la vida se me estaba haciendo bola. Se me había metido entre ceja y ceja irme de casa de mis padres y eso parecía más difícil a que te tocase el gordo de la lotería.

Cada día en la oficina intentaba animarme a mí misma diciéndome que al menos tenía el trabajo de mis sueños y que compartía vida con mis mejores amigos, pero era más difícil a medida que pasaba el tiempo y yo seguía estancada en el mismo punto: aguantando las locuras de mi madre casi a diario mientras mi padre la miraba de reojo con cara de «déjalo pasar, ya la hemos perdido hace tiempo».

Mi rutina diaria al llegar a la oficina era encender el ordenador, sentarme derecha en la silla y abrir un sinfín de páginas de inmobiliarias y de anuncios para compartir piso. Era ya una obsesión, pero no podía parar, llevaba casi un mes buscando y el resultado había sido nulo. Cero. Nada. Se podía entender un poco que ese hecho me hiciese sentir tan mal y tan en la mierda.

—¿Sigues buscando piso?

Elías era un compañero de trabajo al que le tenía cierto aprecio. Uno de esos genios incomprendidos que en solo dos minutos se le

ocurría la mejor idea de la historia y la plasmaba en un lienzo en blanco creando una obra de arte. Era el encargado de hacer las portadas y todos esos baners, carteles publicitarios y demás que se compartían por redes sociales. Casi nunca hablaba con nadie, solo observaba desde la silla esperando pasar desapercibido, por eso al escuchar esa pregunta me contuve de contestarle mal, el pobre no tenía la culpa de nada.

—Sí, parece que estoy pidiendo un imposible, pero no quiero nada fuera de lo normal —resoplé.

—Uno de mis amigos está igual, el mercado inmobiliario está imposible, para poder alquilar necesitas hacer un pacto con el diablo o algo parecido.

Quise seguir la conversación, lo prometo, pero el gran jefe pasó frente a mi mesa, me dedicó una mirada que no supe descifrar del todo y eso me dejó intrigada. Quizás hubiese sido buena idea ir a su despacho y preguntarle, o quizá no, porque tampoco me había dicho nada ni yo le debía nada.

Me había hecho una oferta hacía varias semanas, yo ni acepté ni decliné dicha oferta, ante la ausencia de respuesta una persona normal habría deducido que no querría vivir con él, pero no tenía ni idea de si él era una persona normal o no. Excepto el día de mi entrevista de trabajo, nunca había hablado con él más que un puñado de frases, por no hacer, ni siquiera había pasado al otro lado del biombo más que aquel mismo día de la entrevista.

No le conocía en absoluto como persona, solo como jefe y para eso muy de lejos, por eso no podía vivir con él. Aunque fuese la mejor opción que tenía, de hecho, la única que podía aceptar sin vender un riñón o pensar que iba ir a vivir a una casa en mitad de Mordor.

Así que no podía entender por qué me estaba dando tanta ansiedad en ese momento ser consciente de que no había contestado a su oferta. Había sido un poco maleducada y eso era algo que no había sucedido nunca, seguro que estaba un poco molesto conmigo y por eso aquella mirada tan intrigante que no podía quitarme de la cabeza.

Desde ese momento y hasta la hora del descanso, el tiempo se me hizo eterno, además que no podía concentrarme en lo que estaba haciendo. Por suerte había entregado el último manuscrito corregido en plazo, pero ahora estaba con otro y no lograba entrar en el meollo de la historia para hacer una buena corrección, porque me costaba mucho dejar a un lado mi problema inventado con el gran jefe y centrar mi atención en lo que tenía que estar haciendo.

Así que ese lunes tampoco bajé con la gente de la oficina a la cafetería de siempre, necesitaba espacio en soledad para olvidar aquella tontería, pero sin darme apenas cuenta mis pies me llevaron aquella otra unas calles más para allá, llena de ruido igual que la cafetería de siempre, pero un ruido que me dejaba pensar. Lo que no recordaba es que aquella cafetería es la que solía visitar el gran jefe y, lo más probable, era que me encontrase con él allí.

Así fue, yo con mi café enorme lleno de calorías en una mano y mi magdalena gigante en la otra, me quedé paralizada cuando me lo encontré de frente con sus ojos clavados en mí. Traté de ocultar mi expresión de sorpresa, sonreí con cortesía y moví la cabeza como diciendo: «hola, ya te he visto» y me fui a una mesa vacía dándole la espalda de manera premeditada.

Pero no podía tener la suerte de mi lado y ser tan fácil superar esa situación, que estamos hablando de mi vida y, cuando más ansiedad me da algo, el destino más de cabeza me lleva hacia ello.

El gran jefe apareció en mi ángulo de visión menos de un minuto después, se sentó sin pedir permiso y dejó su café sobre la mesa justo frente al mío. Como si nos conociésemos e hiciésemos eso muy a menudo.

—¿Qué tal todo, Vera? —su tono podría haber resultado inquisitivo, así mi ansiedad tendría un motivo por el que estar ahí, torturándome en el fondo de mi cabeza, pero no, sonó tranquilo, como le preguntarías a un amigo que hace tiempo que no ves.

—Ahí estamos, jefe —le di un trago a mi café, había olvidado que me lo acababan de servir y me quemé toda la lengua, pero me esforcé al máximo para evitar que se me notase el gesto de dolor.

No podía ser más patética.

—¿Al final has solucionado el tema del piso? —me dedicó de nuevo aquella mirada, que en sus ojos oscuros era más difícil de descifrar.

Ahí, ahí estaba él metiendo el dedito justo en la llaga y removiendo con decisión para que mi ansiedad subiese a niveles astronómicos. Carraspeé, me moví inquieta en la silla y alisé las arrugas inexistentes de mi falda secando el sudor de la palma de mis manos en el proceso.

—Sigo buscando —dejé salir como un suspiro, en realidad era una verdad incómoda que no quería admitir frente a él—. No consigo encontrar lo que necesito.

Un largo silencio se cernió sobre nosotros, un silencio incómodo debo añadir. Tiempo que él se tomó para darle un trago a su café, colocarse las gafas y pasarse una mano por el pelo para peinárselo

mejor hacia atrás. Si hasta parecía que era consciente del estado de ansiedad en el que me encontraba y lo estaba llevando al límite.

—Mi oferta sigue en pie, si es que estás interesada, todavía no he alquilado la habitación —ahí estaba la puntilla final, lo que le faltaba para rematar la faena y llevarse el trofeo a casa.

Me puse de un par de tonos de rojo en un solo segundo, para disimular volví a dar un trago de mi café y volví a quemarme, no pude disimular esta vez y me cagué en todo lo cagable en voz baja. Él parecía divertido con la situación, aunque no sonrió en ningún momento, si lo pensaba en serio, nunca le había visto sonreír, siempre había estado impasible y profesional frente a mí y el resto de empleados de la oficina.

—Verás yo… —titubeé un poco y no me atreví a mirarle a los ojos—, no sé hasta que punto será buena idea que vivamos bajo el mismo techo.

—¿Por qué? —preguntó con verdadero interés.

—¿Por qué eres mi jefe? —no pude más que contestarle con otra pregunta.

—Verás, Vera —frunció el ceño ante la redundancia de lo que acababa de decir—, somos adultos y entre nosotros no va a haber más que una relación comercial casero inquilina. Si es que es eso lo que te preocupa.

—Ese es el mayor inconveniente, la verdad —no podía haberlo dicho mejor, así que le di la razón.

—Nos veremos en el trabajo y en casa tú tendrás tu espacio propio, no voy a controlar qué haces ni a qué horas lo haces. En cuanto salgamos de la oficina dejaré de ser tu jefe y no tendrás que darme explicaciones.

—Suena bien —admití a regañadientes—, pero… no sé. Todo puede resultar confuso y…

—Vera —me interrumpió—, piénsalo bien, ¿cuánto tiempo llevas buscando piso?

—Semanas.

—¿Has encontrado algo? —negué con la cabeza—. Pues, lo que podemos hacer es que probemos un par de meses a ver cómo va y, si ambos nos sentimos a gusto, dejaremos que sea algo más permanente.

Podía venderle la moto a quien quisiera, joder… ¿por qué no me había dado cuenta de lo bien que sabía hablar?

—Suena coherente.

—¿Eso es que aceptas? —una de sus cejas se alzó por encima del cristal de las gafas y eso me desconcentró por completo.

—Sí —contesté sin saber muy bien lo que decía.

—De acuerdo, pues no se hable más —bebió el poco café que le quedaba de un trago y me miró—, me pondré en contacto con mi abogado para que redacte el contrato de alquiler y a lo largo de estos días iremos arreglando el tema. Así el fin de semana podrás empezar a llevar tus cosas.

—¿Llevar mis cosas? —pregunté confundida.

¿Mis cosas? ¿El tema? ¿Contrato de alquiler? ¿Cómo? ¿En qué berenjenal me acababa de meter yo solita?

—Sí, te daré las llaves y la dirección cuando firmemos, aunque si quieres esta noche puedo enviarte unas cuantas fotos a tu email para que veas como está todo.

—Estaría bien —dije asintiendo mientras mi mente asimilaba poco a poco lo que acababa de pasar en solo cinco minutos.

—Estamos en contacto —dijo antes de ponerse en pie e irse.

Y allí me quedé yo, de una pieza, con la cabeza a mil revoluciones por segundo y de mi nivel de ansiedad ya ni hablemos, había subido tanto que ya ni existía. Mi ansiedad había trascendido y ahora era el todo, toda yo era un bloque de ansiedad condensada en forma de cuerpo humano.

Volví a la oficina sin ser consciente de mis actos y totalmente de forma autómata, Sofía, que me vio venir calle abajo con cara de estar intentando descifrar un problema imposible, salió a mi encuentro y me obligó a detenerme frente a ella.

—¿Estás bien? —creo que asentí, porque ella siguió hablando—. ¿Ha ocurrido algo malo?

—Tengo piso, creo que me mudo este fin de semana.

—Eso está muy bien —trató de abrazarme, pero yo era un palo rígido, un bloque de ansiedad que intentaba buscarle sentido a lo que acababa de suceder—, ¿compartido? —asentí y ella sonrió—. ¿Con quién, la conozco?

—Sí —me reí un poco sin sentir ni una pizca de gracia, pero es que la situación lo necesitaba. Yo lo necesitaba—. Voy a vivir con el gran jefe.

La cara que puso Sofía debía de ser un reflejo de la mía, pero es que… no tenía sentido lo que acababa de suceder, por más que lo intentase no lograba recordar el motivo por el que había aceptado vivir con el jefe.

Pasé el resto del día como en un limbo, las horas se sucedieron más rápido de lo habitual que en días anteriores y, aunque no quería admitirlo, muy en el fondo me hacía ilusión haber encontrado un lugar al que mudarme. Aunque estaba segura por

completo de que iba a ser un fracaso apoteósico, que no iba a durar más de un par de semanas viviendo allí y que tendría suerte si no perdía mi trabajo en el proceso.

Capítulo 5

—Mi abogado me ha obligado a redactar una lista con todo lo que tengo en casa, dice que es por precaución, espero que con esto no sientas que creo que me vas a robar las toallas del baño —sabía que era una broma, pero como el puñetero nunca sonreía no estaba segura.

—No importa —le resté importancia.

Era viernes, un día genial para la gran mayoría de trabajadores que libramos el fin de semana, pero para mí ese viernes estaba siendo horrible. Tanto que había tenido pesadillas con ese momento. La culpa era de mi puñetera ansiedad, que no la podía controlar y ella sola me obligaba a montarme películas en las que yo, y solo yo, salía mal parada sin importar los muchos finales que pudiese imaginar.

Suspiré y miré a mi alrededor con tanta curiosidad como si hubiese entrado en una cámara secreta de la pirámide de Guiza o algo así: estaba al otro lado del biombo. Lo que entre los trabajadores de la editorial era prácticamente terreno inexplorado, tierra de nadie, ya que solo entrábamos allí por dos posibles motivos: ser contratados o ser despedidos. Mi motivo para estar allí no era ninguno de ellos: iba a firmar el contrato de alquiler.

Cuando un par de minutos antes el gran jefe me llamó para que fuese con él tras el biombo, pude sentir la mirada interrogante de todos clavada en la nuca, seguro que pensaban que iba a despedirme, que había metido mucho la pata y que ya era el momento de que me largase de allí, pero que equivocados estaban… no solo iba a seguir trabajando en la editorial, si no que iba a vivir en casa del gran jefe.

Iba a vivir con el puto gran jefe.

Tenía que repetírmelo a mí misma varias veces al día para creérmelo, pero allí estaba, con el contrato frente a mí y con la mano que sujetaba el bolígrafo para firmar temblando tanto que parecía que tenía convulsiones. Respiré hondo y puse la primera letra de mi nombre justo cuando él empezó a hablar.

—Esto está mal.

En un movimiento más rápido de lo que creía posible, solté el bolígrafo sobre la mesa y miré al jefe asustada, pero él no me devolvía la mirada, su atención estaba puesta en unos papeles que

sostenía entre las manos.

—Vera, lee con tranquilidad y firma eso, que ahora mismo vuelvo —dijo antes de cruzar el biombo y dejarme sola en su tierra de nadie.

Resoplé dejando salir todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y miré a mi alrededor, la mesa estaba completamente desordenada y sabía por experiencia que nadie podía tocar ese caos, un trabajador de la limpieza se llevó una buena bronca por ello unos meses atrás. A uno de los laterales del despacho improvisado, había una estantería repleta de cajas de facturas y tras la mesa un enorme ventanal desde donde se podía ver el mar. Ahora entendía porque se había quedado para él esa puñetera esquina y nos había dejado a los trabajadores que nos bronceásemos bajo la luz de los fluorescentes. Tenía que ser increíble trabajar teniendo esas vistas y ese trocito de paz y libertad que siempre se siente al mirar el mar.

Ver el contenido y el continente de su despacho me hizo pensar en lo poco que conocía al gran jefe, de hecho, no recordaba ni cuál era su nombre. Sujeté el contrato y lo busqué entre sus muchas páginas: Leopoldo Hortega, más bien Leo, como había firmado. En el fondo de mi memoria recordaba que al principio si le llamábamos Leo, pero después gran jefe como broma fue ganando por costumbre y ahora nadie se le ocurría utilizar su nombre de pila.

Miré por la ventana de nuevo, allí donde mi vista se perdía en el horizonte y pensé que ese tenía que ser el otro terremoto que tirase todo abajo, porque me había planteado la teoría de que, cuando necesitas hacer un cambio radical en tu vida, hay un terremoto que te echa todo abajo, para que, en el proceso de volver a componerte, descubras algo nuevo sobre ti. Lo que comúnmente se llama salir de tu zona de confort, pero que no, ese nombre no me parecía que definiese por completo lo que me sucedía en la vida. No he estado en mi zona de confort nunca, desde que tengo memoria la vida se ha sucedido de estado de ansiedad en estado de ansiedad, porque nunca había encontrado mi lugar. Así que decir que enfrentarme a lo desconocido viviendo con el gran jefe sería salir de mi zona de confort, no era lo más correcto. Para dar un gran cambio yo me desmontaba, la ansiedad me comía viva y después me volvía a construir de otro modo, en otra situación y descubriendo algo de mi personalidad que antes no conocía.

Vivir con el jefe, salir de lo conocido e (in)cómodo de vivir en casa de mis padres, volver a comenzar en una zona de la ciudad que era nueva para mí… todo eso iba a enseñarme algo, una parte de mí que quizá no había descubierto hasta ese momento. No podía

negarme esa experiencia, si me empeñaba en esconderme y no querer aprender la posible lección que sacase de todo eso, la vida me la iba enseñar de otra bofetada lo quisiese o no, como me había pasado en mi relación con Diego.

Así que sujeté de nuevo el bolígrafo con decisión y firmé el contrato de alquiler justo en el momento en que el gran jefe volvía a cruzar el biombo y se sentaba tras su mesa.

—Perdona, Óscar ha hecho mal un informe de contabilidad, no sé en qué está pensando últimamente —me explicó mientras cogía el contrato y miraba mi firma en todas las páginas que me había indicado antes—. Perfecto —susurró dividiendo el montón de papeles en dos y guardando uno de ellos en un sobre que dejó en la mesa frente a mí.

Después abrió un cajón, escuché el tintineo de unas llaves y unos segundos después esas llaves estaban encima del sobre.

—Aquí tienes la llave del portal, de la puerta y el mando del garaje por si quieres guardar allí el coche, tienes el número de plaza que te corresponde en el contrato —comenzó a decir mientras yo no podía alejar la mirada de las llaves—. Si quieres puedes empezar a llevar tus cosas esta tarde y pasar allí la noche, en las fotos que te envié ya has visto como es la distribución del piso y creo que no tengo mucho más que decirte.

—No, está todo claro —susurré todavía mirando las llaves.

—Pues ya nos veremos en casa.

Tardé tres segundos de más en ser consciente de que la conversación se había acabado, me levanté apresuradamente para no parecer idiota, cogí el sobre y las llaves y salí de tras el biombo como si me estuviese persiguiendo un delincuente. Ignoré premeditadamente las miradas inquisitivas de mis compañeros de trabajo y me senté en mi silla, sujetando las llaves con tanta fuerza que se me empezaban a clavar en la palma de la mano.

Me concentré en respirar despacio, me estaba arrepintiendo más que nunca de lo que acababa de hacer, mierda… iba a vivir con el gran jefe, ¿cuándo había perdido tanto la cabeza? Me obligué a tranquilizarme y, pasados unos minutos, pude aflojar un poco la mano y no apretar con tanta fuerza. Me atreví a mirar lo que tenía entre los dedos, eran unas llaves, no podían darme tanto miedo, solo eran unos objetos inanimados.

Solo se trataba de una llave azul, la otra dorada y el mando negro y feo del garaje, todo ello unido a un llavero que, ni de lejos, habría imaginado que perteneciese al gran jefe. Era una pequeña bola de cristal que tenía la imagen de una galaxia, con una preciosa

nebulosa azul y rosa salpicada de cientos de estrellas.

Eso me pareció casi profético, como si el gran jefe me estuviese dando un pedacito de universo en el que redescubrirme y ser yo misma de nuevo. Al menos esa parte más ñoña y romanticona de mí quiso pensar así, que era una señal del destino, algo que el futuro tenía preparado para mí.

Solo pensar en eso me hizo sentirme un poco más tranquila, pero solo un poco. Pensar en que iba a mudarme con prácticamente un desconocido, que iba a pasar unos días con mucha incomodidad y ansiedad social, hacía que mi estrés se elevase a niveles astronómicos.

No me equivocaba cuando predije que mis niveles de ansiedad y estrés estarían ambos por las nubes, Frank y Gaby me ayudaron a llevar alguna de mis cajas a casa del gran jefe, yo había metido la ropa que más me ponía en mi maleta rosa y tiraba de ella por el rellano del edificio, esperaba no hacer tanto ruido como para que los vecinos ya me odiasen sin siquiera conocerme.

Estaba siendo un sábado la mar de estresante, apenas había parado en todo el día metiendo ropa en la maleta y cajas en el coche, para deshacer lo hecho en la otra punta de la ciudad. Había completado ese proceso dos veces y esa era la tercera maleta de ropa que llevaba y la última por ese fin de semana.

Decir que estaba nerviosa era decir poco, verme frente a la puerta yo sola, sin el respaldo de mis amigos cargados con cajas, era muy diferente. Ahora tendría que enfrentarme por mí misma a lo que fuese que hubiese tras la puerta, que tampoco es que fuese a matarme o torturarme alguien, el piso del gran jefe era impresionante de bonito, el problema era que tenía que compartirlo con él.

Justo cuando iba a meter la llave en la cerradura, escuché como él hablaba con alguien en el interior de la casa, no entendía muy bien lo que decía, pero estaba utilizando un tono de voz que no le había escuchado nunca antes, ¿podría ser que el gran jefe estuviese hablando con su novia? Es más… ¿el gran jefe tenía novia? Si era así… ¿ella no me odiaría por irme a vivir con él sin conocernos de nada?

Antes de volverme loca, abrí la puerta que daba directamente hacia la sala de estar y allí no había nadie, perfecto, me apresuré en avanzar hacia el pasillo que daba a mi habitación sin que me viese.

—Vera, ¿eres tú?

Como era de esperar, fracasé en mi intento.

—Sí, ya traigo la última maleta —su cabeza se asomó por la puerta de la cocina al fondo del pasillo y me sorprendió verle sin gafas—. Voy a… a esto… a vaciar esta ropa, me daré una ducha y me meteré en la cama.

Sin darle opción a que me contestase, me metí en la habitación y cerré la puerta tras de mí. Madre mía, no podía sentirme más incómoda y desubicada…

La habitación era enorme y preciosa, con un enorme ventanal por el que entraba mucha luz y que estaba adornado por un elegante visillo de color blanco roto. Una cama enorme presidía la estancia y las paredes estaban pintadas de un gris perla precioso. Pero lo mejor es que a uno de los laterales de la habitación, había una puerta que daba a un vestidor que era tan grande como la habitación que ocupaba en casa de mis padres. Ese era el sueño de mi vida, el poder tener toda mi ropa colocada sin tener que estar haciendo cambios de armario de temporada.

Pero nada de eso me alegraba en ese momento, aunque debería, pero nunca me había sentido tan fuera de lugar en un sitio. Era una extraña, aferrada a mi maleta rosa, en una zona exclusiva de la ciudad y en una habitación que era casi tan grande como el piso que compartía antes con Diego.

¿Qué estaba haciendo allí?

Por un momento se me ocurrió la idea de llamar a mi padre o mi madre para que me rescatasen… incluso Sofi podría tener algún consejo o una salida al momento que estaba pasando. No pude llegar a decidir a quién llamaba porque unos suaves golpes en la puerta me hicieron dar un respingo del susto, pero sonreí intentando mantener el ritmo de mi respiración para que el gran jefe no fuese consciente el primer día de mi estado emocional tan frágil.

—Adelante.

—Perdona que te moleste —la cabeza del gran jefe se asomó por el hueco de la puerta entreabierta y yo forcé más la sonrisa, seguro que hasta parecía un poco loca—. Tenía que haberte preguntado esto antes, ¿eres alérgica a algo?

Negué con la cabeza y él hizo un amago de sonrisa, aunque parecía más nervioso que otra cosa. Eso me hizo sentir bien, al menos no era la única que se sentía incómoda con la situación en la que nos encontrábamos.

—¿Te gustan los perros?

—Soy más de gatos —negué con la cabeza de nuevo y arrugué la nariz.

—Genial —mi respuesta pareció tranquilizarlo y abrió un poco más la puerta, pero de repente se detuvo frunciendo el ceño—, ¿seguro que no eres alérgica al pelo de algún animal?

—Que no —sonreí un poco confundida sin entender a donde quería llegar.

—Entonces… —y el muy puto sonrió, pero de verdad y enseñándome todos los dientes. Fue como si el sol hubiese salido en mitad de la habitación.

Nunca, jamás de los jamases, recordaba haberle visto sonreír y menos mal, porque podía hacer que se me cayesen las bragas sin proponérselo. Es que encima, planteándote todo el conjunto de su rostro, viéndolo sin las gafas en ese momento, era como si estuviese viendo a una persona totalmente diferente, como más real y cercano que cuando era el gran jefe, que era como si debiese aparentar frente a todos que estaba un escalón por encima de ellos. Y el cabrón era muy guapo, no era de ese tipo de belleza evidente que tienen los modelos de las revistas, era más ese tipo de atractivo que te hace mirar dos veces a una persona para preguntarte que es eso que te atrae tanto, si en apariencia son muy normales.

Estaba tan absorta mirando el hoyuelo que se formaba en su mejilla derecha cuando sonreía, que no había reparado hasta ese momento en la bola de pelo que el gran jefe tenía en los brazos, era un gato negro y blanco de pelo largo, con la nariz chata como si le hubiesen dado un golpe con una sartén y las orejas más puntiagudas que había visto en mi vida.

Tuve que tragar saliva un par de veces y tomar aire profundamente para asimilar lo que estaba sucediendo, no solo el gran jefe estaba bueno, sino que compartía piso con un gato, un gato peludo, gordito y *achuchable* para más señas.

—Te presento a Boris, lo he adoptado hace un par de meses, te podría decir que se está adaptando a la casa, pero ya se cree el dueño de todo —volvió a sonreír y yo contuve las ganas de suspirar, un hombre guapísimo, sonriendo con un gato en brazos era un concepto al que resultaba muy difícil contenerse—. Espero que podáis haceros amigos.

Quise decir algo, pero no tenía muy claro el qué, el gato me miraba con curiosidad desde los brazos de su dueño, aunque también con cierto recelo.

—Boris —repetí su nombre en voz baja y uní mi mirada a la del gato—, es un buen nombre. Le pega mucho.

—Es nombre de señor.

—De señor gato —me aventuré a alzar la mano y acaricié una de

sus orejas con precaución, no quería que el señor Boris me diese un zarpazo a los dos minutos de conocerme.

Nunca había tenido gatos, me gustaban, pero nunca había compartido espacio con ellos más que el de alguna de mis amigas en la adolescencia, por lo que para mí compartir mi día a día con Boris iba a ser completamente nuevo. Pero él no parecía estar preocupado, al menos eso demostró, ya que estiró el cuello para oler mis dedos, no se retiró, lo que me dio un poco de valentía para rascarle la cabeza entre las orejas.

—Parece que le caes bien —alabó el gran jefe con aquella sonrisa que parecía habérsele quedado pegada a la cara.

—Eso espero —suspiré—, no me gustaría tener que mudarme otra vez porque Don Boris no me quiera en su casa.

El jefe soltó una pequeña risa, creo que más por cortesía que porque le hiciese gracia mi comentario y dejó al gato en el suelo donde comenzó a olisquear mi maleta rosa que todavía seguía en mitad de la habitación.

—Siento no haberte hablado antes de él —se disculpó a la vez que se rascaba la nuca con nerviosismo—, forma parte de mi vida y di por hecho que venía con el piso, ¿te ha molestado?

—Me gustan los gatos, mientras no me ataque todo irá bien.

Nos quedamos en un silencio incómodo que duró un largo minuto.

—¿Necesitas ayuda con las cajas y… eso? —me preguntó de nuevo un poco intimidado.

—Hoy solo voy a deshacer esta maleta y mañana me pondré con lo más gordo —suspiré y sujeté la maleta por el asa tirando de ella hacia la cama—, por suerte no soy de las que tienen muchas porquerías, colecciono más libros que cualquier otra cosa.

—Puedes comprar alguna estantería o mueble si lo necesitas —volvió a decir en un tono de voz que no daba lugar a dudas, estaba nervioso e incómodo, al igual que yo—, te haría sitio en las mías, pero las tengo hasta arriba.

Sonreí incómoda, más si es que eso era posible.

—Mala idea eso de que dos adictos a los libros vivan juntos, no tendremos donde meter tanto vicio —reí sin ganas y él me acompañó.

—Nos apañaremos como sea.

—Seguro.

Otro silencio… ¡mierda! ¿Qué se debe decir en ese tipo de situaciones? La ansiedad no me dejaba pensar y estaban empezando a sudarme las manos.

—Voy a… —comenzó a decir y señaló hacia la puerta—. Boris, ven conmigo.

—No te preocupes, no molesta —miré al gato que ahora estaba sobre mi cama amasando con las patitas en el edredón.

—¿Segura? —asentí y él dio un paso atrás—. Si te molesta solo tienes que echarlo al pasillo y asegurarte de cerrar la puerta para que no vuelva a entrar.

—Entendido.

En cuanto se fue y volvió a cerrar la puerta, dejé salir de golpe todo el aire que no sabía que estaba conteniendo. A cada segundo que pasaba tenía más claro que no tenía ni idea de por qué había aceptado esa propuesta. Parecía una locura lo mirase por donde lo mirase y, a tenor por la última e incómoda conversación que habíamos tenido, lo que de verdad no tenía nada claro era si lograríamos llegar al nivel de confianza necesario para convivir con una persona sin tener problemas.

Esperaba que sí.

Me senté en la cama, miré a Boris que ahora se estaba acicalando sentado sobre uno de los cojines. Él me devolvió la mirada y maulló muy bajo, solo para que yo le escuchase.

—Yo estoy de acuerdo contigo —le dije al gato y en ese momento me sentí más comprendida que nunca entre todo el ajetreo de ese día.

Volví a rascarle la cabecita y Boris me lo agradeció con otro maullido, comenzando a ronronear mientras se frotaba con mi mano. Bueno, al menos parecía que le caía bien a uno de los habitantes de esa casa, era un paso.

Capítulo 6

Me gustaría decir que ese primer fin de semana en casa del gran jefe sirvió para que me sintiese más segura y menos fuera de lugar estando en un sitio nuevo, pero no fue así. El sábado por la mañana me escapé a una tienda de muebles a comprar un par de estanterías y un escritorio, aproveché para comer allí y después me pasé la tarde peleándome entre tornillos y llaves Allen, pero al final yo gané la partida y dos hermosas estanterías y una mesa de trabajo pasaron a adornar mi pequeño, pero realmente enorme hueco en esa casa.

El domingo prácticamente no salí de mi habitación con la excusa de tener que deshacer cajas de libros y colocar la ropa en el vestidor. Apenas tuve la visita de Boris en alguna ocasión, pero no coincidí con el jefe en ningún momento, lo que ayudó a que me sintiese un poco más tranquila.

Cuando me levanté el lunes por la mañana el jefe ya se había ido al trabajo, por lo que tuve el piso para mí sola durante unos minutos. Aproveché para ser un poco más curiosa y observarlo todo. La verdad es que era una casa impresionante, además de grande y luminosa estaba decorada con buen gusto, elegante, pero sin llegar a ser presuntuoso, todo en tonos negros, grises y blancos, con muebles y suelos de color madera clara para darle un poco de calidez al ambiente. Era simplemente la mezcla perfecta.

Entré a husmear en todas las habitaciones excepto en su dormitorio, me pareció de muy mal gusto violar su intimidad de ese modo, pero me entretuve tanto tiempo investigando mi nuevo hogar, que llegué unos minutos tarde a la oficina y cuando crucé la puerta todos estaban colocados para una de las reuniones mensuales de contenido y nuevos proyectos.

Me disculpé en voz baja, me senté en mi lugar sin atreverme a mirar a nadie y saqué el Ipad del bolso a toda prisa para tomar notas y no perderme nada importante. Aunque Sofía, sentada a mi lado, no parecía tener la misma intención que yo.

—¿Qué tal el primer fin de semana compartiendo piso? —la miré y ella alzó las cejas un par de veces para instarme a contestar.

—Luego te cuento —me excusé para no tener que admitir por el momento que apenas había salido de mi habitación, ella sentiría vergüenza ajena por mí.

La reunión siguió su ritmo habitual hasta que, en el descanso de media mañana, Sofía me sujetó del brazo y me arrastró hasta el fondo de la cafetería, lo más alejada posible de los demás compañeros, donde no tardaron en servirnos nuestros cafés de siempre.

—Cuéntame —me apremió—, ¿cómo es vivir con el gran jefe?

Podría mentirle y contarle una de las muchas películas que había montado en mi cabeza antes de hacer la mudanza, explicarle que todo era muy diferente y más emocionante de lo que podía haber imaginado, pero ella sabría que estaba mintiendo en cuanto pronunciase una sola palabra, así que opté por la verdad.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea —removí mi café y fruncí los labios—, me pasé el fin de semana deshaciendo la mudanza y no nos hemos visto mucho.

—Pero algún cotilleo podrás contar, ¿no?

—Vive con un gato —solté lo primero que se me pasó por la cabeza—, se llama Boris y es muy adorable.

—¿El gran jefe tiene un gato? —preguntó sorprendida.

Y quise decirle que también tenía una sonrisa preciosa y unos ojos marrones muy penetrantes cuando no se ponía las gafas, pero me mordí la lengua, para ella seguiría siendo el gran jefe, pero yo sería la única que conocería al jefe como compañero de piso.

—No tiene plantas… —fruncí el ceño al ser consciente de ello mientras lo pronunciaba—, a lo mejor se le dan mal o algo.

—¿Te sientes cómoda allí?

Iba a contestar, pero no sabía muy bien cómo hacerlo, no había tenido la suficiente experiencia, ni en espacio ni en tiempo para saberlo, así que le di un trago largo a mi café y asentí porque así ella sería menos consciente de mi mentira.

El resto de la mañana pasó relativamente lenta, hasta que, a eso de las doce y media, el gran jefe se acercó a mi mesa y me observó con el ceño fruncido durante unos segundos.

—¿Ocurre algo? —pregunté un poco confundida, quizá se había dado cuenta de que había estado curioseando armarios y puertas por toda la casa justo cuando él se fue al trabajo, ¿tendría cámaras de seguridad por si pensaba que iba a robarle algo?

—¿Recuerdas aquella traducción que le pedí a Óscar que corrigiese para la semana pasada? —asentí a su pregunta y una arruga de preocupación pareció hacerse permanente entre sus cejas —. El jueves tiene que estar en maquetación, hay que enviarla a imprenta cuanto antes si queremos llegar a tiempo a la fecha de publicación, pero el muy… —se detuvo a suspirar— Óscar acaba de

dejar la editorial y no le ha dado tiempo a acabarla.

—¿Óscar se ha ido? —preguntó Rosi desde la otra punta de la oficina, el jefe le dedicó una mirada tan fría que la hizo cerrar la boca de golpe.

—Puedo encargarme —ignoré a Rosi yo también—, ¿cuánta extensión tiene el texto y en qué punto ha dejado de trabajar?

Él resopló, se pasó una mano por el rostro como si así pudiese arrastrar un poco de la mala leche que parecía campar a sus anchas por todo su cuerpo y me miró con una disculpa en los ojos.

—Prácticamente no ha hecho nada y lo poco que ha avanzado está mal, ni siquiera sé porque no lo despedí hace tiempo cuando tuve la posibilidad.

—¿Qué extensión tiene? —volví a preguntar, ya que él parecía evitar la respuesta.

—Casi doscientas mil palabras… sé que es pedirte demasiado, pero no tenemos otra opción. Lo haría yo mismo, pero tengo que preparar la presentación de la semana que viene y tengo que programar la reunión con la productora que quiere comprar los derechos de la saga de romántica histórica que sacamos el año pasado —explicó casi sin pararse a tomar aire—. Es muy importante que todo salga perfecto.

Podría decir que parecía muy mono cuando intentaba excusarse y pedir disculpas a la vez, pero la verdad es que apenas estaba prestando atención. Dentro de mi cabeza se estaban haciendo un sinfín de cálculos y todos al mismo tiempo: estaba dividiendo las palabras en días, los días en bloques de trabajo con sus correspondientes descansos y los bloques de trabajo por minutos teniendo en cuenta la cantidad de palabras que solía leer en sesenta segundos, además de las veces que tendría que leerlo para dejarlo bien pulido y lo que tardaría en hacer las puñeteras correcciones por mí misma, ya que enviárselo al traductor de nuevo para que las hiciese él, era perder un tiempo muy valioso que no teníamos.

Cuando tuve claro toda la lista de cosas por hacer y más o menos el tiempo que me llevaría, me puse en pie con la mano extendida.

—Trabajaré desde casa, no quiero que nadie me envíe mails ni más trabajo hasta el jueves a las diez, que es cuando habré acabado —el gran jefe dejó un pendrive en mi mano y pareció querer sonreír, aunque no lo hizo en el último segundo.

—Tendrás el resto de la semana libre, gracias por comerte este marrón.

«¿Qué marrón? Si esto no es nada, hombre», quise decirle,

«corregir un texto de doscientas mil palabras en tres días…lo hago con los ojos cerrados». Pero la verdad es que la ansiedad me estrujó el estómago, pero tragué en seco y recogí mis cosas a toda prisa, saliendo de la oficina como un cohete, directa a mi encierro de setenta y dos horas para salvar el culo del jefe, espero que me lo agradeciese subiéndome el sueldo en algún momento del año.

Cinco horas habían pasado cuando escuché la puerta principal abrirse y cerrarse, Boris, que dormitaba sobre mi cama, bajó de un salto del colchón y, como había dejado la puerta entreabierta, se fue a la carrera al encuentro de mi compañero de piso. Yo no me moví de mi posición, mirando fijamente la pantalla de mi ordenador portátil avanzando poco a poco al objetivo de más de cien mil palabras que me separaban de mi fin de semana de cuatro días que el jefe me había prometido.

Unos suaves golpes en la puerta llamaron mi atención y la cabeza del jefe se asomó por el hueco abierto. Ya se había quitado las gafas, venía más despeinado de lo habitual y por un momento me pareció que de nuevo estaba mirando a una persona diferente y no al gran jefe.

—Hola —dijo con suavidad—, ¿cómo vas?

Suspiré, me quité los auriculares y me froté los ojos, me tocaba descansar ya si no quería quedarme ciega.

—Voy avanzando a buen ritmo.

—Te he traído un café —entró en mi habitación y dejó sobre la mesa un café como el que solía pedir en la cafetería que había a dos calles de la oficina, con mucha cafeína, mil mierdas y muchas calorías.

—Gracias —contesté sin poder dejar de mirar el nombre escrito en el vaso: «Leo», había pedido un café para mí a su nombre, que era lo más normal del mundo y sería absurdo hacerlo de otro modo, aunque lo que de verdad me parecía absurdo era darle tanta importancia a un nombre escrito en un puñetero vaso de plástico, ¿qué tenía, quince años?

—Me voy y te dejo para que sigas trabajando —volvió a su lugar en la puerta y me sonrió, el muy cabrón volvió a sonreírme y el sol volvió a salir en mi habitación—. Gracias por echarme un cable con esto.

Quise contestarle, pero las palabras se me atascaron en la garganta y él, al ver que me quedaba muda se fue volviendo a dejar la puerta entreabierta. Me quedé un par de minutos mirando fijamente el punto por donde había desaparecido, hasta que

desperté de mi ensoñación y decidí que tenía que seguir avanzando en el trabajo si quería que me diese tiempo a todo. Le di un largo sorbo al café y me puse al lío.

Jueves, pasaban de las seis de la madrugada, todo estaba en silencio y oscuridad. Tan solo se escuchaba el ronroneo de Boris, que había decidido que su nuevo lugar favorito para dormir era mi cama y yo no podía quejarme. Me había acompañado en mis largas horas de trabajo y en mis cortos periodos de sueño, gracias a él no me había sentido tan sola. Había hecho un esfuerzo titánico, pero acababa de poner el punto y final al informe que tenía que escribir al jefe una vez que acabase la corrección.

No podía creérmelo… había acabado a tiempo, es más, me habían sobrado cinco horas. No podía quitarme mérito, era una puñetera crack y deberían darme el premio a empleada del mes.

Me estiré haciendo que los huesos de mi espalda crujiesen como si tuviese ochenta años y me dejé caer en el respaldo de la silla, me había comprado uno de esos asientos que se amoldan a la forma de la espalda y yo, que estaba tan cansada de la intensa maratón que me había pegado, casi me quedo dormida en ella. Pero me desperecé, me puse en pie y fui a la cocina a buscar algo de comer y a dejar el pendrive con el trabajo terminado y su correspondiente informe al lado de las llaves del coche del jefe.

Durante esos tres días de trabajo intenso, él apenas me había molestado un par de minutos al día, al llegar a casa desde la oficina se pasaba por mi habitación, me preguntaba si había avanzado mucho, me dejaba un café sobre la mesa y me daba las gracias con una de esas sonrisas de luz que me dejaban desubicada durante unos minutos. Sabía que nuestra rutina de convivencia no sería siempre así, pero podría acostumbrarme a esas sonrisas y al efecto que provocaban en mí, era como un chute de positivismo que alejaba un poco la ansiedad.

La ansiedad… esa puñetera que me había acompañado casi desde mi época en el instituto, cuando en los exámenes finales se me cerraba la garganta y casi no podía respirar. Esos tres días de trabajo intenso apenas había tenido tiempo de pensar en ella, pero eso no quería decir que no estuviese ahí, era como una sombra acechando en cada esquina dispuesta a atacar en el momento más inesperado y menos oportuno.

Había aprendido a vivir con ella, sus años de terapia me estaba costando, pero siempre tenía unos picos más altos que otros. Desde que dejé de vivir con Diego… bueno, en realidad fue un poco antes,

desde que decidimos casarnos y empezaron los planes de la boda, la ansiedad había vuelto a mí vida con más fuerza, tanta que incluso estaba pensando en tener que medicarme como había hecho en otras ocasiones.

Pero dejando mis pensamientos sobre mi ansiedad a un lado, me fui a la cocina vestida en pijama, estábamos en mitad del otoño, por lo que a esa hora todavía no había amanecido, así que todo estaba oscuro. Mi intención era dejarle el pendrive a Leo sobre la encimera de la cocina con una nota, beberme un vaso de leche templada y meterme en la cama hasta las tres de la tarde al menos, tenía demasiado sueño para pensar en una opción mejor.

Pero me choqué con una columna de carne que estaba colocada justo frente al frigorífico. Reboté contra el pecho de Leo y, si no fuese porque él logró sujetarme a tiempo, habría acabado con el culo en el suelo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurré repetidas veces mientras me alejaba de él todo lo rápido que pude para no tocarle más de lo necesario, ¿los pectorales son así de duros normalmente o es que él se había inyectado algo para conseguirlo?

Por un momento me sentí estúpida, ¿qué mierda hacía a esas horas caminando a oscuras por la casa, chocándome con él y tocándole las tetas? Porque eran de tío, pero no dejaban de ser tetas y no teníamos la confianza suficiente para que yo se las palpase con tanto descaro, ni siquiera por accidente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él en el mismo tono de voz que había utilizado yo unos segundos antes, hablábamos en susurros como si estuviésemos entrando a robar.

—Perfectamente —me apresuré en aclarar—. Y lo siento, no esperaba encontrarte aquí.

—Pues vivo aquí —dijo sonriendo, no pude verlo, pero lo escuché en su tono de voz.

Reí como una idiota porque tenía razón y también porque me estaba costando un poco acostumbrarme a eso de tenerlo tan cerca, joder, no dejaba de ser el jefe además de mi compañero de piso.

—Lo siento —repetí como una estúpida—, solo venía a por algo de leche y dejar esto aquí.

Palpé la encimera de la cocina y dejé allí el pendrive, después abrí el frigorífico y, gracias a la luz que emanaba pude ver por el rabillo del ojo a Leo, que me observaba a unos cuantos pasos de distancia con los brazos cruzados a la altura del pecho, marcando más pectorales si es que eso era posible. El muy puñetero llevaba una camiseta blanca de manga corta y sus brazos fibrosos quedaban

a la vista. No pude evitar seguir recreándome con él y bajé la mirada por su cintura, sus caderas y sus piernas, donde tenía un pantalón de pijama de esos de cuadritos escoceses como los que usan los tíos buenorros que salen en las películas.

Dejé la puerta abierta del frigo para darme un poco de luz, lo hice dándome a mí misma la excusa de que era para poder encontrar un vaso con más facilidad, pero la sucia verdad es que quería seguir mirando a Leo, aunque fuese de reojo.

Que sí, que sí, que acababan de dejarme y todavía guardaba sentimientos (buenos y malos) por mi ex, pero Leo era muy agradable de mirar y yo no estaba ciega.

—Siento haberte despertado —dije mientras llenaba el vaso dándole la espalda—, no recuerdo si te lo dije, pero suelo ser un animal nocturno.

—Siempre me levanto temprano para hacer café —en ese momento encendió la lámpara del techo y por poco me deja ciega —. ¿Te apetece uno recién hecho?

—No, gracias —le di un sorbo al vaso de leche olvidando que quería calentarlo y arrugué la nariz al darme cuenta—, pretendo dormir toda la mañana y si me tomo un café será imposible.

—¿Te falta mucho para acabar la corrección? —le señalé el pendrive con un movimiento de barbilla y él sonrió—. Has salvado el trabajo de dos semanas en solo tres días, muchas gracias.

Me bebí el vaso de leche de golpe porque no sabía muy bien que decirle.

—Me voy a la cama, buenas noches —me despedí mientras metía el vaso sucio en el lavavajillas.

—Son casi las siete de la mañana.

Le miré de reojo y fruncí el ceño.

—Pues buenos días —mascullé de mala gana.

—Que buenos sean —susurró.

El muy puñetero lo susurró en un tono de voz rasgado que nunca le había escuchado y que me hizo unas pocas cosquillitas en el ombligo, para que voy a negarlo.

Salí de la cocina casi corriendo, recordando de repente que llevaba puesto mi pijama de unicornios, aquel calentito y amoroso que me había comprado en mi última salida de compras con Gaby, pero que no era plan que mi nuevo compañero de piso descubriese. Y debo añadir que no solo era mi nuevo compañero de piso, también era mi jefe, el gran jefe de la editorial y también había descubierto de unos días a esta parte que estaba muy bueno y que había empezado a hacerme cosquillitas en lugares en los que no

debería hacerte cosquillitas un compañero de piso y mucho menos tu jefe.

De camino a mi habitación me crucé con Boris, que se pavoneaba con orgullo por el pasillo, se coló en mi habitación en un descuido y, mientras preparaba todo para meterme en la cama, el gato se hizo un hueco encima de la almohada.

Me acerqué a él con los ojos entrecerrados, le di un empujón intentando que me dejase mi espacio sobre el colchón, que esa era mi cama, él tenía su hamaca colgada del radiador de la sala, no tenía por qué robar almohadas ajenas. Pero echarlo parecía misión imposible, cada vez que lo empujaba un poco, él maullaba quejándose y parecía estirarse más ocupando el mayor espacio posible.

—Boris, es mi cama —me quejé infantilmente.

Pero él me ignoró, se acomodó mejor sobre la almohada, escondiendo las patitas bajo su cuerpo, cerró los ojos y empezó a ronronear. Suspiré sonoramente, entreabrí la puerta por si quería salir en algún momento mientras yo dormía e intenté meterme en la cama sin molestarle mucho, pero Boris volvió a maullar quejándose. Me acurruqué en una esquinita del colchón, el poco espacio que me dejaba libre el puñetero gato, y no tardé en quedarme dormida.

Me desperté cuando pasaban de las tres de la tarde, es lo que tienen las almas nocturnas, que duermen por el día. Cuando abrí los ojos lo primero que vi fue un rabo de gato, que se movía frente a mi cara, me desperecé un poco y me encontré con Boris boca arriba, mirándome de lado y moviendo el rabo como si fuese el péndulo de un reloj. No lo pude evitar y le acaricié la zona de la tripa que dejaba vulnerable al estar en esa postura, pero no tardé ni un segundo en descubrir que había sido un error monumental. El put… puñetero gato me pegó un mordisco, se dio la vuelta, de un salto bajó de la cama y desapareció. Allí me quede yo, chupeteando el dedo en el que me había clavado un diente y mirando mal hacia la puerta por donde había salido.

Le imité y también me puse en pie de un salto, me di una ducha rápida, me puse unos leggings y una sudadera grande y me fui al salón. Era un día soleado, pese a estar ya casi entrando en noviembre, solo que los rayos del sol eran de un tono anaranjado en lugar de amarillo como en verano. Se colaban por el enorme ventanal, haciendo un dibujo sobre la alfombra negra y blanca del suelo que le daba a la sala de estar un ambiente más hogareño y cálido.

Me tiré en el enorme sofá que presidía la estancia y me dispuse a saborear un café mientras me ponía alguna serie en la enorme televisión que colgaba de la pared. En casa del gran jefe todo era enorme.

La verdad es que me sentía un poco incómoda en ese nuevo espacio, pero tenía que hacerme a él, Boris me miraba con un poco de desprecio desde lo alto de su torre de gatos junto al ventanal, desde luego el puñetero vivía mucho mejor que yo y que cualquier trabajador, Leo le tenía todas las comodidades a su alcance y él las aprovechaba y encima te miraba como si en realidad le debiesen todo eso.

Eran cerca de las cuatro cuando el gran jefe volvió a casa, me encontró todavía tirada en el sofá, leyendo un manuscrito, comiendo una guarrada de pizza que había pedido a domicilio y con Boris mirándome fijamente desde el suelo al lado de la mesa centro, estaba claro que no iba a darle nada de mi comida, pero el guardaba esperanzas de que sí, seguro que Leo lo tenía muy malcriado.

—Buenas tardes —saludó con energía.

Quise contestarle, pero tenía la boca llena y solo pronuncié algo que nadie podría entender.

Fue a su habitación y un par de minutos después se había cambiado la ropa de trabajo por una de deporte y se dejó caer pesadamente a mi lado en el sofá. Me miró de reojo unos segundos y yo fruncí el ceño porque me estaba poniendo nerviosa, ¿tenía alguna norma de no comer en el salón o algo? ¿Pensaba que iba a manchar su precioso (cómodo y enorme) sofá gris?

—¿Ocurre algo? —pregunté con prudencia.

—No, nada, ha sido un día largo en la oficina, ni siquiera he tenido tiempo de salir a tomar un café.

—Vaya… ¿necesitas que vuelva mañana?

—No no —se apresuró en aclarar—. Es solo que he estado muy ocupado —frunció los labios, cruzó los brazos bajo su pecho y miró al frente, hacia el televisor—. ¿Qué ves?

—Una serie de un psicópata que está acosando a una chica.

—Uhm.

Se quedó en silencio y, aunque miraba hacia la televisión, también le dedicaba miradas de reojo a la caja de pizza que había dejado sobre la mesa centro. Sonreí casi sin poder evitarlo y carraspeé para llamar su atención.

—¿Te apetece pizza? —pregunté intentando que sonase casual y que no pensase que me sentía obligada a hacerlo por su

comportamiento.

—¿Lleva piña? —la mirada de pánico en sus ojos casi me hace romper en carcajadas.

—¡No! —exclamé dándole dramatismo—. Si quieres que siga siendo tu compañera de piso, no vuelvas a pronunciar semejante aberración.

—¡Así se habla! —me apremió levantando la mano para que chocase los cinco con él.

Lo hice dudando un poco de donde me había metido, que se suponía que ese hombre sentado a mi lado era de mi edad y no era un adolescente esperando que todos pensasen como él y celebrándolo cuando era así. Pero en el fondo también me pareció gracioso y no pude evitar que se me escapase una risita cuando de un solo bocado se comió prácticamente media porción de pizza.

—¿No te han enseñado a comer con educación?

Él me miró de reojo, todavía con la boca llena sonrió iluminando más la sala de estar, eso sumado a que la palma de la mano que había chocado con la suya me hormigueaba extrañamente, hizo que me removiese incómoda en mi posición.

—Si algún día conoces a mi madre, no se lo cuentes —dijo con la boca llena en un idioma que me costó entender.

Negué con la cabeza con diversión porque, aunque la dinámica de convivencia que estábamos creando no era para nada como esperaba, me estaba gustando. Conocer esa parte humana del gran jefe era agradable, nunca dejaba ver al verdadero Leo cuando estábamos entre las cuatro paredes de la oficina, en casa era una persona totalmente diferente y eso me estaba ayudando a sentirme mucho más cómoda, facilitándome la transición a esa nueva etapa de mi vida que estaba intentando construir.

Capítulo 7

Al día siguiente, viernes, la dinámica de mis días libres estaba siendo igual que la del día anterior: vegetar en el sofá, ver series o películas y leer alguno de los manuscritos que llegaban a la editorial y de los que el gran jefe no dejaba de dar a todos los trabajadores buscando segundas opiniones. En realidad, en la mesa centro de la sala, había una pila de manuscritos que poco tenía que envidiar a la que Leo tenía en la mesa de la oficina.

Como era viernes, el gran jefe se quedaba hasta tarde en su despacho, yo había pasado la mañana con Boris y ya empezaba a impacientarme por estar tanto tiempo encerrada sin hacer nada de provecho. Al tener días libres la ansiedad del trabajo se había quedado en la oficina, pero la de mi vida, la que más me estrujaba el estómago, era una vocecita constante en el fondo de mi cabeza.

Que sí, que había dado un paso adelante saliendo de casa de mis padres, pero debía admitir también que hacía muy poco tiempo que había roto mi relación con Diego, una relación de once años con planes de boda de por medio. Era muy lógico y casi necesario que me sintiese mal por ello, tenía que olvidar y sanar, dejar todo atrás para empezar a construirme como de verdad quería hacerlo. Así que esos sentimientos de abandono, de sentirme traicionada y rechazada, aumentaban la dichosa vocecita de la ansiedad que no me dejaba disfrutar de un día libre en condiciones.

Pasaban de las seis de la tarde y yo había comido, había limpiado todo lo que se podía limpiar, había hecho la colada, me había duchado, me había depilado, había visto el final de una serie y todo ello, solo para no pensar en qué narices era eso que necesitaba hacer para poder superar esos sentimientos que se apoderaban de mí y que no me dejaban avanzar en la recuperación.

Había intentado llegar al quid de la cuestión haciendo deporte y, como no había funcionado, después de la ducha había intentado meditar como me había dicho mi psicólogo, tampoco parecía funcionar ya que mi voz interior no se callaba ni aunque la ahogase. Así que me tiré en el sofá y me puse a acariciar a Boris hasta que el teléfono sonó salvándome de mí misma, porque estaba segura de que si seguía en ese plan, acabaría con un ataque de ansiedad de nuevo y era lo último que necesitaba.

—Esta noche salimos —la voz de Sofía sonó alta y clara al otro

lado del aparato— Quedamos en el *Toomuch* a las ocho.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —preguntó confundida—. Para salir hay que ir a algún lugar, dar vueltas sin sentido por la ciudad no parece muy divertido.

—Que por qué salimos esta noche —contesté mirando al techo, porque sabía de antemano que ella solo lo hacía para molestarme.

—Pues no hay un motivo en concreto y los hay todos —suspiró también empezando a cansarse de mí—. Porque es viernes, mañana no tenemos que trabajar, somos jóvenes, no tenemos todo el tiempo del mundo y, además, ahora estás soltera de nuevo y tienes que celebrarlo.

—¿Voy a celebrar que me han dejado tirada justo antes de casarme? —Boris se subió a mi regazo y comenzó a frotarse con mi barbilla, me hizo cosquillas con el pelo y sonreí.

—No, vas a celebrar que te has dado cuenta a tiempo de que te ibas a casar con un gilipollas —sonaba tan segura que casi me convenció con ese argumento.

—No me apetece mucho salir hoy —rezongué—, prefiero algo más tranquilo.

—Vera, no hagas que vaya a buscarte y te saque a rastras de tu casa —masculló molesta—, vamos a salir, te vas a divertir, a lo mejor hasta te emborrachas y si tienes suerte, incluso encuentras a alguien con quien follar.

—Sofi, no creo que follar con un desconocido sea lo que mejor me venga en este momento.

—Yo no he dicho con un desconocido, he dicho follar —puntualizó con cierto tono irónico—, solo he dicho follar.

Resoplé y Boris se asustó un poco con el sonido.

—Bueno, pues da igual si follas o no follas —sentenció Sofía muy resuelta—, solo quiero que salgamos todas juntas como hace años que no lo hacemos, porque vamos todas, Lorena incluida.

No necesité más para tener un plan para esa noche, así al menos no me quedaría mirando el tiempo pasar dándole vueltas a lo mismo. Me di otra ducha rápida, me calcé unos vaqueros ajustados con unas botas de tacón, una camiseta con algunas tachuelas brillantes y una chupa de cuero y ya me sentí lista para comerme el mundo, aunque estaba segura de que no le daría ni una sola probadita.

Después de haberme maquillado, justo cuando eran las nueve y estaba a punto de salir de casa, el gran jefe volvió del trabajo con una cara de tal agotamiento, que parecía que le habían dado una

paliza.

—Oh… ¿vas a salir? —preguntó con sorpresa.

Yo me mordí el labio inferior, porque verle sin gafas, con el pelo revuelto y esos ojos dormilones me evocó pensamientos que no sería capaz de admitir en voz alta y mucho menos ante nadie.

—Sí, voy con Sofi y las chicas a cenar y bailar un poco.

—¿Chicas? —preguntó alzando las cejas especulativamente.

Ese momento debía de ser en el que yo le decía que sí, que tenía un montón de amigas, que todas eran la hostia de guapas y de buena persona y que si quería podía presentarle a alguna. Seguro que Daniela era de su tipo, incluso Gaby, que toda ella era interesante y exótica. Pero no pude, tenía las palabras en la punta de la lengua listas para salir y no fui capaz de pronunciarlas.

En ese momento no entendí el motivo, solo pensaba que no quería hacerlo en realidad, tan solo me negaba a que mi mundo real, con el trabajo, los amigos y los problemas, entrasen en esa burbuja perfecta de orden y armonía que estaba creando con Leo en nuestro piso. Tenía la estúpida creencia de que, si empezaba a mezclar unas cosas con otras, los conceptos de cada uno de los individuos que componían mi vida también lo harían. Leo y el gran jefe ya eran la misma persona y eso me estaba costando encajarlo, era muy difícil separar sus dos facetas, si encima de eso añadía que era el novio de una amiga, ¿qué parte de mi vida dejaba para mí sin estar él en ella? ¿Dónde encontraba yo el equilibrio en eso, donde estaba el orden? ¿Cómo podía seguir construyendo mi vida en torno a mi compañero de piso (solo mío), si se traía a una de mis amigas a casa para follársela en mis narices?

—Sí, hoy han conseguido librarse de sus novios y maridos y vamos a vernos todas —la sonrisa más falsa del mundo, de esas que da todo el asco solo verlas, se me pegó a la cara y era incapaz de quitármela.

—Pues… pues que te diviertas —masculló como si le costase pronunciar, sintiéndose obligado a decir algo más solo para finalizar la conversación.

—Gracias, buenas noches.

No esperé respuesta de su parte, salí de allí como si me estuviesen echando y me metí en el ascensor a toda velocidad, aunque no pude evitar cierto regusto amargo a medida que el elevador bajaba hasta el recibidor del edificio. No tenía muy claro el motivo, pero algo en la boca del estómago me estaba avisando de que si empezaba a mentir a Leo las cosas no iban a ir muy bien entre nosotros, aunque se tratase de mentirijillas sin importancia

como había sido en este caso, eso no estaba bien y estaba segura de que el tiempo me lo recordaría en el momento más inesperado.

Mi camino hacia la cafetería fue acompañado de esos pensamientos obsesivos sobre las mentirijillas que le había contado a Leo y lo poco que eso le gustaba a mi ansiedad social, que se estaba haciendo un millón de escenarios posibles en los que él descubría que le había mentido y se enfadaba. En alguna de esas realidades alternativas me ridiculizaba frente a mis amigos, en otras frente a los compañeros de la oficina y en otras más, simplemente me echaba de su casa y yo como venganza me llevaba a Boris conmigo.

Entrar en el *Toomuch* fue como silenciar esas voces de mi cabeza que me estaban volviendo loca, como siempre ocurría, era como un bálsamo para las heridas. La música, el olor, el ambiente que se respiraba allí… todo eso ayudaba a que mis pensamientos se apagasen un poco, quizá lo que tenía que hacer era dejarme de tonterías, dimitir en la editorial y trabajar allí como camarera. Pero pobre Frank, que tendría que soportarme todo el día…

Sofía y Gaby ya estaban sentadas en nuestra mesa habitual, cada una con su botellín de cerveza en la mano y riéndose de algo. Saludé a Frank de pasada y me dirigí hacia la mesa con paso decidido.

—Chicas… —saludé sentándome frente a las dos.

Ambas me miraron sonriendo y después se miraron entre ellas.

—Sofía dice que vuestro gran jefe te ha dado varios días libres, ¿qué has hecho para conseguirlo? —preguntó Gaby con ese acento argentino que en ocasiones me erizaba la piel.

Le dediqué a mi compañera de oficina una mirada significativa, ¿a qué había venido eso? Adoraba a Sofía, podía decir que era mi mejor amiga por encima de todos los demás, pero si había algo que me ponía de los nervios de ella, era su capacidad para poder hacerse una película de cualquier cosa. Su mente trabajaba a un ritmo vertiginoso, como a tres pasos por delante de la vida real, y eso la llevaba a sacar conclusiones de cualquier situación. Lo peor es que parecía creer que esas conclusiones eran ciertas, se creía sus propias suposiciones y las contaba a bocajarro como si esa fuese la verdad absoluta detrás de cualquier tontería que pudiese estar sucediendo a su alrededor.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté frunciendo el ceño y clavando la mirada solo en ella.

—No sé, tía —se excusó desviando la mirada—, quizás ahora que estáis compartiendo piso os habéis hecho más *íntimos* —

remarcó esa última palabra como si aprovechásemos cada rincón de la casa para follar como conejos en celo, al menos fue esa la impresión que me dio al escuchar su tono.

Bufé, como dando a entender que estaba loca y me puse en pie sin decir nada. Me acerqué a la barra, había bastantes personas en la cafetería, pero esa noche Frank tenía a Andrés, el dueño, como apoyo, por lo que pudo acercarse a hablar un rato conmigo.

—Vera, Verita, Vera —murmuró mientras me servía un refresco en vaso de tubo, aun sabiendo que odiaba ese tipo de vasos—. ¿Qué tal todo?

—Bien —me encogí de hombros—, ¿tú?

—¿Puedo preguntarte algo? —obvió por completo mi pregunta y me lanzó otra.

—¿Qué pasa?

—¿Te estás tirando a tu jefe? —soltó sin paños calientes y achicando la mirada para darle más intensidad a sus palabras.

Yo, sorprendida, me quedé con la boca abierta sin saber muy bien que contestar.

—Lo estaban comentando Gaby y Sofía —agregó acercando el vaso hacia mí.

—¿Sofía es gilipollas? —fue lo único que conseguí articular.

Frank sonrió y pareció aliviado.

—Ya me parecía a mí… no hagas eso, está feo —me reí ante su comentario porque sabía que solo le quitaba hierro al asunto para que no me enfadase con Sofi, él siempre era así, intentando calmar las aguas turbulentas cuando presentía que se avecinaba un tsunami.

Pero estaba muy segura de que tendría que hablar con ella y dejarle muy claro que entre Leo y yo tan solo había una relación sana y cordial de compañeros de piso, algo muy sencillo sin intención de llegar a algo más. No iba a provocar yo misma ese tsunami, pero iba a dejarle claro a Sofi un par de cosas y ella, que siempre se lo tomaba todo por la tremenda, sí que se enfadaría bastante.

Volví a la mesa con mi vaso dispuesta a llevarme a mi compañera a un lado, hablarlo y dejar claro lo que estaba sucediendo, pero Lorena había llegado y se me olvidó todo porque no la veía desde mi fiesta de cumpleaños. La abracé tan fuerte que creo que por poco se le salen los ojos, la adoraba, ¡Dios, como la adoraba…! Y que poco la veía. Entendía que su vida había cambiado y por lo tanto también sus prioridades, además de que un niño de dos años no tiene pinta de dejar mucho tiempo libre, pero

nos veíamos tan poco y la echaba tanto de menos que aprovechaba cualquier situación en la que coincidíamos para achucharla muy fuerte y olvidarme de todo lo demás.

Y así fue como mi conversación con Sofía quedó aplazada, me puse a hablar con Lorena y me olvidé por completo de aclarar las cosas, algo que en ese momento me pareció que no tenía mucha importancia, preferí recuperar el tiempo perdido y aprovechar una de las pocas ocasiones que teníamos para estar todas juntas.

Un par de horas después, en una discoteca de las afueras, ya casi me había olvidado por completo del incidente con Sofi, bailaba con las chicas en el centro de la pista con mi vaso de refresco en alto para evitar que alguien me empujase y me lo tirase por encima. Sonaba una canción que odiaba, de ese reguetón patriarcal con ritmo machacón, pero había salido a divertirme con mis amigas y lo que menos me importaba en ese momento era la música.

Gaby y Sofi bailaban abrazadas, habían llegado a un acuerdo años atrás en el que fingían ser pareja para que cualquier baboso las dejase tranquilas, lo que ellas no sabían es que así, fingiendo y dándose piquitos, lo que hacían era llamar la atención de los más gañanes del local y ser el centro de todas las miradas. Yo bailaba con Lore, que se había desmelenado gracias a un par de copas de más y bailaba dándolo todo.

Y fue en ese momento cuando el destino, el azar, que los planetas se alinearon o ve tú a saber qué mierdas, que sucedió el acontecimiento que marcaría un antes y un después en mi vida. Se trataba de algo con poca sustancia, más bien anecdótico, pero fue el pistoletazo de salida a todo lo que vendría después.

¿Conoces esa sensación de que alguien te está mirando? Esa en la que la mayor parte de las veces se trata de tu imaginación, pero que en ocasiones es acertada y alguien tiene la vista clavada en ti. Yo sentí sus ojos en mi espalda antes de darme la vuelta y buscarlo entre la marabunta de gente que nos rodeaba, unos ojos claros y fríos como el acero, pero que extrañamente desprendían un calor que hizo que se me templaran las entrañas.

Estaba a unos metros de donde me encontraba, justo debajo de una de esas luces parpadeantes que terminan por marearte si la miras fijamente y cada vez que esa luz se apagaba y volvía a encenderse su expresión cambiaba. Sonreía, me miraba tan intensamente que casi hacía que me derritiese, me miraba de reojo mientras hablaba con uno de sus amigos, volvía a sonreír, se mordía el labio inferior… hasta que, en un momento dado, su sonrisa se

amplió por completo y comenzó a caminar en mi dirección.

Mi corazón comenzó a latir desbocado, me empezaron a sudar las palmas de las manos y si Lore no me estuviese sujetando por la cintura mientras bailaba, habría salido corriendo. No sé si ha quedado claro hasta este momento que en relaciones sociales soy más bien una inútil y, si hablamos de desconocidos, mi ansiedad social me vuelve cobarde y absurda.

El dueño de aquella mirada estaba cada vez más cerca, yo cada vez más nerviosa y sin ningún plan de huida que fuese viable, porque tirarme al suelo y hacer la croqueta en mitad de una discoteca no creo que hablase muy bien de mi salud mental. Justo cuando pensé que al final me daría algo, el chico pasó por mi lado sin siquiera mirarme y se abrazó a Sofía tan fuerte que pensé que la estrangularía.

En un momento me sentí aliviada, mi ansiedad descendió hasta niveles soportables y sonreí mirando a Lore y volviendo a bailar sin preocupaciones, que el chico estaba muy bueno, pero ni yo estaba preparada para cualquier tipo de contacto humano más allá de la amistad, ni tampoco había salido esa noche con intención de buscar nada, solo quería disfrutar de tiempo con mis amigas.

Un rato después nos habíamos sentado en una mesa, Lore, Gaby y yo y como de la nada apareció Daniela, la que siempre llegaba tarde y tenía una excusa espectacular para disculparse: "*es que el casting se alargó un poco*", "*es que el director del corto nos invitó a unas copas y no pude decir que no", "es que un compañero de la obra me invitó a su casa y no te imaginas lo bueno que está*"… como se puede deducir, Daniela es actriz, o pretende serlo, estudió interpretación contra el deseo de sus padres mientras trabajaba de lo que podía, camarera, dependienta en una tienda de ropa, cuidando niños… ella sola se había buscado la vida y me dolía mucho que no consiguiese cumplir su sueño, porque le estaba costando un poco sobresalir entre los muchos actores que había en el país en el momento actual.

—¡Me han cogido para una peli! —chilló justo después de saludarnos a todas con un sonoro beso en la mejilla—. Es un papelito secundario, pero es con actores de primer nivel.

Siempre era lo mismo cuando nos veíamos, que la adoraba, yo y me consta que todas las demás, pero en su mundo de fantasía todo giraba en torno a ella y podía llegar a ser desesperante querer cambiar el tema de conversación y que tras dos frases ella volviese a decir algo de su vida.

Justo cuando iba a soltar algo más, apareció Sofía con el dueño de aquellos ojos azules sujeto de la mano.

—Chicas, ¿os acordáis de Ale, mi vecino? —preguntó con una sonrisa y los ojos brillantes a causa de las copas que ya llevaba de más.

Así que ese era Ale, alto, rubio, con muchos músculos y sonrisa de anuncio de dentífrico. Sofi había hablado de él en alguna ocasión, pero nada reseñable que yo pudiese recordar, solo que vivían en el mismo rellano y que él se colaba en su casa saltando el murete que separaba las terrazas.

La conversación siguió por un tema absurdo que no logro recordar, lo poco que alcanzaba mi memoria era a ese par de ojos claros mirándome de reojo mientras comentaba algo de lo que Sofi estaba contando. Apenas era consciente de las palabras que salían de su boca, pero sí de cómo sus labios se fruncían y se estiraban para pronunciarlas, de cómo se pasaba una mano por el pelo cuando un mechón húmedo por el sudor le caía sobre la frente, el sonido de su risa profunda y rasposa, el modo en el que me miraba cuando alguien decía algo y yo reía.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué estaba sucediendo? ¿Qué mierda pasaba conmigo? ¿Por qué estaba siendo tan minuciosa con la atención que le estaba dando? Joder… que todavía estaba en proceso de una ruptura, se suponía que debía estar un tiempo sola para sanar, para volver a conocerme a mí misma sin una pareja y para restablecer mi corazoncito maltrecho. Que el vecino de Sofi tenía un buen revolcón, pero también tenía una clara advertencia en el brillo de sus ojos: era uno de esos tíos que te dan problemas, de esos que pasan por tu vida y arrasan con todo a su paso.

Lo mejor era salir de allí y mantener la distancia, no podía ser que me estuviese encaprichando de alguien en tan poco tiempo y sin siquiera conocerlo. Busqué en mi bolso el teléfono para consultar la hora, ¿ya eran las tres de la mañana? ¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido?

—Chicas, yo me voy —me puse en pie todavía con el teléfono en la mano—, mañana quería hacer algunas cosas y si no me acuesto ya no podré levantarme hasta las dos —sonaba a excusa barata, era consciente de ello, pero estar allí estaba siendo peligroso y quería poner tierra de por medio—. Nos llamamos —no esperé respuesta y di un paso atrás.

—Yo voy a buscar algo de beber —escuché que decía Ale mientras yo me alejaba.

Ya casi en la puerta, desbloqueé el móvil y abrí la aplicación para pedir un coche, no me apetecía nada volver caminando y tampoco es que estuviese cerca de casa. Sin que yo me lo esperase,

una mano enorme me quitó el teléfono de las manos y yo me puse en tensión dispuesta a gritar un par de barbaridades a la persona que se había atrevido a robarme, pero mis ojos se quedaron clavados en otro par de un color azul y frío, pero que ardían en su profundidad.

Me quedé paralizada y muda, viendo como tecleaba algo en mi teléfono y después me lo tendía. Mi mano temblaba un poco cuando lo sujeté.

—Llámame —me guiñó un ojo y se fue.

Y me quedé allí como una idiota, porque lo que me había atraído de él mientras lo miraba de reojo y le escuchaba hablar, se fue a la mierda con ese acto tan de sobrado que, siendo sincera, me parecía hasta un poco de niñato.

Salí del local con un poco de mal sabor de boca, las cosas no habían ido como yo pretendía, pero al fin y al cabo, había pasado tiempo con mis amigas y eso era lo que más debía resaltar de la noche, lo demás fueron minucias.

Debo añadir que el teléfono de Ale en la agenda de mi móvil duró lo que tardé en llegar a casa, entrar en la agenda y eliminarlo.

Capítulo 8

No vi a Sofía ni supe nada más de ella en todo lo que restaba del fin de semana, le envié varios mensajes e intenté llamarla, pero no contestó ni me escribió. No tenía muy claro si la ansiedad que había sentido el sábado y el domingo fue por dejar pendiente aquella conversación con ella, o se trataba de mi subconsciente intentando decirme algo. Por lo pronto, y totalmente condicionada por lo que mi amiga había insinuado, intenté mantener una distancia prudente con Leo para que no hubiese mal entendidos. Algo harto difícil ya que compartíamos piso y lo último que quería era que él se enterase de los chismorreos que había en la oficina sobre nosotros, porque si algo tenía claro era que, si Sofía se lo había contado a Gaby, también se lo acabaría diciendo a alguien en la ofi y, en cuanto llegase a oídos de Rosi, eso sería un secreto a voces. Un secreto que era falso, pero secreto, al fin y al cabo.

Cuando el lunes llegué a la oficina unos cuantos minutos tarde por culpa de un accidente que había provocado un atasco, todas las miradas se volvieron en mi dirección, hice un repaso mental para saber si se me había olvidado algo importante, como los pantalones o el vestido y estaba allí en ropa interior, pero estaba vestida, por lo que tanta atención de repente era algo extraño, ¿Sofía ya le había contado aquella tontería a alguien?

La aceché con la mirada, pero ella sonrió como de costumbre, haciéndome recordar lo preciosa que era y cuanto la quería.

—Buenos días —susurré sentándome en mi silla, encendiendo el ordenador y sintiéndome muy incómoda porque todos seguían mirándome fijamente—. ¿Qué pasa? ¿Me ha cagado una paloma en el pelo? —me toqué mi melena rubia deseando que nada echase por tierra la media hora que me había llevado alisarme el pelo esa mañana.

—El gran jefe te espera en la oficina —dijo Rosi en un tono un tanto raro, no tenía ni idea a santo de que venía.

Fruncí el ceño sin saber muy bien que estaba sucediendo, miré a Sofía directamente y ella estaba tan tranquila, haciendo su trabajo sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Eh! —llamé su atención dándole una patadita bajo la mesa, ella clavó sus ojos verdes en mí y sonrió como si no pasase nada—, ¿en el descanso hablamos? —lo pregunté en tono neutro, para que

no pensase que estaba enfadada con ella, aunque un poquito sí que lo estaba.

—El jefe te está esperando —me apremió Rosi.

Tuve que tragarme las ganas de contestarle mal, después del fin de semana de mierda que había tenido, que ella quisiese meter las narices donde nadie la había llamado podría colmar la poca paciencia que me quedaba.

Sin decirle nada, aunque me costó horrores, me puse en pie y avancé hacia el territorio tras el biombo con paso vacilante. En los escasos treinta segundos que tardé en llegar allí, por mi mente se pasaron un sinfín de motivos diferentes por los que el gran jefe había pedido que fuese a hablar con él: ¿habría llegado a sus oídos el rumor de Sofi? ¿Querría que me fuese del piso porque creía que aquello no iba a funcionar? ¿Me despediría?

Antes de que pudiese darme cuenta, ya estaba llamando con suavidad contra la madera del biombo, el golpeteo de las teclas al otro lado se detuvo y yo llené los pulmones de aire antes de asomar la cabeza por un lateral y forzar la sonrisa.

—Buenos días jefe, ¿querías verme? —intenté que no se me notase en la voz lo intranquila y nerviosa que estaba, esperaba haberlo conseguido.

—Sí, Vera, buenos días, pasa y siéntate —me apremió señalando la silla vacía frente a su mesa.

Dar esos cuatro pasos que me separaban de mi destino, me costó como si llevase una mochila de ochenta kilos a la espalda, mi inquietud a lo que podría ser lo que Leo querría decirme, el rumor que estaba esparciendo Sofi, el tono impertinente de Rosi… todo se me estaba haciendo bola y mi ansiedad habitual estaba sobrealimentada, por lo tanto, volviéndome muy loca.

—Te lo diré rápido y sin paños calientes —comenzó a hablar en su habitual tono serio y profesional, nada que ver con el Leo con el que compartía piso—. Al irse Óscar de la editorial nos ha dejado con el culo al aire, no puedo permitirme contratar a alguien, tú más que nadie sabes que económicamente no estoy muy bien.

—Ajá —murmuré para hacerle ver que entendía lo que contaba.

—Me estoy haciendo cargo de todo lo que hacía Oscar, que no era gran cosa en realidad, el muy hijo de… —resopló y me dedicó una mirada intensa a través del cristal de sus gafas—. El caso es que estoy abarcando demasiado y me temo que cualquier día meteré la pata o peor, me rompo y caigo enfermo, ¿podría contar contigo para desahogar algo de lo que tengo encima?

Parpadeé tres veces, tragué saliva, me humedecí los labios y dejé

salir sonoramente el aire por la nariz. De todas las cosas que habían pasado por mi cabeza, eso ni siquiera me lo podría haber imaginado.

—No será algo muy escandaloso, pero eso subirá un poco tu sueldo —añadió al ver que yo tardaba en contestar.

—¿De qué tendría que encargarme? —normalmente mi trabajo era editar y corregir los libros que publicábamos, también de redactar las notas de prensa en alguna ocasión y mails a algunos autores con los que queríamos trabajar. Eso sin contar con los manuscritos que el jefe repartía pidiendo segundas opiniones.

No es que el trabajo me matase, pero a veces me costaba seguir el ritmo.

—Hacerte cargo de algunos autores, trabajar mano a mano con ellos, acompañarlos en las presentaciones y, si pudieses quitarme algunos manuscritos de encima para primeras cribas, sería la hostia —aquel fantasma de sonrisa volvió a asomarse a sus labios y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no contestarle con otra.

El trabajo con los autores no me asustaba en exceso, ya tenía mucho contacto con ellos al editar sus obras, solo sería tener un poco más de responsabilidad, pero lo de leer manuscritos me daba un poco de vértigo, y vértigo del malo. No se trataba de dar una segunda opinión como había hecho hasta ese momento, el sueño de decenas de autores estaría en mis manos, eso es lo que más miedo me daba, elegir mal, tanto para el autor y rechazar una obra de arte, como para la editorial y apostar por un título que no funcionaría.

—Pero solo soy correctora —apunté—, en mi trabajo mi gusto personal debe quedar fuera, la criba de manuscritos me va a quedar grande.

—Y yo soy filólogo, eso tampoco me da ningún criterio para decidir quién merece o no publicar y aquí me tienes… Casi la totalidad de los libros que hemos publicado han pasado por tus manos, ya sea para corregirlos o para supervisar las galeradas, conoces los parámetros por los que medimos nuestras obras mejor que nadie, estoy seguro de que podrías hacerlo.

En ese momento me habría gustado alegrarme de que mi jefe tuviese ese nivel de confianza en mí y apoyase mi esfuerzo, pero el miedo a no poder hacerlo había bloqueado el resto de emociones.

¿Se trataba del síndrome del impostor del que tanto hablaban los escritores? Mi titulación no estaba al nivel del trabajo que Leo quería que hiciese, seguro que cometería una cagada tras otra y a cuál más grande. Aunque en el fondo (muy muy en el fondo), sabía

que no era algo tan difícil, tan solo tenía que leer manuscritos en bruto y decidir si eran lo suficiente buenos como para pulirlos un poco en la edición y hacerlos brillar.

—¿Vera? —el gran jefe llamó mi atención.

Lo miré con la boca abierta dispuesta a decir algo, pero no tenía muy claro el qué.

—Podemos hacer como con lo del piso —continuó—, probamos unas semanas y, si vemos que funciona, irás cogiendo más responsabilidades, ¿de acuerdo?

De nuevo y sin que pudiese hacer nada para evitarlo, me vi a mí misma asintiendo y recibiendo de sus manos un lote de manuscritos impresos y con el runrún de que me enviaría un mail con los contactos e información de los autores con los que trabajaría.

Me levanté de la silla de manera mecánica como si estuviese fuera de mi cuerpo, con el ceño fruncido y tratando de procesar lo que estaba sucediendo. En un segundo me vino la mente el dichoso rumor de Sofi y lo que esto podría alimentarlo en cuanto se supiese, retrocedí los dos pasos que había avanzado, me acerqué a la mesa y me incliné un poco hacia delante uniendo mi mirada a la suya y apoyando un puño cerrado en un pequeño montón de galeradas que había a un lateral de la superficie.

—¿Por qué yo, por qué me has elegido a mí? —fue mi única pregunta y otro fogonazo de sonrisa quiso estirar sus labios.

—Eres la que lleva más tiempo trabajando aquí, la que cumple mejor con los plazos de entrega y la que está más capacitada.

Quise decirle que lo de los plazos era un poco relativo, aquel mes tras mi ruptura con Diego sería mejor dejarlo en el olvido. Su respuesta no me convenció del todo, pero lo dejé pasar, si le hablaba de los rumores quizá podría llegar a creer que yo misma los había iniciado, o al menos había propiciado a ello al ir contando por ahí que estábamos viviendo juntos.

Volviendo a mi mesa cargando con ocho kilos de historias a las que tendría que ajuiciar, no estaba segura de si debía estar enfadada con el jefe por empujarme a aceptar de ese modo o agradecida. Estaba siendo muy paternalista, diciéndome lo que tenía que hacer porque él creía que podría hacerlo o porque le convenía, me había hecho lo mismo cuando accedí a vivir con él, que en realidad no accedí, de un momento a otro me vi firmando un contrato de alquiler y mudándome a la otra punta de la ciudad.

En el descanso, sentada frente a Sofi, removiendo mi café estaba un poco ausente, en realidad estaba muy ausente, al shock por la

oferta de trabajo del gran jefe tenía que sumarle que no sabía cómo afrontar aquella conversación con mi amiga.

Que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, la confianza era algo real y debería saber cómo enfrentarme a un conflicto así. Pero precisamente porque la conocía, sabía que la conversación no sería fácil, Sofía podía llegar a ser muy melodramática si se lo proponía y estaba segura de que me montaría una escena en la cafetería y me moriría de vergüenza.

—¿Qué quería el jefe? —su pregunta me cogió con la guardia baja y no tuve más remedio que confesarle la verdad.

—Me ha pedido que haga parte del trabajo de Óscar, no puede contratar a alguien y para él solo es demasiado trabajo.

Por el rostro de Sofía desfilaron varias expresiones en muy pocos segundos, algunas que no pude descifrar y otras que no entendía a santo de que venían, sobre todo la ira. Mi amiga parecía enfadada y no tenía muy claro el motivo.

—¿No te lo podía haber dicho en vuestra casa en lugar de interrumpir tu jornada de trabajo? —el tono afilado y la forma en que pronunció "*vuestra casa*" me hizo fruncir el ceño y ponerme a la defensiva.

—Era un tema de trabajo y lo normal es tratarlo en el trabajo.

—Pero ha hecho que toda la oficina interrumpa lo que estábamos haciendo al estar pendientes de lo que sucedía en su tierra de nadie —su tono acusador me hizo ponerme alerta, sabía que no se tomaría nada bien lo que tenía que decirle, pero no podía aplazarlo más.

—No veo el problema ahí, que un jefe hable con sus empleados es lo más normal del mundo —le di un sorbo al café y traté de quitar al asunto la importancia que ella intentaba imponer.

—Pues yo no lo veo normal, joder… además que tampoco era algo que tuviese que decirte a ti sola, lo mejor era que todos escuchásemos lo que te decía y que pudiésemos dar nuestra opinión —dijo sin apenas soltar aire.

—Sofía… ¿qué es lo que más te molesta, que viva con el jefe o que él confíe en mí en lugar de otra persona para tener más responsabilidades?

—Yo nunca he dicho que algo de eso me molestase —se excusó desviando la mirada.

—¿Y por qué utilizas ese tono tan despectivo? Joder, entre esa frase y lo que le dijiste a Gabby el otro día, estás dando a entender que me lo ha ofrecido porque le chupo la polla todos los días.

—Eso lo estás diciendo tú, no yo.

—Pero seguro que no te ha faltado tiempo de ir diciendo por toda la oficina que vivimos juntos y que parece que también estamos juntos.

—Es lo que parece desde fuera —confirmó mis sospechas de que todo el mundo lo sabía ya y por eso las miraditas de reojo.

—¡Pero sabes que es mentira! Tú tienes la visión desde dentro, te lo cuento todo.

—¿Estás segura de que me lo cuentas todo? —preguntó a la defensiva ella en esta ocasión—. Últimamente estás más metida en tu mundo que de costumbre, hay que sacarte las palabras con sacacorchos y ya no hablemos con salir de fiesta un fin de semana, en los últimos meses apenas lo hemos hecho tres veces.

Parpadeé sorprendida, porque quizás tenía parte de razón, pero yo tenía excusa, una muy buena desde luego.

—A lo mejor no salía porque estaba preparando una boda y después toda mi vida se fue a la mierda, ¿no crees que eso ha tenido algo que ver?

—Yo que sé, tía, incluso cuando estabas hecha una mierda por lo de Diego, te veía más que ahora —y me lo dijo así, con todo su papo gordo.

—¿Me estás echando en cara que intente recuperarme después de la putada de la boda? ¡Hostia Sofi, creía que me conocías mejor! ¿O es que te jode que no me esté apoyando en ti para salir a delante y lo esté haciendo sola?

No obtuve respuesta de su parte, lo que contestó afirmativamente a esa pregunta.

—¿Te molesta que las cosas me vayan bien? —admito que la pregunta fue a cuchillo, Sofía me miró sorprendida durante unos segundos.

—Vera, estás sacando las cosas de quicio, solo digo que las amigas estamos aquí para ayudarnos cuando las cosas van mal y tú no me dejas ayudarte.

—Pero es que esto necesito hacerlo sola, ¿no lo entiendes? Necesito demostrarme a mí misma que puedo salir del agujero sin que nadie me tienda la mano.

—No, no —me interrumpió—, el problema no es que te tiendan la mano, si no quién, porque a la del jefe bien que te agarras.

Ahí fue cuando mi boca perdió el filtro y lo mandé todo a la mierda

—¡Joder, Sofía! Asume que no eres el puto centro del universo, que la gente tiene problemas a tu al rededor y no te piden ayuda para todo, podemos vivir sin ti, no necesitamos tus consejos y tu

ayuda para que te sientas realizada. No serás tan buena amiga cuando en vez de alegrarte de que al menos en el trabajo me vayan las cosas bien, vas soltando mierda para que la gente me mire mal.

—No estoy soltando mierda.

—Lo haces, ¡joder! —resoplé y traté de tranquilizarme—. Te digo esto porque te quiero, si no fuese así ni siquiera me habría molestado en hablar contigo. Hacer correr rumores te puede explotar en la cara.

—No son rumores, es lo que parece, y no entiendo como eso puede hacer daño a alguien —se excusó infantilmente.

—Así que como es lo que parece puedes ir soltándolo por ahí, ¿no? —volví a recibir silencio de su parte y ni siquiera me miraba a la cara esta vez—. Pues como lo que parece es lo que es realidad y podemos decirlo, voy a decir que tú has perdido por completo el norte y te has olvidado de lo amigas que somos, que tienes envidia de que las cosas me vayan relativamente bien y ya no hablemos de que el jefe confíe en mí y me dé más responsabilidades.

—No te da más responsabilidades porque confíe en ti —me interrumpió—, a ver si te das cuenta de que es por lo que le das o por lo que quiere que llegues a darle.

—¿Tú escuchas cuando te hablan? Te he dicho que entre él y yo no hay nada, si prácticamente nos vemos solo en la oficina. Me paso la mayor parte del tiempo en mi habitación o sola en casa, deja ya de inventar.

—Eso me lo dices porque no quieres que lo siga diciendo por ahí.

—¡No quiero que lo digas porque es mentira! —casi grité empezando a enfadarme de verdad.

Sofía se quedó callada, con la mirada en sus manos que retorcían una servilleta con un poco de ansiedad.

—Sofi —la llamé, pero no volvió a mirarme, así que me di por vencida—. Me voy a trabajar —dejé sobre la mesa el dinero para pagar los dos cafés y me puse en pie—, cuando te acuerdes de lo amigas que somos ven hablar conmigo, pero a hablar, no a tener otra de estas conversaciones de besugos.

Salí de la cafetería con un regusto amargo en la boca del estómago, no me gustaba ser así con ella, pero esa obsesión de que Leo y yo estábamos liados me estaba cansando y ya no sabía cómo lidiar con ella y su insistencia sin llegar a enfadarme.

Capítulo 9

El jueves de esa misma semana fui consciente de que Leo estaba haciendo el trabajo de tres personas y no el de dos, como me había dicho, él solito se ocupaba de planear las presentaciones, gran parte de la contabilidad de la editorial, supervisar contratos, revisar galeradas, controlar que todos hacíamos nuestro trabajo y rezar para que los plazos de todos se cumpliesen y poder llegar a tiempo a las fechas que se habían prometido. Y por si todo eso fuera poco, después aún se ponía a leer manuscritos para poder encontrar a nuevos autores para ampliar el catálogo.

En solo tres días en ese puesto de trabajo ya había hecho todas las horas que había perdido cuando lo de Diego, ese día estaba siendo especialmente duro, Sofía casi no me hablaba ni me miraba desde la conversación de días atrás, mi ansiedad estaba de nuevo por las nubes por ese motivo, además que las nuevas responsabilidades en la editorial me sobrepasaban por momentos.

No tenía problema por estar en un contacto más estrecho con los autores, la mayor parte de ellos eran muy buena gente y fáciles de tratar, pero había una pequeña sección dentro del catálogo a los que les costaba aceptar que estaban en una editorial independiente y pequeña, no aceptaban que no se les tomase más en cuenta que a los demás autores y querían que los tratásemos con honores, cuando para nosotros todos los contratos de publicación tenían el mismo valor.

El señor Juan Aguirre era uno de ellos, había estudiado cuarenta carreras (según sus palabras), trabajaba en la biblioteca de una gran universidad y si le dejabas hablar te podía contar que era amigo de Vargas Llosa e incluso del mismísimo Cervantes. Normalmente Óscar, el prófugo que se había ido dejándonos con el culo al aire, era el encargado de tratar con él y más o menos lo tenía contento, pero ahora había pasado a mis manos y el hombre no dejaba de decirme que no quería hablar con la secretaria, que él era demasiado importante y merecía que el jefe se dignase a hablar con él.

Estaba siendo una semana brutal con ese misógino de manual, ya que estaba a punto de salir su nuevo libro y no dejaba de llamar para preguntar cosas que ya sabía, pero solo quería dar por culo y provocarme una migraña, algo que conseguía sin esforzarse mucho

en ello.

Pasaban mucho de las cuatro de la tarde, todos se habían ido ya a casa y yo seguía al teléfono con el señor Aguirre, demostrando que la paciencia, aunque fuese una de mis virtudes, comenzaba a ser un bien escaso en mi sistema nervioso.

—Sí, señor Aguirre, la portada no sufrirá ningún cambio, está igual que cuando se la enviamos la semana pasada —decía en tono monótono al teléfono—. Sí, sé que usted no mira su correo, pero me ha dicho que su hija le ayudó y pudo ver como es. No, el jefe está ocupado en este momento. No, ya le he dicho que no soy su secretaria, soy su ayudante y estoy capacitada para tratar con usted. Sí, estarán a punto de llegar a su casa los ejemplares que le pertenecen y podrá ver el libro en sus propias manos.

El jefe apareció de repente en mi ángulo de visión y me hizo una señal con la mano.

—Señor Aguirre, tiene que disculparme, mañana le vuelvo a llamar y seguiremos la conversación, que pase buen día —le colgué sin esperar una respuesta de su parte.

Me puse en pie y me acerqué al jefe sin apurar mucho el paso.

—¿Qué ocurre? —estaba empezando a conocerlo un poco y en sus ojos pude ver algo de cautela, lo que sucedía cuando iba a pedirme algo.

—Sé que te va a costar llegar, pero te quitaré al señor Aguirre de encima si aceptas —casi suplicó.

Fuese lo que fuese, si no tenía que volver a hablar con el señor misoginia le haría hasta un monumento.

—¿De qué se trata? —pregunté fingiendo un poco de cansancio.

—Se está acabando el otoño y, como el año pasado, había pensado en hacer una antología con relatos para después de primavera. Ya va siendo hora de ponerlo todo en marcha si queremos llegar a tiempo, ¿podrías ocuparte de las bases y la recepción de manuscritos? —se quitó las gafas y clavó sus ojos en los míos—. Yo me ocuparé de la presentación de Aguirre y ni tendrás que verlo.

Iba a aceptar, aunque me propusiese pasarme las noches de la próxima semana en vela, lo que fuese con tal de no volver a hablar con aquel hombre.

—De acuerdo —suspiré—, ¿puedo irme a casa ya? —casi supliqué.

—Te lo agradecería, yo también quiero irme.

Sin esperar más volví a mi mesa, apagué el ordenador y recogí mis cosas en silencio, salí de la oficina y mientras esperaba al

ascensor, el jefe apareció a mi lado todavía sin las gafas y un poco despeinado porque se había pasado las manos por el pelo. Tuve que luchar contra la tentación de pasar mis dedos por su cabello para peinarlo, en su lugar me mordí el interior de la mejilla y desvié la mirada. Entramos en el pequeño cubículo, que no era tan pequeño en realidad, pero la sensación de claustrofobia cambiaba mi percepción.

—¿Has leído algún manuscrito decente esta semana? —él rompió el silencio que nos rodeaba.

—No he tenido mucho tiempo de leer —contesté a la vez que recibí un mensaje en el teléfono—, además que es un poco un engorro el tener que llevarme los manuscritos en papel de un lado para otro, ¿no has pensado nunca en la recepción digital?

Mientras intentaba localizar el teléfono en el fondo de mi bolso, pude ver como Leo arrugaba el ceño. Sabía que adoraba leer en papel, era uno de esos nostálgicos del formato físico y sí, eso estaba bien y yo también lo valoraba muy por encima de lo digital, pero para los manuscritos era mucho más práctico y pensando en la *Pachamama,* también más ecológico.

—No sé yo… —masculló cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Podemos hacer una dirección de email solo para la recepción —todavía no había encontrado el teléfono y empecé a caminar hacia la salida detrás de Leo—. Se me ocurre que podemos guardarlos en una carpeta a la que toda la *ofi* tengamos acceso, así podremos leer lo que nos llame más la atención y hacer una criba más rápida —y así quitarme un poco de encima esa sensación de ejecutora, continuaba sin gustarme nada el tener que decidir yo sola que historias podrían tener futuro.

Leo se detuvo de golpe haciendo que chocase con su espalda, trastabillé hacia atrás y entrecerré los ojos un poco molesta por lo que había hecho. Justo cuando iba a soltar lo primero que me pasó por la cabeza, que estaba segura de que sería una queja acompañada de una palabrota, él se giró y me miró muy fijamente.

—Nunca se me habría ocurrido algo semejante —dijo como en trance—, la verdad es que nos solucionaría muchos problemas, sobre todo de espacio.

Me llegó otro mensaje al móvil y empecé a ponerme un poco nerviosa al no poder encontrarlo.

—Y al tener más puntos de vista críticos, podemos ampliar también el público objetivo —añadí creciéndome un poco, porque, vamos a ver, para una vez que me estaba saliendo bien, tenía que

darme una palmadita en la espalda.

—¿Hablas de publicar más géneros literarios?

—Sería una buena opción —encontré por fin el teléfono y sonreí mientras lo desbloqueaba y abría la App—. A Sofi le encanta la ciencia ficción y la fantasía, sé que es muy selectiva y sería perfecta eligiendo historias de ese género.

Sé que Leo dijo algo más, pero yo me quedé colgada del mensaje que acababa de recibir y que no terminaba de entender.

"Teniendo en cuenta que no me has escrito, voy a pensar que te has olvidado de que tienes mi número, pero no de mí".

Era de un número que no tenía en la agenda, no salía nombre ni nada, pero la foto en miniatura que podía verse al lado de su teléfono ya me dio una ligera pista de quién se trataba.

"Desde la otra noche no he dejado de pensar en ti, pero cada vez que le pregunto algo a Sofía cambia de tema o se enfada".

El siguiente mensaje disipó mis dudas por completo, se trataba de Ale, el vecino baboso de Sofía.

"Seguro que ahora estas frunciendo esa boquita de piñón porque estás un poco confundida, como cuando te robé el móvil para escribir mi número, ese que espero que no hayas borrado".

Tuve que leerlos varias veces para ser consciente de que eso estaba sucediendo en realidad, ¿de dónde había sacado mi número y porque me estaba enviando esos mensajes? Que por muy bueno que estuviese tenía un pequeño problema para conservar el espacio personal de los demás, así fuera físico como social, no lo conocía lo suficiente como para que se tomase la libertad de enviarme ese tipo de mensajes cuando ni siquiera habíamos tenido una conversación.

Evidentemente no iba a contestarle, ni siquiera para mandarlo a la mierda, si era tan idiota como para intentar ligar con alguien como si todavía fuésemos al instituto, que no contase conmigo.

—¿Te parece bien? —la pregunta de Leo me pilló desorientada y lo miré con cara de lela unos segundos más de lo estipulado socialmente—. ¿Me estabas escuchando? —y la sonrisa volvió a aparecer como por arte de magia, era cruzar las puertas de la oficina y se convertía en una persona totalmente diferente.

—La verdad es que no, lo siento —contesté todavía alelada, pero por un motivo diferente en esta ocasión, esa sonrisa podía hacer que pareciese que le faltaba un golpe de microondas a cualquiera.

—Que podemos probar el método de la carpeta compartida, ¿lo gestionas tú mañana y yo me quedo con Aguirre?

—Por favor… —casi supliqué—, haré lo que sea.

El sonido de su carcajada nos acompañó hasta el aparcamiento,

del cosquilleo que sentí debajo del ombligo no pienso pronunciarme.

El jueves pintaba ser más prometedor, de entrada, estaba mucho más tranquila al ser consciente de que no tendría ningún tipo de contacto con el señor Misoginia, minipunto para mí. Pero lo que parecía ser un día maravilloso y perfecto, se fue a la mierda en cuanto me acerqué a la mesa de Sofía para contarle lo de los manuscritos de fantasía, porque estaba segura de que le haría mucha ilusión, pero al final la conversación no se pareció ni un poquito a lo que yo había imaginado.

Que era consciente de que dicha conversación iba a ser un poco tensa teniendo en cuenta los acontecimientos pasados, pero no esperaba que tanto.

—Sofi, he estado hablando con el jefe, quizá lo haya convencido para hacer un nuevo sello de fantasía y ciencia ficción.

—Ajá, qué bien —fingió indiferencia y estaba segura de que fingía, porque la conocía lo suficiente para saberlo, tenía como un tic en el labio superior cuando estaba nerviosa y en ese momento le temblaba un montón.

—Le he propuesto que tú podrías supervisarlo, hacer la primera criba de manuscritos y…

—Pues que él me lo comunique —sus ojos se clavaron en mí y creo que pude sentir como el aire a nuestro alrededor se enrarecía un poco—. Cuando quiera algo, que me llame al despacho y me diga lo que tenga que decir, que para algo él es el jefe.

Tragué saliva, las manos se me enfriaron de golpe y me empezaron a sudar.

—Hombre, su despacho… más bien es el espacio tras el biombo —intenté quitarle un poco de hierro al asunto.

—Sí, ya sé que ese espacio lo conoces muy bien —murmuró por lo bajo, pero a un volumen suficiente como para que todos en la oficina pudiesen escucharla.

Ante eso no supe que más decir, agaché la cabeza, volví a tragar saliva y me fui hacia mi mesa en completo silencio. Todo eso bajo la atención de Rosi, que la muy perra me miraba desde su mesa con una suficiencia tal que me daban ganas de tirarle una silla a la cabeza.

¿Qué se suponía que debía hacer? A ver, que era mi mejor amiga, la conversación que tuvimos días atrás había sido un poco cruda, ¿pero tanto como para que ella se enfadase así conmigo? Me hice bola en mi sitio, bola metafóricamente, en realidad me puse los

auriculares y me metí de lleno en el trabajo.

A lo largo de la mañana me dio tiempo a gestionar la nueva cuenta de correo para los manuscritos, la carpeta compartida, a escribir las bases para el concurso de relatos de otoño y, siendo un poco temeraria, a escribir el mensaje de la nueva recepción de manuscritos en formato digital añadiendo más géneros literarios en esta ocasión.

En la hora del descanso no es que no me atreviese a ir a la cafetería con el resto de la oficina, es que ni siquiera me dieron opción, en cuanto dio la hora todos se levantaron como si se tratase de una estampida y yo me quedé mirando con el bolso en la mano como el ascensor bajaba lleno hasta arriba.

Era como volver al instituto, a esa sensación de incertidumbre, de soledad, de sentirme devastada por dentro cuando te hacían el vacío, porque estaba claro que se habían ido a toda leche para que no me diese tiempo a acompañarles. Lo que resultaba un poco raro, entre los trabajadores de la oficina siempre ha habido distintos niveles de responsabilidad, pero en el momento de tratarnos unos a otros nunca habíamos tenido ningún problema de *titulitis*, nadie era superior por tener un puesto más remunerado o con un contacto más directo con el jefe, de hecho, Óscar el prófugo, mano derecha del jefe desde el día uno, había ido a tomar el café con nosotros hasta que decidió irse sin mirar atrás.

Entrar en el ascensor vacío me resultó violento y hasta un poco triste, seguro que vista desde fuera sería una escena lamentable, lo malo es que yo misma me estaba haciendo sentir peor con mis pensamientos obsesivos, intentando encontrar un motivo por el que Sofía, la que consideraba mi mejor amiga, se había enfadado tanto conmigo, ¿habría algún motivo más que aquella conversación en la cafetería? ¿Habría hecho algo que le había molestado? ¿Le habría hablado mal? ¿La habría mirado mal? ¿Creería que no la quiero porque no la llamaba tanto? ¿Sería verdad eso de que estaba pasando un poco de los amigos desde que lo había dejado con Diego?

El runrún constante en el fondo de mi cabeza, el latido acelerado de mi corazón y la presión en el pecho me acompañaron hasta la cafetería dos calles más allá de la oficina, porque si algo tenía claro es que los demás no querían estar conmigo, así que yo no iba a darles el placer de hacerme otra bomba de humo y dejarme a un lado, o lo que sería peor, un desplante directo delante de todos los clientes.

El ambiente de aquella cafetería, más moderna y de moda,

siempre llena de gente joven, no terminaba de gustarme, era como que yo no encajaba allí pese a estar entre la media de edad de los clientes. Que el café que servían me gustaba mucho, pero era un montón de mierda líquida dentro de un bote con pajita, que sabía a todo lo que le echaban menos a café y todo eso unido a mi estado emocional por el plantón de la gente de la oficina, me tenía como ausente y medio perdida.

Así estaba cuando Leo se sentó frente a mí, acompañado de su eterna taza de café con leche, con toda su elegancia y saber estar de siempre, lo que me indicaba que estaba frente al jefe y no al compañero de piso.

—¿Todo bien?

Una pregunta fácil, con una respuesta mucho más fácil, un “sí” o un “no” y ya estaba, asunto zanjado, pero en mi estado estaba segura de que si abría la boca me pondría a llorar y también estaba segura de que Leo ya pensaba que no tenía mucha estabilidad emocional, así que ponerme a llorar frente a él (y encima en un lugar público), no era lo mejor que podría hacer.

Me encogí de hombros, le di un trago al café y desbloqueé el móvil deslizando el dedo por la pantalla sin ningún cometido, tan solo para no mirarle a la cara y seguir agarrándome a ese pequeño resquicio de dignidad que me quedaba.

—Vera… —cometí el error de mirarle de reojo, que guapo era el muy puto y que poco se aprovechaba de ello, pero mirarle a los ojos tiró por tierra todo mi esfuerzo por no parecer demente.

—Es que Sofía está enfadada conmigo —gimoteé como una niña pequeña, haciendo el ridículo más grande que había hecho en toda mi vida—. Y no sé por qué, es que… ¡joder! Yo solo le dije lo que pensaba, que no necesitaba que fuese de salvadora y que yo solita podía salir de la mierda en la que me dejó Diego. Y se lo ha tomado a mal, ahora va diciendo mierdas por ahí, toda la oficina piensa que tú y yo estamos enrollados, me están haciendo el vacío y ni siquiera quieren que tome el café con ellos —solté el aire de golpe, como si me hubiese quitado un peso enorme de los hombros al decir todo en voz alta—. Que en el fondo me da igual, casi nadie me cae bien y a Rosi ni la soporto, pero está feo que me hagan de lado así, que no tenemos quince años —dije yo comportándome como una cría.

Durante mi diatriba el rostro de Leo fue cambiando de su estado serio de siempre, a uno un poco más divertido y sus ojos brillaron tras el cristal de las gafas. Sorprendentemente las ganas de llorar desaparecieron en cuanto solté todo lo que llevaba semanas conteniendo.

—¿Has dicho que creen que estamos enrollados? —preguntó con voz contenida.

—Ha sido la bocazas de Sofi, que yo le he dicho que me habías alquilado una habitación, pero ella se ha montado una película digna de un Globo de Oro y toda la oficina se la está creyendo.

Leo asintió con diversión, dio un sorbo a su café y miró por la ventana a la vez que se humedecía los labios.

—Siento haberle dicho que estoy viviendo en tu casa —me disculpé al ser consciente de que quizás eso le había molestado—. Sabía que ella estaba un poco loca, pero nunca pensé que llegara a estos extremos, no sé qué mierda le pasa de un tiempo a esta parte.

Leo sonrió, sonrió en horas de trabajo y eso me hizo sentir mejor, aunque no me estuviese mirando fijamente sabía que esa sonrisa era mía y que no era en un lugar en el que él soliese sonreír, así que me la tomé como un regalo inesperado.

—Es normal que haya chismorreos en las oficinas —le restó importancia y volvió a mirarme, serio en esta ocasión—. Hasta ahora no hemos dado la impresión de que esté pasando algo más allá de una relación laboral, si lo mantenemos así, con el tiempo se olvidarán.

—Eso espero —suspiré y le di otro sorbo al café.

—¿En serio Sofía cree que estamos enrollados? —preguntó ya sin la máscara de jefe, dejando ver todo ese carácter divertido que tenía siempre que veíamos algo juntos en el sofá de casa.

—Es que no entiendo cómo ha podido llegar a esa conclusión —resoplé—. En las películas el jefe siempre se enrolla con la secretaria, no con una compañera más.

—El señor Aguirre cree que eres mi secretaria —me guiñó un ojo y casi me atraganto de la impresión.

—El señor Aguirre solo necesita un cartel luminoso que ponga “Cuidado, señoro en la sala”, ese no cuenta.

—Recuerdo que fuiste tú quien me recomendó a Sofía, ¿sois muy amigas? —preguntó de repente saliéndose del tono de broma.

Me removí inquieta en la silla, empezar a hablar de sentimientos o cosas muy personales ya podía considerarse terreno pantanoso, pero éramos compañeros de piso y tener un poco de confianza no estaba de más.

—Hasta hace nada lo éramos —admití en un susurro—, pero ya te he dicho que no sé qué mierda le está pasando.

—Dices que ella se enfadó porque le dijiste que no necesitas ayuda, quizá lo que le sucede es que ella ayuda a los demás, pero en realidad es la que necesita más ayuda.

—¿Te gustan los trabalenguas o es que te crees psicólogo?

—Solo soy observador y conozco a Sofía desde hace un par de años, el tiempo que lleva trabajando en la editorial —hizo una pausa para acabar el café y se quitó las gafas para limpiar los cristales con una gamuza arrugadísima que guardaba en el bolsillo—. Sé que es muy buena chica y como profesional no tengo nada de que quejarme, pero esconde mucho debajo de sus bromas y sus carcajadas escandalosas.

No podía apartar la mirada de sus manos limpiando las gafas, aunque tenía los dedos regordetes los movía con agilidad y destreza.

—Si tuviese algún problema me lo diría, somos amigas desde niñas.

—En ocasiones hablar es muchísimo más difícil con las personas que mejor te conocen —se puso las gafas y volvió a clavar sus ojos en los míos—, tú misma, hace unos minutos has vomitado todo lo que te pasaba con una simple pregunta y, en cambio, ya llevas un tiempo sin poder decirle todo eso a tu amiga.

—Qué asco das —mascullé con los dientes apretados y haciendo que se carcajease en mi cara—, pon un puesto en la calle Real "*escucho tus problemas por dinero*", seguro que ganas más que alquilándome la habitación.

Ese era uno de mis problemas más grandes y uno de los principales motivos de mi ansiedad social, que en cuanto tengo un poco de confianza con alguien se me suelta la lengua y digo un montón de tonterías, que normalmente a la gente le hacían gracia, como a Leo en ese momento, que se estaba partiendo en dos mientras yo muy digna recogía mi bolso y mi café dispuesta a irme de allí. Pero después me quedaba con la duda de si se reían porque me tomaban por loca, si de verdad les hacía gracia, o era una de esas risas falsas que dejas salir mientras piensas en lo mucho que odias a esa persona y lo que te gustaría que la atropellase el camión de la basura, pero de esos que van al mercado central y se llevan las bolsas de la pescadería con ese olorcillo a pescado podrido.

Leo continuaba riendo cuando salí de la cafetería y me encaminé calle abajo hacia la oficina, una vez en mi sitio y aprovechando que no había nadie, porque todavía quedaban diez minutos de descanso, saqué mi teléfono y me puse a bichear un poco en las redes sociales para saber que estaba pasando en la vida de mis amigos, eso de vivir encerrada en mi mundo era algo que Sofía me había hecho ver con su conversación de días anteriores.

Lore había subido una foto de ella y Gonza con el pequeño Izan,

que envidia me daban por tener ya todo lo bonito que se puede desear en la vida… Gabby seguía trabajando en su mundo *freelance* con las páginas web y sus cosas raras, Daniela había puesto algunas fotos del set de rodaje donde estaba trabajando y Sofía un par de reseñas de los libros que estaba leyendo…

Todas estaban viviendo su vida casi como si las demás no existiésemos, habíamos crecido y nuestros problemas y el día a día se habían comido todo el tiempo que teníamos para preocuparnos unas de otras. Que estaba claro que estaríamos ahí si sucediese algo, pero había que admitir que la amistad ya no se vivía con la misma intensidad después de los treinta que a los quince.

Lo que también me llevó a pensar que, de todas mis amigas, con la que tenía un contacto más estrecho era con Sofi, el hecho de trabajar juntas ayudaba mucho a ello, pero siempre habíamos tenido una conexión un poco más especial entre nosotras. Y joder… me di cuenta en ese momento de lo mucho que la echaba de menos. Echaba de menos las maratones de películas el fin de semana, las salidas de fiesta con borrachera incluida (la suya, por su puesto, yo seguiré siendo abstemia hasta la muerte), las risas, las bromas… todo con ella era diferente aunque cada una tuviésemos nuestras peculiaridades. La de ella era montarse películas, la mía era tener ansiedad por todo, pero siempre nos habíamos entendido y nos queríamos mucho.

Decidí enviarle un mensaje, algo que ella pudiese tomar como una ofrenda de paz.

Vera: "¿Te hace una maratón de pelis mañana? Yo pongo las palomitas y los refrescos".

Sabía que no iba a ser fácil, a orgullosa Sofía se lleva la medalla de oro y todo el podio, pero tenía la pequeña esperanza de que con un mensaje no, pero con dos o tres pudiese llegar a convencerla y enterrásemos el hacha de guerra.

Me equivocaba y mucho, su respuesta me desarmó y no supe ni como contestarle.

Sofía: "Pregúntale al gran jefe, seguro que para él tienes más tiempo y estará encantado de tenderte la mano".

Una patada en la espinilla habría sido con menos intención de hacer daño que eso, Sofi me conocía, sabía mis puntos débiles y era totalmente consciente de que me estaría comiendo la cabeza día y noche por nuestra conversación, discusión o cómo quiera llamarse, por lo tanto, sabía que decirme eso era como avivar la llama de la ansiedad, hacer que yo entera volviese a ser un bloque de ansiedad y no pudiese hacer nada por evitarlo.

Quedarme allí el resto de la mañana sería como si yo misma siguiese avivando ese fuego, además no podría concentrarme, estaría todo el rato mirando a Sofi y tratando de hablar con ella, por lo que en cuanto todos volvieron a la oficina me puse en pie, me acerqué al biombo, llamé tres veces con los nudillos y asomé la cabeza por un lateral.

—Un momento, señor Aguirre —escuché que decía el jefe por teléfono.

Casi sonreí, pero solo fue un casi, mi estado de ánimo no me lo permitía.

—¿Qué sucede? —me preguntó con cautela, seguro que se me notaba en la cara que sucedía algo.

—Acabo de enviarte las bases del tema de los relatos de primavera para que se lo envíes a Elías y haga el cartel para las redes, también tienes la información de la cuenta de correo de los manuscritos en digital y el enlace a la carpeta compartida en la que los iremos guardando. También he hecho una tabla de Excel para que vayamos apuntando quien lee qué y todo sea más organizado —dije de carrerilla, sin darle tiempo a decir nada—. Y para terminar me he tomado la libertad de hacer un texto para la recepción de manuscritos de nuevos géneros, pero si quieres que Sofía se haga cargo, tendrás que comentárselo tú.

—¿La cosa sigue tirante con ella? —preguntó frunciendo el ceño.

Resoplé y miré al techo para enfatizar la gravedad de la situación.

—Han pasado unos minutos desde que te lo he comentado, si las cosas fuesen tan fáciles de solucionar, no existirían las guerras.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con verdadera preocupación—. No tienes muy buena cara.

Como odiaba que me hiciesen ese comentario…

Pues no, mira, si tengo mala cara es evidente que me pasa algo, decirme que tengo mala cara no ayuda para nada a que me encuentre mejor, solo hace que me hunda más en la mierda y quiera comerme las uñas hasta los nudillos por la ansiedad. Pero gracias por preocuparte, cabrón.

—La verdad es que no estoy muy bien —dije con voz contenida—, venía a decirte que me voy a casa, seguiré teletrabajando si no te importa.

—Perfecto, a ver si mañana estás mejor.

Me alejé del biombo escuchando a lo lejos la conversación que tenía con el señor Misoginia. En cuanto llegué a mi mesa y comencé a recoger mis cosas para irme, no tardé en sentir sobre mí unas

cuantas miradas. Ser el centro de atención era algo que odiaba con todas mis fuerzas, estaba muy odiosa ese día, pero todo era resultado de lo que Sofía estaba haciendo conmigo.

—¿Te vas? —la pregunta de Rosi me taladró los oídos y tuve que morderme la lengua para no mandarla a ese sitio al que tenía tantas ganas de mandarla desde hacía mucho tiempo.

—Sí, pero no te preocupes, mañana vuelvo para seguir chupándosela al jefe cuando no miráis —le guiñé un ojo con mucha dignidad y me di la vuelta rezando para no caerme y mandar toda mi actuación a la mierda.

¿Qué me había pasado por la cabeza para decir ese comentario? Pues sí, lo reconozco, ¿qué no lo pensé dos veces y solo lo dejé salir sin analizar las consecuencias? Pues también, qué le vamos a hacer, ¿qué me arrepentí solo un segundo después de dejarlo salir? Sobre todas las cosas…

Cuando subí al ascensor me temblaban las piernas, las manos y creo que hasta la pepitilla, en realidad no era ni yo misma cuando empecé a hablar, pero… ¿y lo que había disfrutado viendo la cara de asombro de Rosi? Eso no estaba pagado, era oro y tenía que guardarme ese recuerdo como tal.

Ya en casa, después de una ducha y de ponerme ropa cómoda, me tiré en el sofá con el portátil esperando hacer algo más de lo que tenía pendiente. La intención era buena, pero esa ansiedad que llevaba toda la mañana anidando en mi estómago, hizo que me empezasen a temblar las manos, que la cabeza no dejase de darme vueltas a lo mismo una y otra vez y me resultó imposible poder hacer algo productivo.

Pero no todo fue perder el tiempo, Boris se acurrucó a mi lado, comenzó a ronronear y el resto de la mañana lo pasé acariciándolo y jugueteando con el pelo de sus orejitas solo para hacerlo rabiar y que me mordiese flojito. Contra todo pronóstico, para mí eso fue mucho más efectivo y beneficioso que tomarme una de las mil pastillas que me había prescrito mi psicólogo.

Eran cerca de las dos cuando me llegó un mensaje al móvil, esperaba que fuese Sofi, o alguna de las chicas para contarme algo, o quizá Leo para avisar de que llegaría tarde o algo así. Pero no, volvía a ser el vecino baboso:

"¿Por qué no me has contestado? De todo lo que Sofi pueda decirte sobre mí, la mitad es mentira".

Debería haberlo ignorado, habría sido la decisión más acertada, la que me hubiese llevado por mejor camino y con la que me habría ahorrado muchos problemas, pero él tenía contacto directo con

Sofía y podría ayudarme a saber qué era lo que le estaba pasando.

Vera: *"¿Qué mitad es mentira, la buena o la mala?"*

"La buena, evidentemente, puedo ser muy malo cuando quiero"

Menudo gilipollas…

Me aguanté las ganas de escribírselo, aunque me costó muchísimo.

Vera: *"¿Por qué me escribes? ¿Quién te ha dado mi número?"*

"Sofía no, desde luego, he tenido que robárselo del móvil mientras se duchaba"

Vera: *"¿Por qué me escribes?",* volví a preguntar, aguantándome las ganas de decirle que se estaba comportando como un crío y que eso de hurgar en móviles ajenos estaba tipificado como delito.

"¿Tú que crees?"

Vera: *"¿Sofía te ha dicho que trabajo en una editorial y quieres que publique tu libro?"*

"Pues no, las letras no son mi fuerte, preciosa"

Y ligar tampoco, créeme.

No sabía que más escribirle, ligar tampoco era lo mío, llevaba once años (casi doce), oxidada porque no había tenido necesidad de hacerlo, así que simplemente opté por lo que consideré que era lo más normal: darle conversación. Yo tan solo quería sonsacarle información de Sofía, así que no quería tampoco que el tío pensase que me iba a llevar al huerto con tanta facilidad.

Vera: *"¿Te llamabas Alex?"*

"Ale, sin la X. Es más exótico".

Y más de gañán, también tengo que añadir, aunque podría ser peor, podría decir que le quitaba la X porque esa ya se la ponía él a las relaciones… bueno da igual, hay mucho cenutrio suelto y estaba segura de que él era uno de ellos, aunque lo estaba disimulando.

Añadí su número a la agenda, sí, ese mismo número que borré un par de semanas atrás porque no tenía intención de hablar con ese espécimen humano, pero era por una buena causa, él tenía contacto directo con Sofía y podría ayudarme a hacer las paces con ella. Que en su foto de perfil saliese sin camiseta y pudiesen contarse todos los abdominales a simple vista era un detalle secundario.

Joder… que calor empezó a hacer de repente en mitad de noviembre, ¿no?

Capítulo 10

“Las patatas fritas son lo que más me gusta en el mundo”.

“Me gusta mirar las estrellas cuando estoy triste”.

“Las comedias románticas son un género de cine que no descarto ver cuando estoy acompañado”.

“Me gusta mucho la música y viajar”.

“La cita perfecta sería una tarde de cine, una cena con velas y un paseo al lado del mar”.

“Escucha esta canción, que me ha recordado a ti”.

¿Podría haber frases más manidas, estúpidas y sinsentido para ligar? Pues esa había sido la tónica de Ale desde que hablábamos por mensajes, cinco días ya… cinco días en los que me había dado la tabarra y en los que parecía que el tema Sofía se la traía un poco floja. En cuanto escribía su nombre parecía como si él no lo leyese, a no ser que le preguntase directamente y todavía tenía que extirparle las palabras como si fuesen un quiste.

Decir que lo pasé bastante mal esos cinco días sería un eufemismo, apenas comía, me costaba un mundo concentrarme y solo podía dormir cuando Boris se acurrucaba a mi lado en la cama y empezaba a ronronear. Nunca habría imaginado que un ser peludo que solía estar de mala leche el noventa por ciento del tiempo, me ayudaría a sobrellevar el hecho de haber discutido con mi mejor amiga y que la ansiedad por eso me estuviese devorando por dentro.

Ese lunes había decidido trabajar desde casa un día más, lo que tenía que hacer, corregir más que nada, podría hacerlo en cualquier otro lugar que no fuese la oficina, además, me tenía que venir la regla en un par de días y estaba un poco hecha polvo.

Quizá podía poner como excusa que me sentía sola, Leo se pasó todo el fin de semana a sus cosas y no me hizo ni caso, mis amigas tenían otros planes y de Sofía prefería no hablar. Quizá también podría decir que las hormonas me tenían blandita y podía aceptar cualquier cosa estúpida que me propusiesen. O incluso, que estar las últimas setenta y dos horas acompañada de un gato y vivir rodeada de sus pelos mirase donde mirase por mucho que limpiase, estaba empezando a acabar con mi paciencia.

Por eso a las cinco de la tarde, cuando recibí un mensaje con una invitación al cine, no me lo pensé demasiado, no me importaba

mucho ni la película que veríamos ni la compañía, tan solo necesitaba un poco de contacto humano, otra persona que no me contestase con un “*miau*” cuando preguntaba algo en voz alta.

El cine que eligió estaba en el centro, cerca de todo, así podríamos ir a cenar o a tomar algo si nos apetecía después de la película. No me había arreglado mucho, me había puesto algo cómodo, suerte tenía de que no me presentase allí en *leggings* y sudadera con un moño en lo alto de la coronilla, no era mi día, así que solo me concentré en estar presentable, nada más.

Ale se había esforzado un poquito más, llevaba uno de esos tupés que parecían tener una estructura interior para poder aguantarse en su lugar, un pantalón tan ceñido que se lo tendría que quitar con un escoplo y olía a perfume a seis metros de distancia. Me esperaba ya haciendo cola para comprar las entradas, me coloqué a su lado y cerré el abrigo con fuerza, pese a estar en noviembre estábamos en mitad de una borrasca que poco envidiaba a las del invierno.

—Hola —dije en voz baja y prácticamente sin mirarle.

—Hola rubia, llegas tarde, creí que ya no vendrías —me miró de reojo y me puso un poco nerviosa.

Miré la hora en el móvil, que estaba tan vaga que ni bolso había cogido y lo tenía guardado en el bolsillo del abrigo junto a las llaves y mi billete de veinte para emergencias. Solo me había retasado cinco minutos, los que tardé en encontrar un puñetero sitio para aparcar en el centro, porque al tío no se le había ocurrido ir a un cine de un centro comercial, donde las plazas de aparcamiento siempre están disponibles, no, el tío quiso ir a ese cine para ver una película sueca, polaca o no sé qué mierda en versión original subtitulada. Que en otro momento me habría parecido perfecto, nunca me cierro a nada que tenga que ver con la cultura, pero ese día me sentía un poco espesa y con muy pocas ganas de tonterías.

No contesté con palabras pero sí suspiré, el dragón interior, ese que tenemos muchas personas cuando estamos a punto de tener el periodo, estaba rugiendo y me estaba costando dominarlo. Que aquí tengo que hacer un inciso, ¿qué coño esperáis de nuestro comportamiento en esos días? Que uno de nuestros órganos se está rebelando en nuestra contra, recordándonos que ese mes (al igual que el anterior y el anterior y el anterior…) no hemos dejado que un espermatozoide insemine un óvulo y no estamos haciendo un bebé, ¡qué ya lo sabemos! ¡Qué el puto dolor es innecesario y la mala hostia también! He perdido un óvulo, el mes siguiente perderé otro y así sucesivamente hasta el fin de mis días, porque la vida ya

se estaba encargando de hacerme saber que me iba a morir sola con diez gatos, o como mucho, acompañada de especímenes humanos como el que tenía a mi lado: de estos tíos gamba, que muy bien el cuerpo, pero la cabeza… todavía le faltaba un golpe de microondas para poder tener una conversación un poco profunda con alguien.

—¿Te apetecen palomitas o algo de comer? —me preguntó Ale una vez que tenía las entradas.

Por mí me comería la tienda entera de chuches, con el tendero incluido que también tenía un empujón. Sí, además de mi mala hostia en "*esos días*" también tenía la libido por las nubes, una buena mezcla para quedar por primera vez con un tío al que no soportas, pero que piensas que está muy bueno.

Me abstuve de comer y beber, prefería no tener que ir al baño en mitad de la película y tampoco hacer ruido mientras me comía veinte chocolatinas. Nos fuimos a nuestros asientos, por supuesto uno al ladito del otro y él, sin disimular ni un poco y con mucha chulería, se pasó gran parte de la película mirándome de reojo, rozándome con la pierna, susurrándome cosas al oído, incluso en un momento dado me apartó un mechón de pelo de la cara. Que el chico se esforzaba, pero meh… que sí que estaba muy bueno, pero no terminaba de ver en él más que eso: un cuerpo. Fuera de ahí no había nada más que llamase mi atención.

—¿Te apetece cenar algo ahora? —me preguntó cuando paseábamos sin rumbo fijo por una de las calles empedradas del centro.

Iba a decirle que no, pero justo estábamos pasando frente a uno de esos restaurantes turcos que te salvan la vida en las noches de fiesta, cuando estás muerto de hambre, pero sin un euro en el bolsillo. El olor a la carne tostada, a la salsa de yogur y el calorcito que parecía emanar del interior, hicieron que mis tripas rugiesen escandalosamente.

—Me apetece un kebab —le miré de reojo y él se detuvo en seco, me sujetó de la mano para que yo me detuviese también.

—¿Sabes la cantidad de mierda que tiene eso? —no me pasó desapercibido que no me soltó la mano.

—Pero es que me apetece un kebab, ¿sabes la cantidad de tiempo que hace que no me como uno?

—Mejor así, eso es una bomba de grasas trans y calorías innecesarias —tiró de mí sin soltarme de la mano y me llevó calle abajo—. En la plaza han puesto un vegano que es la leche y tiene muchas variedades de *poke*.

Para mí había hablado casi en japonés, que sí, que vivía en el

mundo y conocía la existencia de todo eso que había dicho, pero mi dragón interior quería grasas de esas trans, calorías, azúcar, hidratos de carbono… mis hormonas hablaban por mí y no sabía cómo hacerlas callar.

Después de comer un bol de soja con verduras de colorines y beberme un zumo de esos verdes que saben igual que cuando te caías en el parque y te comías el césped, salimos del restaurante paseando sin prisas. Mi estado de ánimo no había mejorado mucho, con el estómago lleno (aunque fuese de verduras y cosas sanas), el dragón parecía tranquilo, pero la ansiedad continuaba allí, en cualquier otro día ella habría sido la verdadera protagonista de la noche. Ale era un desconocido, no sabía de qué tema hablar con él, no sabía si estaba metiendo la pata a cada momento, no sabía cómo ponerme para no parecer idiota y no… no. Pero el dragón la había opacado casi por completo y no había pensado en Sofía, ni en la oficina en ningún momento, algo que era de agradecer, ya que casi podría parecer una persona normal a sus ojos.

—Vives cerca de aquí —lo que dije no fue una pregunta, si era vecino de Sofía, era obvio que teníamos que estar cerca de su casa.

—A dos calles, cuando ceno fuera siempre voy al restaurante en el que estábamos.

—Ah… —fue la respuesta más elocuente que mi cerebro podía procesar, ya que no podía satisfacer el hambre del dragón, hambre de comida, quizás podría satisfacer otros apetitos.

—¿Quieres que follemos? —tuve que armarme de todo el valor del que era consciente que tenía para pronunciar esas palabras, pero el dragón mandaba y en esos temas siempre hay que hacerle caso.

Ale se detuvo de golpe, tirando de mi mano una vez más haciendo que me detuviese yo también.

—¿¡Perdón!? —sus ojos casi se le salían de las órbitas mientras me miraba, creo que nunca había sorprendido tanto a alguien en mi vida.

—¿No era ese el objetivo cuando me has invitado a cenar? —la ansiedad estaba ahí, la sentía, burbujeaba en mis tripas y quería salir, pero el dragón la mantenía a raya y no se atrevía a dar ni un paso.

—Pues… verás… yo… —tartamudeó—, no pensé que…

Pobrecito mío… lo que yo decía: un tío gamba. De esos que tienen un objetivo con un plan y que cuando algo se sale del rumbo, ya no saben qué hacer. También de esos a los que las chicas decididas les asustan un poco, estaba segura de que si la pregunta me la hubiese hecho él y yo me negase, insistiría hasta que me

enfadase o accediese. Todo era tan típico…

—Podemos ir a mi casa, pero además de que no vivo sola, está a tomar por culo de aquí —añadí al ver que él no arrancaba y boqueaba como un pez fuera del agua.

—Es que yo quería que esto fuese más despacio —consiguió pronunciar una frase completa.

—¿Me vas a decir que eres uno de esos tíos con el corazón roto, que buscan al amor de su vida y se van a negar a un polvo de una noche porque esperan a la persona perfecta? —no esperé su respuesta y comencé a caminar en dirección a casa de Sofía.

—No, no, no…—se excusó dando un par de zancadas para alcanzarme.

—¿Entonces?

—No te voy a negar que he follado con tías de las que no recuerdo ni el nombre, pero tú…

—¿Yo qué? Soy especial, no soy como todas, ves en mí a un tipo de persona sorprendente con la que nunca has tratado, parezco más madura que otras de mi edad… ¿es eso? —parpadeé en su dirección fingiendo inocencia.

—No, no es eso… es que eres amiga de Sofía.

—Y eso me da una categoría diferente a cualquier otra tía, ¿no podemos follar sin más solo porque Sofía es tu amiga también?

—Joder tía, es que me has cogido con la guardia baja, dame un poco de tiempo para pensar.

—A ver —me detuve y me coloqué frente a él para que se detuviese también—, las cosas son fáciles, yo quiero echar un polvo, hoy y ahora, si estás dispuesto, pues genial, si no quieres tengo un aparatito en casa que puede hacer el trabajo por ti.

Ale trago saliva, se rascó la nariz con nerviosismo y miró a ambos lados de la calzada antes de contestar.

—Vale —me sujetó de la mano y tiró de mí calle abajo en dirección a su casa.

Capítulo 11

Mordiscos, piel, sudor, gemidos… mientras regresaba a casa no podía dejar de recordar lo que había sucedido en casa de Ale, que vale, al tío le faltaban un par de luces, pero haciendo lo suyo era muy bueno.

Todavía me temblaban un poco las piernas cuando bajé del taxi frente a la que ahora también era mi casa y, ya en el ascensor, me olí las manos, que de tanto tocarle se habían impregnado de su olor, que bien olía el jodido…

Con las llaves en la mano y dispuesta a entrar en el edificio, fue cuando me di cuenta de algo que no había pensado hasta ese momento: un martes a las dos de la madrugada no es una buena hora para llegar a casa, no es jueves ni fin de semana, días oficiales de fiesta, era un día de «cancaneo», como diría aquel humorista medio rancio que trabaja en la radio.

Intenté por todos los medios no hacer ruido, me quité los zapatos al entrar en el portal y así evitar el sonido de pisadas en las escaleras, no llamé al ascensor porque a veces sonaba como una cacerola vieja y giré la llave en la cerradura con cuidado para que no chirriase. Solo cuando estuve dentro de casa y hube cerrado la puerta despacio y con cuidado, pude respirar tranquila.

Mi intención era ir a mi habitación intentando seguir sin hacer ruido, pero en cuanto me giré me encontré con una estampa que no me esperaba y que me dejó paralizada durante unos segundos sin saber muy bien cómo reaccionar.

La lámpara que había sobre la mesita de la sala, al lado del sofá, estaba encendida, en el sofá estaba Leo recostado, que había intentado leer un manuscrito y se había quedado dormido con él entre las manos. Tenía el pelo revuelto, las gafas mal colocadas y la boca medio abierta, creo que incluso hasta roncaba un poco dejando ver que su sueño era profundo y le estaba sentando bien. Sobre su regazo estaba Boris espatarrado, ronroneando panza arriba y moviendo el rabo de una manera muy graciosa.

Quise dejarlos allí, olvidarme del tema, ir a mi habitación y dormir, pero era demasiado tentador. Incluso después de haber tenido una buena follada, Leo tenía que ser tan irresistible y no entendía el motivo, si en realidad no era tan guapo, pero me atraía por un algo y todo eso estaba mal por muchos motivos.

Casi de manera inconsciente, mis pies me llevaron hasta el sofá, con mucho cuidado le quité el manuscrito de las manos dejándolo sobre la mesa, le quité también las gafas que le descansaban sobre la punta de la nariz poniéndolas sobre el manuscrito y lo arropé con mi manta rosa de estrellas blancas que ahora descansaba sobre el brazo del sofá de Leo.

Justo cuando iba a apagar la lámpara e irme, Boris maulló bajito y no pude evitar hacerle un mimo antes de marcharme, que también fue ese justo momento en el que Leo abrió un ojo, dio un respingo asustado haciendo que yo también me asustase y diese un grito vergonzoso.

Boris huyó a toda prisa por el pasillo y, a causa de los nervios y la adrenalina del susto, comencé a reírme haciendo que Leo riese conmigo.

—Lo siento —jadeé sujetándome el estómago—. Es tarde y no quería despertarte.

—¿Qué hacías? —preguntó haciendo que mi risa se detuviese de golpe.

Confesarle que le había arropado porque me parecía adorable y que había tenido que luchar muy fuerte contra mis ganas de pasar una mano por su pelo, no era una opción.

—Iba a despertarte —solté lo primero que se me pasó por la cabeza—, mañana te dolerá la espalda si duermes ahí toda la noche.

—Si ibas a despertarme, ¿por qué me has tapado con la manta? —se frotó la cara, provocando el susurro del roce con la barba que comenzaba a salirle.

Tragué saliva, acababa de follar con Ale y ese sonido me había puesto cachonda otra vez, tenía que tener algo roto dentro de mi cabeza.

O en el chichi.

—No pude despertarte —me encogí de hombros—, así que te eché la manta por encima para que no te enfriases.

Me di la vuelta dispuesta a irme, pero se me cayó una de las botas al suelo y tuve que agacharme a recogerla.

—¿Ya son las dos? —la pregunta de Leo sonó un poco a reproche.

Todavía en cuclillas miré por encima de mi hombro, él no me miraba directamente, pero estaba segura de que era el centro de su atención.

—Es que me lié un poco, ya sé que es martes, pero mañana estaré en la oficina puntualmente y cumpliré con mis obligaciones.

—No te estaba echando la bronca ni nada parecido, ya eres

mayorcita para saber lo que tienes que hacer.

—Me voy a dar una ducha y me voy a la cama —dije a modo de despedida.

—¿Te lo has pasado bien con las chicas?

Me detuve en seco y fruncí el ceño, ¿en qué momento había dicho que había salido con las chicas? Me giré ciento ochenta grados, me rasqué la nuca, tragué saliva y sonreí con nerviosismo, sí, de esas veces que pareces idiota.

—Ha estado bien la noche, ya sabes… unas copas para ellas, unos refrescos para mí…

—¿Nunca bebes? —frunció el ceño, algo que era más evidente de lo habitual porque no llevaba las gafas.

—No me gusta el alcohol.

—Está bien que salgas con tus amigas —se puso en pie y pasó por mi lado rumbo a su habitación—, se te ve mejor de un tiempo a esta parte.

—Las chicas son geniales…

Si Leo me conociese un poco mejor, se habría dado cuenta desde el minuto uno de que estaba mintiendo, en lo de salir, el alcohol era verdad que no me gustaba, pero es que no sabía mentir, siempre me ponía muy nerviosa, sonreía sin motivo como una idiota, movía mucho las manos, me rascaba la nuca… eran rasgos distintivos de que mi cerebro iba a dos mil revoluciones por segundo intentando encontrar una historia creíble que contar.

El motivo por el que le estaba mintiendo ni yo misma lo sabía, lo pensé esa noche, lo pensé después durante días y en ningún caso llegué a una conclusión coherente. No fui capaz de admitir frente a mi compañero de piso, alguien que empezaba a considerar casi un amigo, que acababa de follarme a un tío que era muy posible que no volviese a ver, que me importaba muy poco ese hecho y que lo había disfrutado muchísimo.

Para continuar con la mentira, me hice creer a mí misma que fue para que su concepto sobre mí no cambiase, no era mi comportamiento habitual, no volvería a repetirse, así que mejor que continuase creyendo que salía con mis amigas en fraternidad, en lugar de follar como una loca con un tío gamba.

Ir a la oficina el miércoles fue mortal, madrugar, el atasco, el sueño que hacía que se me cayesen los párpados… hasta la campanita del ascensor me resultó molesta. Intenté concentrarme en mi trabajo haciéndome bola como de costumbre, en el descanso me compré un café enorme para llevar y volví a mi mesa intentando

sacar adelante un poco de trabajo para no quedar mal frente al jefe, trasnochar no era habitual en mí, pero quería hacerle ver que eso tampoco me afectaría si volviese a suceder.

Eran las doce cuando el jefe apareció al lado de mi mesa y me dio un par de toquecitos en el hombro para llamar mi atención. Me quité los auriculares, disimulé un bostezo y giré la silla para mirarle, ya que cuando hacía eso solía hablarnos a toda la oficina en general.

—Me voy a la presentación del libro del Señor Aguirre, es esta tarde, pero tengo que preparar un par de cosas en la librería—comenzó a explicar—. Normalmente Óscar se ocuparía de que todo estuviese bajo control por aquí en mi ausencia, espero que si os dejo sin niñera podáis comportaros bien —unas risas forzadas se escucharon al fondo de la oficina—, de todos modos, podéis acudir a Vera si necesitáis alguna información y si esto se viene abajo, siempre estaré al otro lado del teléfono.

El color vino de golpe a mis mejillas, ¿por qué me dejaba a mí a cargo de todo? De acuerdo que antes era el prófugo el que se ocupaba de eso, pero yo no era Óscar ni tenía sus responsabilidades. No me pasó desapercibido el murmullo que se levantó entre las mesas, sobre todo en la zona en la que se sentaba Rosi, cada día le tenía más ganas a esa tía…

—¿Podrás con todo? —dijo Leo acercándose a mi mesa y hablando en voz un poco más baja.

Lo miré de reojo, se había quitado las gafas y las estaba limpiando mientras parecía que quería sonreír de medio lado. Puto…

—Haré lo posible por no quedarme dormida —mascullé con ironía.

Quiso reír de verdad, lo supe por como achicó los ojos, aunque no se movió ni uno solo de los músculos que estiraban sus labios.

—La próxima vez, no salgas con tus amigas hasta tan tarde —me guiñó un ojo y dio un paso atrás—. Hasta mañana —se despidió de todos.

Suspiré y me dispuse a continuar con lo que estaba haciendo, esta vez sin los auriculares para ser consciente de si alguien me llamaba, algo que esperaba que no sucediese, me estaba dando toda la ansiedad solo de pensarlo.

Cuando el jefe se fue de la oficina se hizo un silencio sepulcral, el ruido ambiente se volvió solo el golpeteo suave de las teclas y los clics de los ratones de los ordenadores. Parecía que a nadie le hacía mucha gracia que yo me quedase a cargo de todo, sorpresa, a mí

tampoco.

De repente, un post-it amarillo y arrugado cayó sobre mi teclado, se me estrujó el estómago porque eso era algo que Sofía solía hacer cuando todavía nos llevábamos bien. Lo desdoblé con cuidado y no había nada escrito en él, estaba en blanco. Estiré la cabeza por encima del monitor y allí estaba ella, con sus ojos marrones llenos de curiosidad.

—¿Has salido ayer con las chicas? ¿Por qué nadie me dijo nada? —preguntó medio acusación, medio reproche.

—Porque no salí con ellas —admití con un nudo en la garganta.

Después de todo lo que estaba sucediendo entre nosotras, poder hablar, aunque fuese en un tono un poco tirante, era un pasito adelante. Al menos eso esperaba.

—¿Entonces?

—Estuve por ahí con un tío —quise dejar la conversación ahí, no ahondar más en ella porque me daba vergüenza admitir en voz alta que había follado prácticamente con un desconocido y que no tenía intención de volver a verlo. Pero una enorme sonrisa en la cara de Sofía me derritió el corazón, me hizo ver que no estábamos tan lejos una de la otra como yo creía.

—¡Ay que pillina! ¿De qué tío estamos hablando? —preguntó con picardía.

—¿Era el jefe? —ambas ignoramos por completo la pregunta de Rosi desde el fondo de la oficina.

—Un tío, ¿qué importa? Posiblemente ni siquiera vuelva a verlo.

—No puedo creer lo que estoy escuchando… —teatralizó mi amiga, haciéndome ver cuánto la echaba de menos—. Vera follando con desconocidos.

—No he dicho que haya follado con nadie —me quejé infantilmente, pero confirmándolo por mi reacción tan inmediata.

Varias risitas se escucharon a lo largo de las mesas, me puse colorada, hundí la nariz en el teclado y continué con lo que estaba haciendo.

A la hora de salir yo era la que tenía que cerrar la puerta, no solo porque me hubiese quedado a cargo de la oficina, a efectos prácticos que me quedase con las llaves era lo más obvio, vería a Leo esa noche en casa.

Estaba dándole la última vuelta a la llave cuando fui consciente de su presencia a mi lado, Sofía podía ser ágil y silenciosa como un gato cuando se lo proponía.

—¿Un café? —preguntó sonriendo.

Quise decirle que lo que yo quería era comida, eran las tres de la

tarde, pero lo que quería ella era hablar, no importaba si con un café, una ensalada o una hamburguesa. Fuimos hasta el *burger* que había calle abajo y nos sentamos una frente a la otra, no hacía falta pedir disculpas, al menos por mi parte, por la suya estaba segura de que tampoco, Sofía era así, una bomba que era muy fácil hacer que estallase, pero después enseguida perdía potencia y todo volvía a la normalidad.

En esta ocasión ambas habíamos hecho las cosas mal, lo mejor sería dejarse de disculpas que no iban a solucionar nada y hacer borrón y cuenta nueva. Éramos como hermanas, nuestra relación siempre había funcionado así.

—¿Vas a decirme con quién has follado o es que no lo conozco? —preguntó cuando ya habíamos devorado gran parte de nuestro menú.

—Ya te he dicho que no importa, no va a suceder más —justo en ese momento me llegó un mensaje al móvil.

Ale: "Ayer fue increíble, me he quedado con ganas de más, ¿repetimos esta tarde?"

Me humedecí un poco solo con recordarlo, putas hormonas…

—Bueno... —carraspeé y le di un sorbo a mi refresco— a lo mejor sí que vuelve a suceder… pero no es nada serio.

La sonrisa en los labios de Sofía me confirmó que estaba de vuelta en mi vida y esperaba que sucediese lo que nos sucediese a ambas, lográsemos superarlo por mucho tiempo.

Capítulo 12

Muerte y destrucción.

Eso era la menstruación para mí, que según los médicos todo estaba bien conmigo, pero era como si alguien me estuviese apuñalando desde el útero y me desangraba para demostrarlo.

Cuando me levanté esa mañana y descubrí el regalito en mis bragas con su consecuente dolor de tripa, le envié un mensaje a Leo para avisarle de que no iría al trabajo, porque era consciente que a lo largo de la mañana casi no podría ni moverme, el ibuprofeno ayudaba, pero no hacía milagros. Estaba tirada en el sofá, porque a eso no se le podía llamar estar tumbada, y Boris se había acurrucado a mi lado como si fuese consciente de que necesitaba una dosis extra de mimos.

Antes de tirarme había hecho acopio de lo que podría necesitar en las próximas horas para no tener que moverme demasiado, algo de comida, café en un vaso térmico, un puñado de manuscritos en papel que todavía estaban pendientes de leer y mi mantita rosa de estrellas para taparme la tripa.

Todavía estaba de esa guisa cuando Leo llegó a las cuatro, escuché su peculiar rutina: dejar las llaves en el cuenco de la entrada, la bolsa del portátil que llevaba siempre al hombro al lado del cuenco y quitarse el abrigo y los zapatos. Había interiorizado tanto esos sonidos que si cerraba los ojos casi podía verlo en mi imaginación realizando esas acciones.

Se sentó a mi lado en el sofá y dejó sobre la mesa centro una bolsa de plástico de color blanco, se frotó la cara con ambas manos y me miró de reojo.

—¿Has comido? —preguntó en un susurro.

Boris, que dormitaba a mi lado, se desperezó, saltó esquivando mis rodillas y comenzó a frotarse con el brazo de Leo llamando su atención.

—Todavía no, moverme de aquí es lo que menos me apetece en ese momento —admití sintiendo un poco de vergüenza, pero lo disimulé no levantando la mirada del manuscrito que estaba leyendo.

—¿No tienes hambre? —insistió al ver que su intento de llamar mi atención no surtía efecto.

—Una poca —admití en voz muy baja, había estado devorando

mierdas casi toda la mañana, pero el dragón que formaban mis hormonas era insaciable y podría pasarme el día comiendo cuando tenía la regla.

Boris comenzó a maullar insistentemente, se frotaba con más ganas contra Leo sin importar lo mucho que lo estaba acariciando.

—Hace un mes aproximadamente me hablaste de ir a cenar a un turco, me he acordado al salir de la oficina y, como hay un restaurante aquí cerca, me he pasado por él antes de venir a casa.

Aparté los ojos del manuscrito de golpe, olí un poco el aire a mi alrededor y aquel inconfundible aroma parecía emanar de la bolsa que había dejado sobre la mesa centro, por eso el puto gato estaba tan insistente, olía a cosas ricas.

—¿Me has comprado un Kebab? —pregunté con un hilo de voz, tenía miedo de estar soñando o, mucho peor, que me estuviese gastando una broma y dentro de esa bolsa hubiese un triste *poke* como el que me había comprado Ale.

Leo no contestó, se puso en pie, trasteó con algo en la cocina y regresó con dos platos y dos refrescos de los que solía guardar en su estante del frigorífico.

—Conozco a pocas personas a las que sea tan sencillo hacerlas feliz —dijo riéndose mientras se dejaba caer en el sofá de nuevo.

Dejó a Boris en el suelo, me tendió un plato y un refresco y se dispuso a abrir el tesoro más grande que me podía dar en ese momento. Desde la noche que salí con Ale me había quedado con unas ganas horribles de comerme un dichoso *kebab* e iba a hacerlo en ese justo momento.

Cuando me tendió el paquete envuelto en papel de aluminio y el aroma se hizo más intenso, se me hizo la boca agua… ¿cómo algo con una pinta tan asquerosa podía estar tan bueno? Me humedecí los labios antes de desenvolverlo y cuando lo vi tuve que darle un bocado tan grande que casi engullí la mitad.

—Muchas gracias —pronuncié con la boca llena después de gemir como una vaca en celo.

Leo rio a mi lado mientras desenvolvía su comida con mucha más paciencia de la que yo solía tener a lo largo de un mes. Mientras masticaba no podía dejar de observar cada uno de sus movimientos, que parecían calculados al milímetro y eso, en lugar de parecer estúpido, me gustaba, era algo cotidiano a lo que agarrarme. A lo largo de las pocas semanas que llevaba viviendo allí, me había acostumbrado a él, creando nuestras rutinas. Me gustaba el modo en el que estábamos viviendo, estando ahí, pero sin ser invasivos en la intimidad del otro.

Diez minutos después, con el estómago lleno a reventar, me dejé caer sobre el respaldo del sofá y suspiré, Boris, sentado sobre su rascador, nos miraba con cara de odio por no haberle dado nada de nuestra comida y yo, sin saber muy bien a cuento de qué, empecé a sentir la necesidad de llenar el silencio con algo, aunque fuese una tontería sin trascendencia.

—Tienes que echarle un ojo a este manuscrito —balbuceé mientras le tendía un montón de hojas que había subrayado por todos lados—. Se sale un poco de las obras que solemos publicar, sobre todo por la voz con la que está escrito, es muy coloquial, pero es una historia que te atrapa y creo que funcionará bien.

Era la primera vez que le hacía una recomendación, cuando fui consciente de ello un sudor frío me cubrió la espalda y me quedé paralizada. Leo me quitó el manuscrito, lo abrió por una página al azar y leyó un par de párrafos mientras continuaba comiendo.

Durante los apenas dos minutos que tardó en hacerlo, yo no me moví, casi ni respiré, no tenía muy claro el motivo, pero no había podido evitarlo.

—Tiene buena pinta, ¿te encargas tú? —preguntó mirándome fijamente.

—¿De qué?

—De hablar con la autora o el autor, hacer las correcciones, planear la portada con Elías… ya sabes, todo el proceso.

—¿Yo sola? —mi voz subió dos octavas.

—Se supone que te he subido el sueldo para que ahora te encargues de esas cosas.

Tragué saliva, no estaba segura de poder hacer todo eso, a ver, de hacerlo sí, pero hacerlo bien… eso ya eran palabras mayores. Se me aceleró el corazón y me empezaron a temblar las manos, las retorcí una contra la otra a la vez que respiraba profundamente intentando tranquilizarme, pero no parecía funcionar.

De repente, una de las manos de Leo se colocó sobre las mías y fue como si un escalofrío me recorriese todo el cuerpo, contuve la respiración y me quedé paralizada. El calor de su piel en contacto con la mía era tranquilizador, algo que muy pocas veces había sentido antes, solo cuando me abrazaba mi padre o cuando Sofi me hacía reír hasta casi hacerme pis encima.

—Vas a poder con ello —susurró en voz muy baja—, deja de darle vueltas a todo, estás mucho más capacitada de lo que piensas para este trabajo.

Tan rápido como apareció, su mano desapareció y me dejó una sensación fría, como cuando sales de la cama un día de invierno,

pero sus palabras todavía flotaban en mi mente y me hicieron sentir bien, estabilizaron un poco mi concepto de la situación, que empezaba a ponerse patas arriba y por un segundo creí que podría con ello y que todo saldría bien.

Pensándolo, era muy absurda esa inseguridad que siempre me acompañaba y que agravaba mi ansiedad de manera exponencial, pero que en cuanto alguien importante para mí me decía las palabras adecuadas todo desaparecía y volvía a sentirme segura y capaz.

Me quedé un buen rato en silencio dándole vueltas a eso, al modo en el que me dejaba influenciar siempre por lo que los demás pensasen antes que por mis propias creencias. Eso era una causa directa de mi inseguridad, infravalorarme a mí misma e incluso a mis propios pensamientos, algo que mi psicólogo siempre me decía pero que no podía cambiar por mucho que lo intentase.

Soy capaz.

Soy inteligente.

Hago bien mi trabajo.

Mis opiniones se tienen en cuenta.

Mis divagaciones mentales se vieron interrumpidas por un mensaje que recibí en ese mismo momento.

Ale: "*¿Podemos vernos hoy?*

Miré a Leo de reojo, que mientras masticaba sus últimos pedazos de kebab ojeaba el manuscrito que le había entregado y sentí que lo que más me apetecía en ese momento era pasar la tarde en casa, para seguir mirándole de reojo como quien no quiere la cosa y haciéndome la sorprendida cuando me pillaba.

Vera: "*Hoy me apetece quedarme en casa, además tengo la regla y no puedo follar que me duele mucho".*

Esperaba que, como buen tío gamba, al mencionar la sangre menstrual echase a correr hasta China y me dejase tranquila unos cuantos días. Sangre en una película gore sobre la segunda guerra mundial: no pasa nada, pero si esa sangre sale del chichi de alguien: "*qué asco, estoy comiendo*".

Ale: *"No quiero verte solo para follar, ¿quién coño te crees que soy?"*

"Un tío gamba" diría si lo tuviese delante, pero como no era el caso, tuve un par de minutos para pensar la respuesta y logré contenerme. La verdad es que tampoco me creía del todo lo que había escrito Ale, parecía una de esas respuestas genéricas que suelen dar para dar buena imagen, pero que después a la hora de la verdad piensa en estar con alguien mientras tiene la regla y le da toda la pereza. Como a mí salir esa tarde, que va… no.

Vera: *"Siento haber pensado mal, pero de verdad que solo quiero dormir, lo siento"*. No tenía ni idea de porque me disculpaba, pero ahí quedaba escrito.

—¿Estás hablando con Sofía? —la pregunta de Leo me pilló por sorpresa, había olvidado que estaba ahí y del susto casi lanzo el teléfono a la otra punta de la habitación—. ¿Las cosas van mejor con ella?

Me llegó otro mensaje de Ale en ese momento, pero no le hice caso y dejé el teléfono sobre la mesa, cuidando de darle la vuelta a la pantalla para que no se viese nada.

—La verdad es que sí, parece que hemos enterrado el hacha de guerra.

—Eso es bueno —una sonrisa se asomó a sus labios y el sol volvió a salir—, si encima de ser amigas trabajáis juntas, llevarse bien es imprescindible.

Me quedé en silencio porque ante eso no sabía muy bien que decir.

—Por cierto… —dijo después de un par de minutos en los que tan solo se escuchaba el runrún del televisor—, Aguirre me ha dicho esta mañana que mi secretaria hace muy buen trabajo, que estaba muy contento con la presentación que le habías montado.

—Secretaria —mascullé entre dientes haciendo que Leo volviese a reír.

—No lo juzgues tanto, se ha criado en un mundo diferente al que tenemos ahora.

—Pero es que no soy tu secretaria, se lo he dicho mil veces, pero parece que no lo entiende.

Justo en ese momento acabó de comer, me dio un golpecito cariñoso en la rodilla y se puso en pie para llevar los platos sucios a la cocina. Lo observé marcharse hasta que desapareció por el quicio de la puerta, momento en el que se me escapó un suspiro del que no tenía muy claro el motivo.

Boris aprovechó que Leo se había ido para volver a acurrucarse a mi lado, colocado estratégicamente para ocupar un buen pedazo de manta y también en el lugar exacto en el que no podría moverme sin molestarle. Estaba segura de que el muy puñetero era consciente de que me costaría un mundo y me sentiría mal si lo molestaba, por eso se ponía ahí, solo por joder.

La mañana siguiente ya me sentí con un poco más de fuerzas para ir a la oficina, llegué unos minutos tarde y todos estaban ya sentados. En cuanto crucé la puerta un par de miradas se volvieron

en mi dirección y noté un poco de resentimiento en ellas, sobre todo en la de Rosi, al final tendría que hablar muy seriamente con ella o dejarle claras un par de cosas.

Cuando me acerqué a mi silla, me sorprendí al encontrarme una pequeña caja blanca sobre mi mesa con una nota pegada:

"Como ayudante de dirección necesitas un teléfono solo para el trabajo. El jefe."

No pude evitar sonreír porque hubiese firmado como "*el jefe*" y no como Leo, pero eso no evitó que me pusiese colorada y mucho. Ahora entendía la mirada irritada de Rosi y la de Elías, que parecía querer se él el sustituto del prófugo, yo encantada le cedería el puesto, pero en este caso era el jefe quien elegía y me había tocado a mí.

Encendí el teléfono, introduciendo los datos que también ponía Leo en la nota y lo dejé a un lado intentando no darle mayor importancia. Como no tenía nada pendiente ni urgente, me puse en contacto con la autora del manuscrito del que le había hablado a Leo la tarde anterior, para eso utilicé mi nuevo teléfono y me volví a ganar más miradas de desaprobación.

No habían pasado ni dos minutos después de haber cortado la llamada cuando un pos-it arrugado cayó sobre mi teclado. Miré por encima del monitor y Sofi me guiñó un ojo.

"Si no tienes planes para ºesta tarde, voy a hacer las compras de navidad".

Volví a mirarla y le sonreí contestando afirmativamente a su propuesta, ella también me sonrió y me sentí muy bien por ello, al fin la tenía de vuelta como siempre.

El centro comercial estaba hasta arriba de gente, no entendía como todo el mundo se volvía loco por esas fechas, que solo era una puñetera celebración, que con un regalito por persona tendría que ser suficiente, al menos esa era mi máxima a la hora de poner cosas bajo el árbol. Pero no, todos se volvían locos, como si es espíritu del consumismo los poseyese y se ponían a comprar cosas sin control.

Sofía me arrastraba de tienda en tienda y yo iba tras ella sujeta al asa de su bolso para no perderla, porque la aglomeración era digna de cualquier película sobre el apocalipsis. Una joyería, una tienda de complementos, una de lencería… ya casi no era consciente de que tipo de tienda era en la que entrábamos, estaba tan aturdida que no había comprado nada.

—Necesito parar un poco —supliqué después de dos horas dando vueltas sin parar.

Nos sentamos en la terraza de un bar del centro, muy cerca de su casa, olía a castañas asadas y hacía un frío que te morías, pero apetecía disfrutar del aire libre para un día que no estaba lloviendo. Ambas nos habíamos pedido un capuchino y Sofía estaba muy emocionada por el regalo que le había comprado a su hermana y que estaba segura de que no se esperaba,

Cuando estábamos en mitad de una carcajada mi teléfono sonó con un mensaje nuevo.

Ale: *"Estás muy guapa cuando sonríes"*

Miré a ambos lados de la calle para buscarlo, porque estaba segura de que me estaba observando, pero no vi a nadie.

—¿Es tu "*follamigo*"? —me preguntó Sofía alzando mucho las cejas.

Asentí en su dirección y guardé el teléfono sin contestar el mensaje de Ale.

—¿Vas a verle hoy?

Suspiré.

—Tengo la regla y no me apetece.

Sofí se inclinó un poco hacia delante y entrecerró los ojos.

—¿Las cosas no van bien con él? —preguntó con cierta cautela.

Y no supe que contestar, porque en realidad las cosas no iban, porque no había cosas. Solo habíamos quedado un par de veces, habíamos follado, pero nada más, Ale no me parecía el tipo de tío por el que podría volverme loca.

—Es un tío gamba —resumí todo en solo cuatro palabras.

Ella se dejó caer en el respaldo de la silla soltando una carcajada y le dio un largo sorbo a su café.

—Pues entonces disfruta mientras dure, no le des más vueltas —sentenció.

Iba a preguntarle cómo estaba ella de amores, que hacía mucho tiempo que no hablábamos del tema, desde mi desastre con Diego toda la atención que le dedicaba a mis amigos, se había dispersado en todas direcciones. Pero, justo en ese momento, divisé una librería de segunda mano al otro lado de la calle y recordé lo mucho que me gustaba regalar libros por navidad, y ¿qué mierda? Comprarme alguno para mí también, entre esas estanterías también se escondían muchas joyas a precios de risa.

Me bebí lo que me quedaba de café de un sorbo, casi ahogándome en el proceso.

—Me voy a la librería de enfrente, no tardo –anuncié poniéndome en pie.

—Ya la he perdido… —escuché que murmuraba Sofía cuando ya

estaba alejándome.

Me gustaba el olor de las librerías, pero sobre todo el olor de las librerías de segunda mano, a papel viejo, un poco a rancio y a madera. El calor allí dentro era muy agradable y no me costó nada entrar en materia y ponerme a mirar libros por todas las estanterías buscando algo que pudiese interesarme.

Fue entonces cuando lo encontré, un ejemplar de La historia interminable, debía ser una de las primeras ediciones en España y estaba en muy buenas condiciones además de a un buen precio. Recordé que en el salón de casa Leo tenía al menos diez ediciones diferentes de ese libro y esta no estaba entre ellas. Era fácil deducir que era de sus libros favoritos, así que no tuve mucho que pensar. Lo cogí y me fui directa a pagar para que a nadie se le ocurriese robármelo en las narices.

Mientras esperaba a que la dependienta de la librería me lo envolviese para regalo, miré a través de la puerta hacia la terraza donde había dejado a Sofía y me sorprendí mucho al verla hablar con alguien. Tardé un largo minuto en ser consciente de que ese alguien era Ale y que ella parecía reírse de algo de lo que él le estaba contando, ¿en realidad era tan gracioso?

Cuando volví a la mesa, Ale ya se había ido, pero Sofía conservaba la sonrisa que se le había formado estando con él. Pero no le di mucha importancia, ya que toda mi atención estaba en imaginar la cara que pondría Leo cuando le diese su regalo de navidad.

Capítulo 13

Faltaban solo dos semanas para navidad, lo que quería decir que en muy pocos días tendría que ir a casa de mis padres, cenar y comer con ellos y fingir que era feliz y que todo me iba muy bien, que tampoco es que las cosas me fuesen mal, pero dentro de mí sentía que podrían ir mucho mejor.

Para desintoxicarme antes de la cena y llegar allí fresca como una lechuga, decidí quedarme en casa los próximos fines de semana. Había planeado hacer algo tranquilo, sofá, manta y Netflix, todo ello con la inestimable compañía de Boris, que seguro que estaría encantado de acurrucarse en una esquina de la manta a mi lado.

Había sido previsora y fui a comprar mucha comida, no solo comida basura, comida mierda, porque no se le podría llamar de otro modo; patatas fritas, refrescos, bollos de chocolate, batidos de brick... además estábamos a las puertas de navidad, los supermercados estaban llenos de polvorones, turrones y los más temidos por mi persona: los mazapanes. En esas fechas estaba permitido (más bien era casi obligado) engordar un par de kilos para demostrar que las vacaciones habían sido buenas, por lo que no me importaba lo más mínimo comer como una cerda, ya tendría todo un año por delante para compensar los excesos.

Eran aproximadamente las ocho de la tarde, yo estaba a punto de ponerme el pijama, elegir que mierda iba a comer y pasarme las próximas tres o cuatro horas vegetando en el sofá. Cuando frente a la puerta de la cocina pasó un muy elegante Leo, que parecía haberse puesto sus mejores galas esa noche: unos vaqueros negros, una camisa blanca y una chaqueta de piel también negra. Además, se había duchado en colonia y toda la casa olía a él. Repito: toda la casa olía a él, lo que traducido es: todo olía muy bien. Demasiado bien.

Fue hacia la sala, volvió a la habitación y regresó a la sala de estar, yo lo miraba desde la puerta de la cocina y debía de parecer idiota, porque hasta el gato me miró de lado como preguntándose qué mierda me estaba pasando.

—¿Vas a salir? —la pregunta abandonó mis labios sin siquiera ser procesada, perdí el filtro por completo.

Leo me miró, sonrió un poco tímidamente y se colocó el cuello

de la camisa con nerviosismo.

—Sí, una amiga ha venido de visita a la ciudad y hemos quedado.

No sabría decir por qué, de verdad que era algo que en ese momento no podía llegar a comprender, pero una ira irracional comenzó a arderme en el estómago y tuve que respirar profundamente para no empezar a decir palabrotas en voz alta.

—Qué bien… —mascullé fingiendo entusiasmo, pero estaba segura de que no me salió ni un poquito bien, porque su ceño se frunció.

—¿Tú no sales con las chicas?

Debería haberle dicho que no, lo pienso en este momento y fue error fue salir aquella noche.

—La verdad es que estaba a punto de meterme en la ducha, he quedado con un chico —¿por qué mierda dije eso en tono desafiante? ¿Con quién creía que estaba hablando y por qué pude pensar que eso podría molestar a Leo?

—Qué bien… —repitió mis palabras con un tono totalmente inexpresivo.

—Que te diviertas —pasé por su lado en dirección a mi habitación.

—Lo mismo digo —fue lo último que llegué a escuchar antes de cerrar mi puerta.

Busqué mi teléfono, que lo había dejado cargando en la mesita de noche, lo último que me apetecía en ese momento era salir, pero le había dicho que lo haría y no era lo mejor quedarme en casa y que a eso de las dos o las tres de la mañana, él se presentase allí con aquella *amiga* y tuviese que escucharles follar como conejos en celo.

Vera: “*¿Qué haces esta noche, quedamos?*”.

No quería verle, de verdad que no… pero no quería mentirle más a Leo, por lo que era casi una obligación.

Ale: *“¿Has recordado mi existencia? Llevo varios días sin saber nada de ti…”*

Debería sentirme culpable, lo sé, al menos un poquito. Le había llamado tío gamba, había quedado con él solo para follar, lo había ignorado lo más grande y ahora volvía a intentar quedar con él de un momento para otro. Aunque, en mi defensa, esa noche no tenía intención de follar con nadie…

¿A quién quiero engañar? Estábamos hablando de Ale, que llevaba la palabra follar en la frente y estando a su lado es difícil resistirse. También estábamos hablando de mí, que soy muy fácil de convencer y siendo realmente sincera, una noche de folleteo no

amarga a nadie, hasta es sano y necesario.

Vera: "*He tenido mucho lío en el trabajo*".

Ale: "*Eres un poco mentirosilla, la otra tarde saliste con Sofía y no me dijiste nada*".

Vera: "*Fue para hacer las compras de navidad, no sé si te das cuenta de que faltan solo dos semanas*".

Ale: "*De acuerdo, admitiremos pulpo… ¿qué quieres hacer hoy?*"

En el fondo era un poco mono y muy fácil de convencer igual que yo.

Vera: "*Lo que tú quieras, a mí me basta con tu compañía*".

Mentirosa… eres una mentirosa además de manipuladora y aprovechada.

Justo en ese momento escuché como se cerraba la puerta principal y un escalofrío me recorrió la espalda. Por mi mente empezaron a pasar imágenes de Leo con una chica sonriendo, haciéndole bromas, siendo dulce con ella como lo era conmigo… y se me revolvió un poco el estómago.

Vera: "*Lo que sea hasta ver el amanecer a tu lado*"

Dejé salir un poco mi vena poética, a los tíos gamba es lo que les suele gustar: chicas medio tontitas, melosas y que parecen fáciles de tratar.

Ale: *"¿Quedamos a las nueve en la puerta del restaurante de la otra vez?"*

Joder, que el tío pretendía llevarme otra vez a comer verduritas… respiré hondo alejando de mi mente el sabor del *kebab* que Leo me había comprado días atrás y me puse en marcha, tenía que ducharme y llegar al centro en solo una hora, algo que parecía misión imposible.

La verdad es que Ale era más divertido de lo que me había parecido en un primer momento, o quizás era que, con el paso de los días, las citas esporádicas y las folladas brutales en su piso, había empezado a verle con otros ojos. No sé muy bien porque había cambiado mi percepción sobre él en solo unas horas, no es que me pareciese una persona totalmente diferente a como lo veía antes, simplemente que tenía curiosidad por ver que había más allá de aquella sonrisa con hoyuelos.

El caso es que yo creí que sería una cita de folleteo por venganza (todavía no tenía muy claro contra quien) y después me volvería a casa triunfal, con un par de orgasmos más en el bolsillo y haciéndole ver a Leo que yo también salía y que también tenía amigos.

Esa noche, cerca de las once, ya habíamos cenado y estábamos dando un paseo por las calles del centro de la ciudad. El ambiente en la calle Real era un tanto peculiar, quizá fuese debido a que estábamos a las puertas de la navidad, hacía mucho frío aunque no hubiese nevado, todo estaba iluminado con las típicas lucecitas, decorado de rojo y blanco, íbamos abrigados hasta las orejas, olía a castañas asadas… pero mirando a Ale de reojo por un segundo me imaginé como sería mantener una relación con él y en ese momento me di cuenta de que apenas le conocía, habíamos follado varias veces, llevaba semanas hablando con él y sabía poco más que su nombre.

¿En qué trabajaba? ¿Tenía hermanos? ¿Cuántos años tenía? ¿Le gustaba comer brócoli? ¿Cuál era su primer apellido? Era todo un enigma, tener una relación a largo plazo con una persona que no conocía no podía salir bien. Algo que no me estaba planteando en realidad, era solo un caso supuesto.

—¿Tienes hermanos? —la pregunta pareció sorprenderlo, alzó las cejas y se pasó un dedo enguantado por los labios.

—Tengo una hermana mayor, pero está trabajando fuera —contestó, aunque no parecía muy convencido de querer hacerlo.

Esperaba una de sus típicas bromas, como ya he dicho era más divertido de lo que me pareció en un primer momento, siempre hacía bromas o soltaba algún comentario gracioso, que si no fuese porque él se reía de sus propios chistes quizá nadie más lo haría. Además, se trataba de un humor simple y fácil, siempre a costa de un tercero que poco o nada sabía que estaba siendo blanco de su humor faltón. Pero tengo que reconocer que me reí de sus bromas en más de una ocasión, porque, aunque fuesen de mal gusto, no dejaba de ser humor y a mí era fácil hacerme reír siempre que tuviese un buen día.

—¿En que trabajas? —volví a preguntar.

Ale sonrió, marcó esos hoyuelos tan adorables que Dios le había dado y yo me hice un poco agua. Más concretamente una parte de mí se hizo agua.

—Te he hablado de mi trabajo alguna vez, ¿no lo recuerdas?

Fruncí el ceño y traté de hacer memoria, me estaba empezando a sentir muy mal con respecto a Ale, ¿de verdad había sido tan superficial con él? ¿En serio? No tenía excusa, yo no era así… bueno, tenía una excusa muy grande: Diego, pero eso no me daba derecho a ser tan mala con alguien que no se lo merecía, al menos por el momento.

—Lo siento… —suspiré y miré al suelo para darme valor, pero lo

único que conseguí fue ansiedad, me estrujó las tripas y casi me deja sin voz, pero debía ser valiente y afrontar las consecuencias de lo que estaba haciendo—. ¿Puedo ser sincera contigo?

Él se detuvo en mitad de la calle, algo que no entendí del todo, se puede hablar y caminar a la vez, me miró a los ojos y pareció esperar a que comenzase a hablar.

—La verdad es que… —dudé un poco, tener sus ojos clavados en mi me ponía nerviosa—. La verdad es que cuando empezamos a vernos en ningún momento me planteé que pudiese llegar a algo.

—¿Sólo me querías ver para follar y ya está? —preguntó alzando las cejas.

—Algo así… —volví a desviar la mirada.

—No sé si tampoco recuerdas que el primer día te dije que no eras como todas.

—Soy amiga de Sofía —repetí sus palabras exactas, porque me habían dejado un poco de amargura.

—No solo eso, estoy cansado de salir, conocer a una chica, follar y olvidarme de ella —volvió a caminar y yo le seguí—. Pensé que quizás si me paraba a conocerte un poco más, podría llegar a ser algo más memorable.

—Acabo de salir de una relación muy larga y no me planteo tener nada serio con alguien.

—No he hablado de algo serio —se apresuró en aclarar—, he dicho algo memorable, lo de la seriedad se vería con el tiempo.

Reí un poco, porque en el fondo tenía gracia, aunque fuese muy poca gracia y muy muy en el fondo.

—¿En que trabajas? —pregunté mirándole de reojo.

Él me dio un empujón juguetón y pasó un brazo sobre mis hombros atrayéndome hacia su cuerpo.

—Soy guarda de seguridad, trabajo en un banco todas las mañanas —casi susurró cerca de mi oído.

—¿Llevas uniforme? —pregunté con la voz un poco enronquecida.

—Ajá.

—¿Llevas porra y esposas? —Volví a hacerme un poco agua.

—Las tengo en casa —la voz ronca en esta ocasión fue la suya.

No hizo falta más que una mirada para que él comprendiese lo que estaba pasando por mi cabeza, sin más preámbulos cambiamos la dirección de nuestros pasos rumbo a su casa.

Según la RAE, el sueño es el deseo o la necesidad de dormir y eso es lo que me pasaba a mí en ese justo instante. Había llegado a

casa a eso de las siete de la mañana, después de no haber dormido digamos nada, me di una ducha, me metí en la cama y aunque lo intenté por todos los medios, después de las nueve de la mañana no había pegado ojo.

Salí de la cama a eso de las once después de remolonear y dormitar un par de horas, la casa estaba en completo silencio, le di el desayuno a Boris que maullaba tan fuerte e insistente que parecía no haber comido en un mes, después hice mi desayuno contundente, de esos de foto de Instagram en los que te esmeras un poquito más porque tienes tiempo y me fui al sofá a ver las horas pasar todavía en pijama.

Podría adelantar algo de trabajo, en otro momento lo habría hecho, pero además de tener sueño, era domingo y la pereza era tan real, que parecía estar sentada a mi lado en el sofá viendo la tele.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando la puerta principal se abrió y entró Leo con una sonrisa enorme dibujada en la cara, algo que, no tenía muy claro el motivo, pero me molestaba mucho. Me ardían las tripas, sentía mucha rabia y eso me hacía enfadarme conmigo misma por no entender los motivos por los que me estaba sucediendo.

Leo se sentó a mi lado después de coger a Boris en brazos, el gato se acurrucó en su regazo y comenzó a ronronear.

—Hola —murmuré entre dientes sin apartar la mirada del televisor.

—¿Qué tal?

Su pregunta parecía casual, por el tono y la pronunciación, pero la mirada insistente que estaba clavando en mí decía todo lo contrario. Quería y debía contestar, pero… uff. De repente me sentía nerviosa y ansiosa, mucho más de lo que ya me sentía antes. El nudo en la garganta, ese que precedía a mis ataques de pánico, se me apretó con fuerza y traté de respirar profundamente y despacio para relajarme.

No podía ser, de verdad que no podía ser así… no estaba pasando nada, no había pasado nada, ¿por qué me estaba sintiendo de ese modo?

—Todo bien —logré pronunciar después de unos segundos de más.

Se quedó en silencio, mirándome como si esperase algo de mí, que siguiese hablando, que me moviese, algo… pero yo seguí mirando al televisor sin abrir la boca y esforzándome para que la ansiedad no me devorase desde dentro. Lo peor de la situación es que no sabía porque me estaba sucediendo, en ocasiones anteriores

era consciente del motivo, pero en ese momento solo sabía que Leo estaba a mi lado y quería hablar conmigo, solo eso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó después de un par de minutos en los que no había cambiado la situación.

En ese momento me volví para mirarle, esperaba mi respuesta con un semblante tranquilo, algo que no sabía por qué, pero me molestaba más. Es que no tenía excusa, no estaba premenstrual, no me había pasado nada terrible, había follado esa noche… ¿por qué me sentía tan enfadada con él?

—Solo estoy cansada, no he dormido mucho.

Una sonrisa pícara estiró sus labios, se veía un poco forzada porque su mirada no la acompañaba.

—Yo tampoco he dormido mucho —admitió entre risas.

Me puse en pie casi de un salto, tiré de mala manera la manta en el sofá y comencé a caminar hacia mi habitación a paso rápido.

—¿Vera, ¿qué coño te pasa? —preguntó mirándome sobre el respaldo del sofá.

Eso me gustaría saber a mí, no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando, pero ahí estaba, muy enfadada, con ansiedad, cerrando los puños con fuerza mientras le miraba apretando la mandíbula para no mandarlo a tomar por culo.

—¡Tengo sueño! —exclamé alzando un poco la voz.

Sin más me di la vuelta y entré en mi habitación dando un portazo, que en otro momento me habría aliviado un poco, pero escuchar el sonido de la risa de Leo al otro lado de la madera solo hizo que me enfadase más y que mi ansiedad subiese a límites insospechados por no saber el motivo de mi enfado.

Me iba a pasar la tarde encerrada en mi habitación comiendo esas mierdas que había comprado y esperaba, sobre todo por mi bien, que al día siguiente se me hubiese pasado el enfado, porque si no me esperaba una bonita semana en la oficina.

Capítulo 14

¿Recuerdas mi intención de pasar los fines de semana en casa para prepararme mentalmente para la cena con mis padres? Pues nada, que parecía que eso era misión imposible. El primer fin de semana tuve que salir con Ale obligada por Leo y bueno, el resto ya se sabe, es historia. Y ese fin de semana, que después de una semana infernal en la oficina y salir a comprar regalos unas cuantas veces con las chicas, me merecía un descanso, pues tampoco podría ser.

A Gaby y a Daniela se les ocurrió la brillante idea de que, para celebrar el cumpleaños de Sofía, podríamos alquilar una casa rural y hacer una fiesta solo entre nosotras cinco. Así sería una fiesta diferente a la de otros años y podríamos disfrutar más de nuestra compañía, ya que entre la vida de unas y otras hacía mucho tiempo que no estábamos todas juntas. Poder cuadrar fechas para que ese justo fin de semana nos fuese bien a todas fue un infierno, pero después de debatir durante más de un mes, conseguimos llegar a un acuerdo y tendríamos que irnos a un pueblo perdido en medio de la montaña que estaba como a dos horas en coche.

Y no es que el plan me pareciese mal, era perfecto, lo que no me gustaba era la fecha, pero que le íbamos a hacer, Sofía y su hermana habían nacido una semana antes de navidad y nadie tenía la culpa de ello.

Lo raro era pensar que cada una celebrase el cumpleaños por su cuenta, pero había sido así los últimos diez años, cada una se iba con sus amigos y después lo celebraban juntas cualquier otro día sin invitar a nadie más. Eran cosas de gemelas independientes, al menos es lo que Sofi decía siempre cuando alguien le preguntaba, "*ser gemelas no implica ser siamesas, podemos tener amigos diferentes y hacer cosas por nuestra cuenta sin contar con la otra*", decía con mucha convicción.

El viernes justo después de comer estaba preparando una maleta para llevarme, por mensaje me habían concretado que solo necesitábamos bragas, pijama y mucho alcohol. Algo que tampoco distaba mucho de mis planes para el fin de semana, solo iba a suprimir el alcohol y llenar ese espacio con comida mierda que todavía me quedaba de la semana anterior.

Eran poco más de las cinco cuando salí de mi habitación,

arrastrando mi maletita de ruedas a lo largo del corto pasillo que me separaba de la puerta principal. Leo, que estaba sentado en la sala de estar, me miró por encima del respaldo del sofá justo cuando pasaba frente a la puerta.

—¿Te vas de viaje? —preguntó con cierta cautela.

Apenas habíamos hablado en toda la semana, por suerte mi enfado fue disminuyendo a lo largo de la tarde del domingo, más a o menos a la misma velocidad que los hidratos de carbono, el azúcar y las grasas trans me fueron llenando el estómago. Ambos hicimos un pacto tácito de olvidar lo ocurrido y la semana pasó sin más incidente a excepción de que no tuvimos ninguna conversación personal, no nos comentamos nada que no tuviese que ver con el trabajo o el clima para romper el hielo cuando la cosa se ponía un poco intensa.

—Es el cumpleaños de Sofi —me detuve y le miré en la distancia—. Las chicas han alquilado una casa rural y vamos a celebrar la fiesta hasta el domingo.

—Dos noches de fiesta, eso puede ser mortal para cualquiera… —comentó con tono cauto y una ligera sonrisa, como si estuviese tanteando el terreno para ver si podía volver a ser el de siempre conmigo o todavía estaba enfadada.

—Lo sé —suspiré y se me escapó una pequeña sonrisa, que se amplió al ver la suya… puto, que hacía aparecer el sol y se me olvidaba todo lo demás—. Lo bueno es que al menos no tendré resaca, pero me moriré de sueño.

—Terreno peligroso para mí entonces —se echó a reír y yo, que quería enfadarme porque se estaba tomando a broma mi enfado del fin de semana anterior, no pude hacerlo.

Quizás era porque el sonido de sus carcajadas todavía mantenía el sol alumbrando en mitad del salón, quizá fuese que a lo largo de los días me había dado cuenta de lo absurda que había sido la situación, o quizás es que había asumido que lo único absurdo de todo ese asunto había sido yo y solo yo.

Doña absurdez en persona.

Dejé la maleta en mitad del pasillo, di un par de pasos adentrándome en la sala y lo miré con un poco de vergüenza. Me puse un poco colorada y estaba segura de que no me saldría la voz.

—Lo siento por lo del otro día —casi ni yo misma pude escucharme, pero Leo si lo hizo y amplió su sonrisa.

—No hay nada de que disculparse, todos tenemos malos días.

Mal día… no había sido un puñetero mal día, había sido que estaba enfadada con él y no sabía el motivo. Pero eso no pude

decírselo y todavía no entendía el por qué.

—De todos modos, lo siento —volví al pasillo, sujeté la maleta y lo miré una última vez antes de irme.

—La próxima vez que te enfades, te tiraré comida desde una distancia prudente para que se te vaya pasando —añadió entre risas.

—No es gracioso —protesté.

—Te tranquilizas con el estómago lleno, pero creo que eso nos pasa a todos.

—Sigo sin verle la gracia.

—Que te diviertas este fin de semana —se despidió guiñándome un ojo y mi corazón dio un respingo.

Se me cortó un poco la respiración y tan solo pude pronunciar un «gracias» apenas audible.

Habíamos quedado en la puerta del *Toomuch*, íbamos a ir las cinco en mi coche, lo difícil, pensaba yo, sería meter las maletas en el maletero, pero en realidad lo difícil fue llegar a la casa rural de una sola pieza. Ya que Sofía y Daniela habían empezado la fiesta antes de tiempo y ya llevaban un par de cervezas recorriendo sus venas cuando se acomodaron en sus asientos y no es que fuesen unas borrachas difíciles de soportar, pero sí muy insistentes y gritonas, algo que no ayudaba en nada mientras Gaby, el GPS del móvil y yo teníamos una discusión para poder llegar a nuestro destino.

Eran las ocho cuando aparcamos el coche frente a una pequeña casa de piedra de dos plantas que había en mitad de un bosque perdido entre la nada. Dani y Sofi corrieron en dirección al jardín, porque estaba iluminado con una guirnalda de luces de navidad y querían hacerse unas cuantas fotos para Instagram, dudaba fuertemente de la calidad de esas instantáneas. Gaby, portadora de las llaves, se adelantó a la puerta de entrada y Lore y yo nos encargamos de bajar nuestras cosas del coche. Por nuestras cosas podemos decir que llevábamos al menos tres bolsas de supermercado llenas hasta arriba de botellas alcohol y mierdas insanas para comer. Si de estas navidades no salía con cinco kilos más, sería porque habría muerto.

El interior de la vivienda era lo que se solía esperar de los lugares de ese tipo: decoración rústica, muebles con apariencia antigua (aunque a algunos tan solo les faltaba la etiqueta de Ikea) y todo limpio y ordenado. El ambiente era cálido y olía como si hubiese unos troncos ardiendo, algo que descubrimos que era falso,

la calefacción era eléctrica y encontramos un ambientador con olor a chimenea.

Después de dejar las maletas al lado de la escalera que subía al piso superior y las bolsas de la compra en la cocina, nos sentamos las tres, Gaby, Lore y yo, en el sofá de la sala de estar. Nos miramos entre nosotras y por un segundo la situación fue un poco rara, solo habíamos hablado por mensaje durante mucho tiempo, el estar unas frente a otras era diferente y, me dolía mucho admitirlo, pero me sentía como si fuésemos extrañas.

Por suerte esa sensación duró muy poco, éramos amigas desde hacía tanto tiempo que era fácil retomar nuestra relación en el punto justo donde la habíamos dejado.

—Sofi comentó en el grupo que estás saliendo con alguien —el comentario de Lorena dirigido a mi persona casi hace que me atragante con el aire.

—No salgo con nadie —para disimular mi rubor, porque mi mente decidió que era muy buen momento para recordar mi última noche con Ale, me puse en pie y fui hacia la cocina para buscar algo que beber.

Lorena y Gaby, que estaban al acecho de un buen cotilleo, me siguieron y se mantuvieron expectantes todo el tiempo que pude alargar el coger un bote de zumo que tenía frente a mis narices y que fingía no encontrar mientras murmuraba insultos contra alguien por haberse olvidado de mi zumo.

—Estamos esperando una respuesta —añadió Gaby ante mi silencio.

Las miré y me mordí el labio inferior mientras sopesaba el modo en el que podía contarles eso sin parecer una idiota, porque yo me sentía idiota y mala persona por estar aprovechándome así de Ale cuando tenía muy claro que no quería nada con él, bueno, nada nada no, algo sí, folleteo de vez en cuando, porque al tío se le daba muy bien.

—No estoy saliendo con nadie en plan serio —admití con un susurro.

No me atreví a servirme zumo en uno de los vasos que había en la casa, a saber cómo los habrían lavado, así que me puse a lavar uno en el fregadero y no tardé en sentir la presencia de las dos pegadas a mi espalda.

—A ver mujer… ¿por qué no eres un poco más explícita? —la insistencia de Lorena me molestó un poco y la miré mal por encima de mi hombro.

—Pues eso, que me estoy viendo con alguien, pero no es nada

serio.

—¿Solo quedan para *coger*? —preguntó Gaby con picardía.

Acabé de lavar el vaso, lo sequé minuciosamente con una servilleta y me serví zumo en completo silencio, era consciente de que se estaban poniendo nerviosas y enfadándose un poquito, pero me gustaba hacerlas rabiar. Eso les pasaba por cotillas.

—¡Vera, contesta! —estalló Lorena asustándonos a las dos.

Di un respingo sobresaltada y la miré con los ojos entrecerrados.

—Cualquiera diría que te alimentas de historias ajenas —murmuré antes de darle un trago al zumo—. Sí, quedo con alguien, nos vamos a cenar, damos un paseo y normalmente acabamos follando en su casa.

Ambas rieron.

—No te creo —casi dijeron a coro.

—Pues es toda la verdad —fruncí el ceño.

—No te pega nada ser tan lanzada —Lorena comenzó a buscar entre las bolsas hasta que encontró una cerveza—. Tú, siendo tan princesita remilgada, que quedes con alguien sin apenas conocerlo, que vayas a su casa —se detuvo a darle un sorbo a su lata de cerveza y arrugó la nariz, supuse que porque estaba caliente—, te lo folles de buenas a primeras sin tener ningún tipo de vínculo con él… ni de coña me lo voy a creer.

Se dio la vuelta y volvió a la sala de estar, Gaby dio un paso al frente para acercarse a mí y puso una mano sobre mi brazo.

—¿Lo conozco? —preguntó con alegría.

—Quizás —le di otro sorbo a mi zumo y ella se humedeció con labios con impaciencia—. Es Ale, el vecino de Sofía.

Lorena, que parecía tener la antena puesta, volvió a la cocina en solo dos segundos dando largas zancadas, ambas se me quedaron mirando impasibles y casi sin parpadear.

—¿Qué pasa con él? —pregunté con prudencia.

—¿Sofía lo sabe? —preguntó Gaby a lo que negué con la cabeza.

—Espero que sea broma —el tono amenazante de Lore no me tranquilizó ni un poquito.

—¿Qué pasa con él? —repetí la pregunta.

—¿Cómo que qué pasa con él? ¿Estás en el mundo de bulto o qué mierda te pasa? —gritó Lore.

Me encogí un poco atemorizada, tengo que reconocerlo, adoraba a mi amiga, pero su carácter siempre me asustaba mucho.

—Puedes explicarme lo que está pasando —no estaba segura de si lo estaba preguntando o suplicando, teniendo en cuenta que me temblaba un poco la voz, asumiré que era la segunda opción.

—Sofía, esa persona que es tu amiga, a la que dices que quieres, eso es lo que pasa —espetó Lore dando un paso en mi dirección de modo amenazante.

—¿Qué tiene que ver Sofi en todo eso? —pregunté confundida.

Lorena me miró en silencio varios segundos, dio otro paso acercándose a mí y justo cuando parecía que iba a empezar a hablar soltó un bufido, dio media vuelta y se fue. Unos segundos después escuché como cerraba la puerta de entrada con un fuerte estruendo.

Me quedé inmóvil en mi posición, suspiré y busqué en la mirada de Gaby un poco de apoyo, aunque no fuese mucho, pero un poquito, e información, necesitaba un mucho de información porque me había quedado loca y no sabía que mierda estaba pasando.

—Gaby —supliqué con voz ahogada, porque la ansiedad estaba de nuevo ahí, apretando, robándome el aire y las fuerzas, acechando para salir en cualquier momento y que me diese un ataque de pánico.

—¿De verdad que no *sabés* nada? —negué efusivamente a su pregunta y ella suspiró.

Me sujetó del brazo y, tirando de mí con suavidad, me arrastró hasta el piso superior, donde después de comprobar varias puertas, entramos en un bañó e hizo que me sentase en el borde de la bañera.

—¿De verdad que no *sabés* quién es Ale? —volvió a preguntar.

—Joder, es el vecino de Sofi.

—Sí, pero para Sofi es algo más.

—¿Algo más, como qué?

—*Sos boluda* —murmuró entre dientes—, algo más como que está un poco enamorada de él.

—No —negué con la cabeza.

—Sí.

—Que te digo que no —me puse en pie de golpe—, Sofi me lo habría dicho.

—Sofi no le cuenta esas cosas a nadie.

—Soy su mejor amiga, a mí sí que me cuenta esas cosas —justo en el momento en que dejé salir las palabras me di cuenta de la tontería que estaba diciendo.

Sofía llevaba una temporada muy rara, además de nuestro distanciamiento por aquella discusión absurda de la que había olvidado hasta el motivo. ¿Sería verdad que estaba enamorada de Ale?

—Te estás dando cuenta de muchas cosas, ¿verdad? —preguntó

Gaby después de darme unos segundos para procesar lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Tendría que habérmelo dicho.

—*Conocés* a Sofía, es muy discreta con sus sentimientos —trató de tranquilizarme.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? Al pensarlo era verdad que me estaba dando cuenta de infinidad de cosas: del modo en el que se le iluminaba la cara al hablar de él, de cómo lo miraba cuando se encontraban, hasta casi como pronunciaba su nombre como con una reverencia. Y Ale… hostia, él estaba incluso más ciego que yo. Que vivía a su lado, que la veía a diario y se colaba en su terraza solo para hacerla rabiar.

Puto idiota…

Necesitaba alguien con quien enfadarme además de conmigo misma, porque estaba siendo la peor amiga del mundo, no solo había ignorado todas las señales que Sofía estaba lanzando con respecto a Ale, sino que, no contenta con ello, me lo follo casi en sus propias narices. Normal que ella estuviese enfadada conmigo, tenía todos los motivos y más de los que todavía no era consciente.

Quería y sentía el deber de enfadarme con Ale, porque no era tonto, me lo había demostrado, y tenía que ser consciente al menos un poco de los sentimientos de Sofi, él era el principal objetivo de ellos, debía saberlo sí o sí.

Tras aquella corta, pero esclarecedora, conversación con Gaby, me pasé el resto del día un poco ausente. En mi interior sabía que debía hablar con Sofía y explicarle lo que había sucedido, pedirle perdón mil veces y suplicarle que me perdonase. Ella no sabía lo que estaba pasando, yo era la peor persona del mundo, la peor amiga y la escoria más grande que podría encontrarse. Pero estaba arrepentida, no volvería suceder jamás, desde el instante en el que fui consciente de lo que ella sentía, Ale dejó de existir para mí y me prometí a mí misma que no volvería a verle ni a hablar con él.

Pero no quería hablar con Sofi ese mismo fin de semana, no quería estropear su fiesta y mucho menos su cumpleaños, se merecía al menos un buen recuerdo antes de que yo estropease nuestra amistad, esperaba, que al menos no fuese para siempre.

Después una de charla con cervezas en su caso y zumo y refrescos en el mío, nos fuimos cada una a nuestras camas asignadas con la promesa de despertarnos relativamente temprano y preparar algo especial para el día siguiente.

Pero no pude pegar ojo en toda la noche, no dejaba de dar vueltas en la cama, con el sonido de los ronquidos de Dani, que

había caído boca arriba casi inconsciente a causa del alcohol y no se había movido en toda la noche, roncando como un tractor.

A eso de las seis, no lo soporté más y bajé a la cocina a hacerme un café. Después de lavar una taza y la cafetera, me serví mi café y me senté frente a la ventana que daba al jardín viendo como comenzaban a caer con timidez algunos copos de nieve. En otra situación estaría disfrutando como una niña de ese momento, despertando a todas gritando que estaba comenzando a nevar y que eso auguraba la fiesta perfecta para Sofía. Pero no lo hacía, no disfrutaba del momento, estaba disfrutando de esa calma espesa y fría que precede a la tempestad, porque estaba segura de que Sofi no me perdonaría y nada volvería a ser como antes.

—¡Faltan las velas!

—¡Las tengo yo!

—Busca platos y copas.

—¡Y servilletas!

—Creo que nos hemos olvidado de traer servilletas.

—Pues nos limpiamos con papel higiénico, he visto que hay seis rollos en el baño de arriba.

Esa conversación se estaba produciendo apenas a dos metros de distancia de mí, que si mi mente no estuviese como a tres mil kilómetros de distancia de allí estaría llamándoles guarras por querer limpiarse la boca con papel del culo, que por algo se llamaba papel del culo y no de la cara.

¡Asquerosas!

Pero en lugar de estar quejándome e insultándolas, estaba totalmente sumida en mis pensamientos, dándole vueltas y más vueltas a lo que había pasado con Ale y Sofi, a lo mucho que había metido la pata y a que todo había sido culpa mía, por estar tan metida en mis mierdas que no había sido consciente de lo que estaba sucediendo en la vida de mi mejor amiga.

Una mano cariñosa me acarició la espalda, se lo agradecí a Gaby con una sonrisa y de Lorena recibí una mirada de reprobación, que me la merecía, me merecía la más grande y severa mirada de reprobación, pero tenía mi corazoncito y ser consciente de eso me dolía más de lo que me había dolido aquel lío con Diego, porque después de todo él solo era un tío, como lo era Ale, y Sofi era como mi hermana.

—Sofi va a soplar las velas, ¿te vienes a la sala? —me preguntó Gaby en voz baja.

Comencé a caminar en esa dirección, mientras pude escuchar

como Daniela preguntaba qué era lo que me pasaba ahora y Lorena contestaba que era tonta del culo. En eso estábamos totalmente de acuerdo las dos, a tonta no me podía ganar nadie.

Las chicas habían decorado la sala con globos, alguien había llevado varias guirnaldas de lucecitas y, al apagar la lámpara del techo y con ayuda de la chimenea eléctrica, la iluminación se había vuelto cálida y hogareña. Sofi estaba sentada en el sofá de tres plazas con la mesa centro frente a ella. Mesa en la que segundos después Dani colocó la tarta con las velas ya encendidas.

Mientras todas cantábamos la canción de cumpleaños feliz, no pude apartar la mirada de Sofía… ella tan guapa, con esa luz que parecía emanar de su interior y con esos ojos marrones tan grandes y expresivos. Que no era perfecta y tenía sus cosillas, pero yo también las tengo y tú que estás leyendo también las tienes. La quería como a mi hermana y me dolía en lo más profundo haberle hecho daño, aunque ella no lo supiese todavía.

Tras soplar las velas, los vítores y los aplausos, empezó la fiesta de verdad. Alguien puso música a todo volumen y las cervezas y demás botellas de alcohol empezaron a rodar frente a mí, que me había abrazado a una botella de cola y parecía que no me iba a separar de ella en toda la noche.

Quise integrarme en la fiesta, lo intenté varias veces, pero la culpabilidad me acechaba y me decía al oído que cómo iba a estar disfrutando si al día siguiente rompería el corazón de Sofi. Solo con pensarlo me entraban ganas de llorar, logré aguantarme sin derramar ni una sola lágrima, aunque no sé muy bien cómo.

Capítulo 15

Había sido una noche larga y tortuosa para mí, no había dormido nada la noche anterior y esta pues casi lo mismo. Las chicas habían caído inconscientes en diferentes zonas de la casa, creo que tan solo Gaby había ido a su cama. Yo había dormido un par de horas acurrucada en el sofá al calor de un radiador, pero me había despertado minutos antes de las siete y tenía muy pocas probabilidades de volver a dormir.

Como el día anterior, me fui a la cocina a hacerme un café y, mientras me lo tomaba, volví a perder mi vista por la ventana. Había caído una nevada la noche anterior y el suelo estaba cubierto de un manto blanco precioso, que pena que en la ciudad no nevase como aquí… la pena es que en unos minutos, en cuanto el sol despuntase con fuerza, todo se iba a derretir porque no tenía pinta de que la nieve fuese a cuajar.

Estaba triste por algo que todavía no había sucedido, estaba sufriendo por un problema que existía, pero que todavía no había llegado a manifestarse. Esa era una de las peores cosas que te daba la madurez, en ese momento me gustaría volver a tener quince años, hacer cosas locas y absurdas y que nada importase, porque el mañana no importaba en ese momento. Ahora sufría por todo, por lo que había sucedido, por lo que estaba sucediendo y por lo que iba a suceder.

Todo era una puta mierda…

A lo largo de la tarde anterior y la noche había recibido algún que otro mensaje de Ale, como era evidente no le contesté, pero tampoco tuve el valor de bloquearle, el chico no se había portado mal del todo y también merecía una explicación, aunque no lograba decidir que decirle sin implicar a Sofía, porque tampoco quería decir cosas que a mí no me correspondía decir. Si ya había metido la pata, no quería cagarla del todo y que ya no tuviese ni una sola posibilidad de que ella me perdonase.

Ale: "*¿Qué tal la fiesta? Sofi estaba un poco nerviosa porque no sabía la que le teníais montada*".

Ale: *"Imagino que estáis muy liadas con todo, ya me contarás como va".*

Ale: *"Ya es sábado y no me has escrito nada, espero que sea porque te lo has pasado muy bien anoche".*

Ale: *“¿Por qué no contestas? Sé que estás leyendo y que estás conectada…”.*

Ale: *“Vera, no me dejes en visto”.*

Ale: *“No entiendo lo que está pasando, ya hablaremos”.*

Hablar… hablar con Ale… no. Nunca. Nunca más.

Ese había sido su último mensaje, quería y debía explicarle lo que había pasado sin implicar a Sofi, pero no sabía cómo hacerlo, además de que ella debería ser la primera persona a la que le tenía que contar todo.

Eran las once cuando Lorena entró en la cocina sujetándose la cabeza con una mano mientras murmuraba por lo bajo, la miré esperando que me dijese algo, pero solo pasó frente a mí, se sirvió un café y se sentó a mi lado. Pasaron varios minutos en completo silencio en los que ella solo bebía café y miraba un punto indefinido de la pared de enfrente.

—¿Vas a hablar hoy con ella? —preguntó de repente.

Suspiré y bajé la mirada a mis manos, que jugueteaban una con otra en mi regazo.

—Es la idea…

—Yo esperaría a mañana.

—¿En mitad de un día de trabajo? No creo que sea buena idea.

—Es verdad, trabajáis juntas —resopló y le dio otro trago al café—. La has jodido, pero bien.

—No sabía nada —me excusé infantilmente.

—Es tu mejor amiga y la ves casi a diario, ¿cómo no lo ibas a saber?

—Llevo meses con la cabeza metida en mi propio culo, sé que no es excusa, pero es la verdad —estallé—. Primero fueron los preparativos para la boda, después la hecatombe que provocó Diego y ahora estoy aprendiendo a vivir con ello.

—Tienes razón, no es excusa, ella es tu mejor amiga —repitió.

—Estoy intentando salir adelante.

—¿Salir adelante implica pasar de tus amigas y todo lo que pasa en sus vidas? —preguntó con tono amargo.

—¿Y me lo estás reprochando tú? ¿Especialmente tú? Que desde que nació Izan apenas te vemos el pelo.

—Vera, tengo un hijo de dos años, ¿tienes idea del poco tiempo libre que tengo entre él y el trabajo?

—Y yo me estoy recuperando de uno de los palos más grandes que puede recibir una persona, te recuerdo que me dejaron tirada en el altar a tres meses de la boda.

—Oh, pobrecita, lo que tienes que hacer es follar con más tíos

que sean importantes para nosotras, ¿quieres que llame a Gonza?

—¡Vete a la mierda! Te he dicho que no se trata de eso.

—Se trata de eso, pasas de todas con la excusa de tu depresión y te tiras a los brazos del primero que se cruza en tu camino sin importar quién cojones es.

—¡Claro que me importa quién es! Si él no hubiese conocido a Sofía, ni siquiera le habría hecho caso.

—Así que estás admitiendo que has follado con él, aun sabiendo lo que ella sentía.

—No —grité empezando a perder la paciencia, discutir con Lorena era muy difícil porque siempre quería ganar.

—Claro que sí, asúmelo al menos para ti misma, ha sido él porque pasaba por allí, pero te han importado muy poco los sentimientos de los demás.

—Lorena, basta —casi supliqué sintiendo el principio de un ataque de ansiedad, las manos me sudaban y me temblaban y empezaba a dolerme un poco el pecho.

—Estoy diciendo la verdad y por eso te duele.

—No es la verdad —dije en voz baja y sintiendo como las lágrimas ardían bajando por mis mejillas.

—¿Y cuál es tu maravillosa verdad? Ilumíname y ten en cuenta que no vas a ablandarme con lagrimitas, me conoces bien.

—Metí la pata, lo sé, la he cagado con Sofía lo más grande —un sollozo rompió mi voz—. Ha sido un error, él simplemente estaba allí, sucedió un par de veces y yo quería parar, pero el fin de semana pasado Leo salió con una chica y me puse celosa, joder, ¡me puse celosa! Entonces llamé a Ale y…

—Para, para, para… —me interrumpió— ¿Quién es Leo y qué coño tiene que ver con todo eso?

Hostia… ¿qué acababa de decir? ¿Celosa yo? ¿Celosa porque Leo había salido con una chica?

—Leo es… —me tembló la voz— Leo es mi compañero de piso.

Lorena me miró frunciendo el ceño.

—¿Pero no estabas viviendo con tu jefe?

—Ajá.

—¿Y te has puesto celosa porque tu jefe sale con tías?

—No —me apresuré en contestar casi antes de que acabase la pregunta.

—¡Pero si lo acabas de decir!

—Pero… no… ¡mierda! —me eché a llorar.

—Joder Vera —alzó las manos en signo de rendición y se puso en pie—. Pon un poco de orden en tu vida, tía… de verdad que no

entiendo que mierda te está pasando.

—Lore —la sujeté de brazo para impedir que se fuese, pero se liberó de un tirón.

—Te lo estoy diciendo con toda la sinceridad y como tu amiga —me susurró antes de irse—. Pon todo en orden y si puedes no jodas más a las personas que te quieren.

Me dejó sola y yo caí, caí en ese abismo que había empezado a rodearme un día atrás y que ahora era profundo, profundo y me estaba tragando. Lloré, lloré mucho y en silencio, sola en la cocina porque nadie más se había despertado todavía. Lloré intentando echar fuera todo eso que me hacía mala amiga, todo el egoísmo por el que parecía que hacía todo de un tiempo a esta parte y lloré culpándome a mí de todo lo malo que había sucedido en mi vida.

Salimos de la casa rural a eso de las cinco de la tarde rumbo a la civilización. Después de limpiar todo lo mejor que pudimos y meter las pocas cosas que nos habían quedado en el coche, volvimos a casa, yo con un peso mucho más grande del que había traído el viernes.

Lorena se ofreció a conducir mi coche y yo no me negué, tenía la cabeza en otra parte, decidiendo como afrontar el problema haciendo el menor daño posible. Porque conocía a Sofía, era consciente de todas sus inseguridades y de como de desastrosas para ella habían sido sus pocas relaciones de pareja hasta ese momento.

Tú, que estás descubriendo esta historia desde fuera, podrías pensar que no es para tanto, solo es un tío y nosotras hemos sido amigas desde siempre, además ya éramos mayorcitas, pasábamos de los treinta y los años te dan experiencia y opciones para afrontar según qué problemas. Pero es que Sofía era muy suya.

Toda ella es un saco de inseguridades, cargando desde los diez años con ser la gordita del grupo, escuchando burlas de los más idiotas del colegio y después del instituto. No importaba lo mucho que le dijésemos sus amigas que era preciosa, que no importaba la opinión de los demás, pero es difícil aceptar que te quieran cuando ni tú misma lo haces.

Ese era el mayor problema de Sofía, no solo era insegura, se infravaloraba comparándose con cualquiera, aunque fuese otra persona que tuviese más sobrepeso que ella, siempre era mejor porque le sentaban mejor los pantalones, porque su sonrisa era más blanca o simplemente porque afrontaba los kilos de más con otra actitud.

Con los años se había intentado escudar en sacarse los defectos

ella misma antes de que los demás lo hiciesen, lo hacía en voz alta y riéndose, pero en el fondo le dolía y sufría mucho por ello.

Esa inseguridad había hecho que sus relaciones no acabasen nunca bien, porque no importaba lo mucho que te gustase o quisieses a la otra persona, si ni siquiera ella misma sabe quererse, nadie podrá hacerlo nunca.

Que Sofía sintiese algo por Ale indicaba que confiaba en él, que lo quería, que estaba poniendo todas sus esperanzas en que esa vez saldría bien, que tendría su final feliz. Y había aparecido yo para estropearlo. La mala del cuento, la hermanastra que siempre le pone la zancadilla a la protagonista.

Llegamos al *Toomuch* a las ocho y media, todas entraron para tomarse algo, pero yo le pedí a Sofi que se quedase fuera porque tenía que contarle algo. Algo que iba a hacerle daño, algo que podría acabar con nuestra amistad para siempre.

Me quedé en silencio un largo rato, muerta de frío porque era diecinueve de diciembre y hacía como tres grados, además llovía y la humedad se te metía hasta los huesos. Sofía frente a mí esperaba que empezase a hablar con una sonrisa, como si esperase que le dijera que la quería, o que ya había superado lo de Diego, o que había conocido a alguien que me estaba devolviendo la ilusión… pero lo que iba a decirle distaba mucho de ello.

No sabía cómo empezar, ¿cuál es el mejor modo de hacerle daño a una amiga?

Justo en ese momento me llegó un mensaje al móvil, lo miré y era de él… un sollozo me partió el pecho en dos y no pude evitar empezar a llorar.

—Vera, cariño… ¿qué te pasa? —Sofí pasó un brazo por mis hombros e hizo que nos moviésemos un paso más hacia la ventana del *Toomuch*, como si eso fuese a hacer que me sintiese mejor.

Ella estaba siendo comprensiva conmigo, una buena amiga. Pese a lo que había sucedido semanas atrás, aquella discusión absurda, ella seguía a mi lado y trataba de ayudarme.

Sin saber que más hacer, porque no me sentía con fuerzas para hablar, para decir en voz alta lo mala amiga que había sido… desbloqué el teléfono, busqué la conversación con Ale y se lo tendí para que pudiese ver que era lo que había sucedido.

—Lo siento mucho —susurré mientras ella me observaba con el ceño fruncido antes de empezar a leer.

Cada segundo que pasaba en silencio, viendo como ella leía, como la expresión de su rostro iba cambiando… cada segundo era

un mazazo, un dolor en el centro del pecho que me asfixiaba, que me quitaba un poco el aire y también la vida.

Puedes llamarme melodramática, puedes pensar que estaba exagerando, pero es que se trataba de Sofía, la misma que el primer día de colegio me sujetó de la mano y me llevó al fondo del patio para que no me diesen con el balón, la misma que llamó a los doce años muerta de miedo porque le había bajado la regla por primera vez y su madre no estaba en casa. La misma a la que quería con locura y sin la que no podría vivir… esa era Sofía, mi Sofía.

—¿Qué significa esto? —preguntó después de lo que me pareció una eternidad tendiendo el teléfono en mi dirección.

Yo, que no había dejado de llorar todavía y que empezaba a jadear buscando aire por culpa de la ansiedad, sorbí los mocos vergonzosamente y me limpié las lágrimas con los guantes.

—Yo no sabía que era importante para ti, no tenía ni idea —volví a sorber y sollozar como una niña pequeña—. No habría quedado con él nunca si lo hubiese sabido, tú me conoces Sofi, sabes que no lo habría hecho. Lo siento mucho, sé que no lo merezco, pero espero que me perdones.

Ella se quedó en silencio, mirando la huella húmeda de nuestros pies en un pedazo de la acera que se había librado de la lluvia. Sonrió con tristeza, una que me heló la sangre y casi hace que se me detenga el corazón.

—No podía esperar nada menos de ti, ¿cierto? —clavó sus ojos en mí y solo pude ver el vacío en ellos—. La princesita siempre consigue lo que quiere… no te preocupes, Ale solo es uno más —bufó y dejó entrever un poco lo que le había costado decir esas palabras—. Uno más que pisoteas para conseguir lo que quieres.

—Sofi —me silenció alzando una mano.

—Vera, déjalo, no hay nada que puedas hacer ya. Nos vemos mañana en el trabajo.

Se fue calle abajo a paso tranquilo, como si no le hubiese dicho nada, como si lo que acabase de suceder no me doliese más que verla enfadada e insultándome. No estaba enfadada, no me odiaba, solo estaba triste y decepcionada. Me había dicho que esperaba eso de mí, que le fallase, que le hiciese daño… porque al final sí que iba a ser verdad eso de que no podrías querer a nadie si no te querías a ti misma. Yo me odiaba mucho de un tiempo a esa parte.

Capítulo 16

Supongo que conocerás esa sensación exasperante, como que el tiempo no pasa, o si lo hace es mucho más lento… esa semana estaba siendo así, al menos bajo mi percepción. Todavía era miércoles, eran las diez de la mañana y yo sentía que llevaba al menos diez horas trabajando cuando apenas habían pasado dos.

Lo único bueno de ese estado de ánimo es que, al pasar los minutos tan despacio, me daba la sensación de ser más productiva. En el poco tiempo que llevaba trabajando, había acabado una corrección, había hecho llamadas y contestado mails, había ordenado mi mesa y ahora me encontraba sin nada urgente que hacer, por lo que me dispuse a ordenar la carpeta compartida en la que estábamos guardando los manuscritos y de la que ya habían salido tres obras que serían lanzadas el próximo año.

A las once siguiendo mi tónica de los pasados días, intenté que Sofía y yo bajásemos juntas a tomar el café en el descanso, pero como las veces anteriores, declinó la oferta con educación y me dio la espalda. Por lo que, como los otros días, me fui a la cafetería a dos calles de la oficina para no tener que enfrentarme a las miradas curiosas de Rosi.

Con mi cubo de café, porque no se le podía llamar de otro modo a ese vaso enorme que te ponían, me senté en una mesa y me dispuse a enviarle un mensaje a Gaby quejándome de que Sofi no me hacía caso. Ella, además de Lore, era la única que sabía lo que había sucedido en realidad y la que no me acusaba de ser la causante de todo. Había sido un error, no quería hacerle daño a nadie y mucho menos a una amiga.

Justo cuando iba a darle a enviar al mensaje, una taza de café apareció en la mesa frente a mi cubo y no necesité levantar la mirada para saber que se trataba de Leo, podría reconocer su aroma en cualquier lugar, incluso en una cafetería atestada de personas.

No hablé, ni siquiera abrí la boca. Me sentía un poco mal por estar tan distante con él, pero Lore tenía razón cuando me dijo que tenía que poner orden en mi vida, que desde el desastre de Diego todo había quedado patas arriba y no lograba enderezarlo. Poner un poco de distancia con Leo, podría hacer que me aclarase en relación con esas cosas raras que sentía en su presencia.

—He podido ver que las cosas no van muy bien con Sofía —su

comentario parecía despreocupado, sobre todo porque estaba consultando algo en su Ipad y no me miraba directamente.

Pero como si supiese con exactitud donde estaba la herida, había ido a meter el dedo en ella con todas las ganas. Me removí inquieta en la silla, tragué saliva, carraspeé y fingí mirar por la ventana a una calle casi desierta porque estaba cayendo el diluvio universal.

—¿Me lo pregunta el jefe o el compañero de piso? —dependiendo de su respuesta mi contestación sería diferente, debía mantener las distancias y dejar de contarle cosas personales a Leo, un acercamiento con él no me ayudaría en nada en ese momento tan caótico de mi vida.

—Ahora mismo el compañero de piso, no estamos en la oficina, pero puedes contestarme como si fuese tu jefe.

Cometí el error de mirarle y aquella sonrisa suave y sincera estiraba sus labios, lo que me hizo sentir un calorcito en el centro del pecho.

No, Vera, no. Detente.

Volví a carraspear.

—Estamos teniendo algunos problemas, pero espero que se solucionen pronto —ni yo misma podría creerme una mentira tan grande, pero Leo sí, al parecer, ya que asintió como si comprendiese todo con escuchar esa simple frase.

—¿Yo tengo algo que ver en esos problemas? —su pregunta me confundió y lo miré con el ceño fruncido—. Lo digo por aquel rumor de que estábamos liados y eso…

—¡Ah, por eso! No, no… nada que ver contigo ni con el trabajo.

Mi intención era volver a estar en silencio, pero Leo no parecía estar de acuerdo.

—¿Vas a ir de viaje estas navidades?

Suspiré y le di un largo trago a mi café, aunque tuviese mierdas y mil calorías era de las cosas más ricas que había probado en mi vida.

—No, mis padres viven en la ciudad y no tengo más familia —en el fondo eso me ponía triste, ni tíos, ni abuelos, ni primos… solo nosotros tres y este año ni siquiera podría tener una fiesta de fin de año decente con mis amigas, ya que la mitad de ellas me odiaban.

Suspiré de nuevo, esta vez casi hundida del todo, porque se avecinaban unas navidades desastrosas, aunque no podía quejarme mucho, al menos tenía salud… ¿no?

—¿Puedo pedirte un favor? —su pregunta me arrancó de mis pensamientos —. Doen realidad.

—Claro.

Leo parecía nervioso de repente, como si me fuese a confesar un crimen o a pedirme un riñón.

—Voy a ver a mi familia por navidad y este año me han pedido que vaya un par de días antes para ayudar a mi hermano, que viene solo con los niños desde Holanda y no se atreve a conducir él dejándolos desatendidos —explicó con un brillo diferente en los ojos, se notaba mucho que quería a su familia y los echaba mucho de menos—. Quería salir mañana, porque además tengo que cruzar varios puertos de montaña y no sé en qué condiciones estarán las carreteras.

—¿Y qué quieres pedirme?

—Lo primero que cuides a Boris por mí —asentí y sonreí casi sin poder evitarlo, adoraba a ese gato aunque él me odiase el noventa por ciento del tiempo—. Lo segundo es si podrías hacerte cargo de la editorial hasta el lunes o el martes, cuando vuelva del pueblo.

¿Cómo? ¿Qué?

Lo miré con los ojos muy abiertos y tuve que tragar saliva antes de comenzar a hablar.

—¿Yo sola?

—Claro —su convencimiento casi consigue lo mismo conmigo, pero no, estaba claro que no sabía muy bien con quién estaba hablando—. Estaré al otro lado del teléfono por si me necesitas y existen las video llamadas para la reunión del viernes si se ponen un poco nerviosos.

—No sé si yo seré la más indicada para eso, ¿has pensado en Elías?

—¿Has mirado bien a Elías? Este mes he tenido que llamarle la atención varias veces por ver porno en horas de trabajo.

Ups, vaya…

—Pues no sé… —casi digo Rosi o Sofía, pero ninguna de ellas dos conocía el mecanismo de la editorial—. Voy a cagarla muy fuerte si me dejas a cargo de todo.

Leo sonrió y por un segundo me olvidé de todo, absolutamente de todo, salió el sol en mitad de aquella cafetería y todo estuvo bien durante ese mísero segundo.

—Eres ayudante de dirección y lo haces muy bien, has tenido ideas muy buenas que están funcionando a la perfección, te estás ocupando de publicar un manuscrito que tú elegiste y debo decirte que, después de echarle un vistazo, tiene muy buena pinta. Eres capaz de cualquier cosa que te propongas, Vera, ocuparse de la editorial unos días no va a poder contigo.

—Tú me obligaste a hacer esas cosas —empecé a parlotear sin

ser muy consciente de lo que decía—, como si fuese una niña pequeña a la que le dices lo que tiene que hacer.

—Lo único a lo que te he obligado, es a salir de tu zona de confort, lo demás lo has hecho tú solita.

—No tengo zona de confort, esa puta mierda no existe, no estoy cómoda en ninguna zona. Siempre tengo miedo de cagarla.

—Ese miedo es lo que te detiene, lo que te hace ser indecisa y pensar tanto las cosas, que al final pierdes el tiempo pensando y no haces nada —Leo bebió el último sorbo de su café y se puso en pie—. Lo único de lo que hay que tener miedo, es de tener miedo.

—Eso no tiene sentido —me quejé, pero él no me hizo caso y se fue, no sin antes guiñarme un ojo y dejarme noqueada un buen rato.

Idiota… encantador, pero muy idiota.

Me quedé unos cuantos minutos más saboreando mi café, disfrutando de la inquietante calma antes de la tempestad, porque en unos minutos Leo les comunicaría a todos su decisión de dejarme a cargo cuando no estuviese y sabía que eso no iba a ser bien recibido, sobre todo por Rosi, ya me estaba imaginando su cara de culo en cuanto lo escuchase.

Volví a la oficina con todavía medio vaso de café que no había sido capaz de acabar, me senté en la silla y fingí hacer algo hasta el momento en que Leo salió de su tierra de nadie y se situó detrás de mí para comenzar a hablar.

—Voy a salir de viaje unos días por temas personales —comenzó con un tono neutro—, si tenéis algún problema Vera se encargará de todo, si es algo muy grave, decidle que me llame y trataré de solucionarlo desde donde me encuentre.

No esperó reacciones, dio media vuelta y volvió a su refugio detrás del biombo donde parecía que los problemas de la oficina ni le salpicaban.

Y allí me quedé yo, blanco de todas las miradas y como sospechaba, la de Rosi la más inquisidora.

—Debe chuparla muy bien —escuché muy bajito en voz de Elías.

Y me entraron ganas de tirarle a la cabeza el soporte del celo, porque era lo más pesado y contundente que tenía a mano.

Puto misógino gilipollas…

El problema es que tendría que trabajar estrechamente con él al día siguiente, porque tendríamos que hacer la portada para aquel manuscrito… ¡ni de coña! Eso iba a esperar hasta la otra semana, o si eso incluso hasta el mes siguiente, cuando Leo estuviese aquí y yo tuviese algo a lo que agarrarme si se ponía más gilipollas que de

costumbre.

Volver a casa aquel día después del trabajo se me hacía un poco cuesta arriba, así que me compré algo para llevar en un restaurante y me fui al *Toomuch* esperando encontrarme a alguien allí, al menos a Frank, para que me hiciesen un poco de compañía y no tener que pensar en lo mismo una y otra vez.

Como siempre, cruzar aquella puerta fue como un bálsamo, justo en ese momento sonaba “Love of my life”, como siempre de Queen, y la voz de Freddy siempre me había parecido tan maravillosa que me hizo sentir en casa al momento.

El local estaba casi vacío, con apenas un par de mesas ocupadas, y tras la barra Frank vaciaba el lavavajillas y colocaba las tazas y vasos limpios en su lugar. Su rostro se alegró al verme y, sin decirme nada, limpió un trozo de barra invitándome a sentarme allí. Así lo hice, coloqué mi envase de ensalada y, sin que tuviese que hablar yo tampoco, me colocó un refresco en vaso de mojito como más me gustaba.

—Lore se pasó por aquí ayer —me dijo cuando comencé a comer.

Seguro que la bocachancla de Lorena le había contado todo a Frank, lo utilizaba siempre como paño de lágrimas o incluso como psicoanalista, el pobre tendría que estar hasta las narices de aguantarla. Suspiré por la nariz, si es que eso puede hacerse, porque tenía la boca llena y, en cuanto hube tragado le di un sorbo al refresco.

—Te habrá puesto al día entonces.

—Está feo lo que has hecho, princesa.

—No me llames princesa —mascullé enfadada, estaba empezando a odiar que me llamasen así—, y no sabía que Ale era tan importante para ella.

—¿Siquiera habías mirado la cara de Sofi cuando estaba con él?

—Nunca hemos estado los tres juntos —me excusé y volví a llenarme la boca de lechuga para no tener que seguir hablando.

Frank se quedó un par de minutos en silencio, colocando los últimos vasos, una vez que hubo acabado se colocó frente a mí y suspiró.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Acabar de comer —hablé con la boca llena.

—Vera —miró al techo teatralmente y casi sonrió, pero solo casi.

—Le he pedido perdón y seguiré haciéndolo hasta que haga falta, no he vuelto a ver ni a hablar con Ale y, si quiere, puedo

hacer el camino de Santiago de rodillas.

—Que boba eres —dijo dándome un golpecito en la cabeza despeinándome un poco, sabía que me sacaba de quicio y por eso insistía en repetirlo una y otra vez.

—¿Qué harías en mi lugar? —pregunté recolocándome el flequillo.

—Es que Sofi… —resopló para darle más énfasis a sus palabras.

—Ya sé que es complicada, pero es que tampoco ella es perfecta y mete la pata igual que yo. Sé que lo que he hecho ha sido… —hice un gesto con las manos para darme a entender, porque no me salían las palabras—. Espero que con el tiempo vea que no ha sido con intención de hacerle daño, solo un error… uno desastroso, pero un error.

—Espero que tengas razón, de verdad que sí —concluyó el tema de conversación.

—¿Y qué tal te van las cosas a ti? —pregunté para intentar cambiar de tema.

—Pues van… no puedo quejarme.

—¿No tienes nada que contar? —moví las cejas sugestivamente para darme a entender—. ¿Una chica… un chico…?

Frank sonrió, desvió la mirada y negó con la cabeza.

—Nada que contar… lamentablemente.

Capítulo 17

Primer día de cinco sin Leo, en la oficina todo parecía marchar bien, sin ningún incidente digno de mención. Elías estaba intercalando su trabajo con las nuevas portadas con ver algún video porno, pero mi ansiedad social no me dejaba acercarme y decirle que dejase de hacerlo, me daba mucha vergüenza. Sofi atendía al teléfono y a las redes sociales como cada día sin incidentes y Rosi estaba a sus mierdas, que no tenía muy claro cuáles eran, pero la habían contratado como traductora, aunque poco se esmeraba en demostrar que hacía su trabajo.

Yo había comenzado con la corrección de “Virtualidades”, aquel manuscrito por el que había apostado con Leo y del que me estaba encargando yo sola. Me asustaba un poco la idea, había mucho que pulir, pero la historia y el modo de narrar me habían gustado tanto que estaba casi segura de que sería un gran éxito.

Lo único que estaba ensombreciendo un poco el día es que era veintitrés de diciembre… al día siguiente tendría que ir a casa de mis padres a cenar y la sola idea ya me ponía de los nervios. Solo con pensarlo se me aceleraba el corazón y mis manos empezaban a sudar.

Faltaba poco para el descanso cuando, para intentar tranquilizarme un poco, me levanté de la silla y fui al baño, todos parecían tan inmersos en su trabajo que no se dieron cuenta o eso quise creer. Me encerré en uno de los dos cubículos, cerré la tapa del retrete y me senté encima tratando de respirar despacio y profundamente, esforzándome en pensar en otra cosa para tranquilizarme, no quería que me diese un ataque de ansiedad frente a todos, mucho menos el primer día que Leo me dejaba oficialmente a cargo de todo.

Llevaba allí encerrada quizás mucho más de lo que era consciente, cuando la puerta se abrió y escuché dos pares de pisadas entrando en el baño.

—Que mañana tan aburrida… —se quejó Rosi.

Yo me mantuve en silencio, incluso para evitar ser vista, levanté los pies del suelo por si se les ocurría mirar por debajo de la puerta.

—La verdad es que sí —contestó Sofía—. Menos mal que mañana solo trabajamos por la mañana.

Oh Sofi… solo hacía unos días que estábamos enfadadas, pero la

echaba tanto de menos… casi me echo a llorar cuando la escuché hablar sin esa indiferencia que tenía solo para mí.

—¿Cómo llevas de que la novia del jefe se haya quedado a cargo? —esa pregunta en labios de Rosi no me había sorprendido ni un poquito.

—Pues no sé, ¿qué quieres que te diga? —Sofía suspiró—. Creo que se le está subiendo un poco a la cabeza, la verdad, en nada se pone a gritar y a dar órdenes, como si lo estuviese viendo.

Eso sí que no me lo esperaba y dolió especialmente, entendía que estuviese enfadada conmigo, pero le había asegurado varias veces que no tenía nada con Leo.

—¿Cuánto tiempo llevarán juntos? Porque yo creo que Óscar se fue por eso, porque ya veía que esos dos estaban liados y le iban a hacer la cama.

—No sé…

Sofi, que pese a todo somos amigas, defiéndeme un poquito…

—Y lo de que su novio la dejó tirada, tiene que ser mentira… —Rosi siguió despotricando—. Seguro que se enteró de que se estaba follando al jefe y por eso la dejó.

Y Sofía callada, sin negar ni afirmar, solo escuchando… eso era lo que más me estaba doliendo de todo, que entendía que fuese una venganza por lo que había sucedido, pero no teníamos quince años para comportarnos de ese modo, ¿verdad? De Rosi me hubiese esperado eso y mucho más, pero de Sofi…

Bajé los pies de golpe haciendo que el tacón de mis botas hiciese ruido al chocar contra el suelo, me puse en pie, abrí la puerta y salí del pequeño cubículo con la poquita dignidad que me quedaba, pero mostrarme derrotada ante la asquerosa de Rosi, nunca.

La susodicha, retrocedió un par de pasos cuando me vio, se puso lívida y muy seria cuando la miré desde mi poca altura, lo que me dio un poco de valentía al sentir que podía asustarla un poquito. Pero no le presté más atención de la que merecía, me giré noventa grados para ver a Sofía y fue cuando mi máscara cayó. Mi labio inferior comenzó a temblar, los ojos se me llenaron de lágrimas y no era capaz de encontrar mi voz.

Era muy consciente de que había metido mucho la pata con ella, pero no merecía esto, ahora era ella la que estaba metiendo la pata y lo hacía de nuevo con un tema que en teoría ya habíamos zanjado y dejado aclarado semanas atrás.

Me quedé unos segundos frente a ella, esperando no sabía el qué, pero algo, un movimiento de sus ojos, una palabra, un gesto. Sofía mantuvo sus ojos en los míos lo que dura un suspiro, después

desvió la mirada al suelo y fue cuando me rompí.

Salí del baño llorando, dejé todas mis cosas en la oficina y bajé a la calle, llovía y hacía frío, pero no me importó, me fui al estacionamiento y apoyada en mi coche lloré durante varios minutos.

No quería volver a la oficina y mucho menos en esas condiciones, mi maquillaje se había arruinado, el pelo se me había rizado por la humedad y el precioso vestido de punto beige que había estrenado esa mañana, estaba mojado y se me pegaba a los leotardos en la zona de los muslos. Pero no le iba a dar a Sofía y a Rosi la satisfacción de verme vencida.

Cuando entré en el edificio el vigilante de la puerta me miró de reojo con cara de preocupación, le ignoré y seguí mi camino hacia la oficina, donde sabía que todavía no había nadie porque aún estaban en el descanso. Fui a por mi bolso y volví al baño, llevaba siempre un kit de emergencias por si necesitaba algo, pero una vez que me vi frente al espejo quise romper un poco con lo que se suponía que debía hacer. Estaba harta de esa imagen de princesa que todos decían que tenía y quería alejarme un poco de ella.

Sujeté mi cabello húmedo y rizado en un moño, me limpié los restos de maquillaje con una toallita, me apliqué un poco de brillo en los labios y me tapé un poco las ojeras con corrector, no hice nada más. Puede parecer mucho para otra persona, pero en mi caso, estar fuera de casa sin apenas nada de maquillaje era todo un acontecimiento. Lo utilizaba hasta para bajar la basura, no iba a ningún lado sin corrector de ojeras, el *eyeliner* y un poco de color en los labios.

Cuando volví a la oficina todos habían regresado del descanso, me miraron un poco sorprendidos, pero fingí no darles mayor importancia. Sin hablar con nadie, cogí el portátil que estaba siempre en mi mesa, lo cerré de un golpe suave, me lo puse bajo el brazo y me dirigí con paso ligero a tierra de nadie.

Tras el biombo todo parecía distinto… hasta el sonido de los cuchicheos parecía llegar con menos intensidad.

Con cuidado de no desordenar mucho el caos de Leo, dejé el ordenador sobre la mesa y, cuando iba a colgar el bolso en el respaldo de la silla, resbaló y se cayó al suelo esparciendo parte de su contenido. Lo recogí todo guardándolo con un poco de mala leche, debo admitirlo. Al sujetar las llaves de casa, me di cuenta de que no había cambiado el llavero que Leo me dio el primer día, seguía manteniendo aquel trocito de universo que me cabía en la palma de la mano.

Suspiré, todavía sujetando las llaves, y me senté en la silla haciéndola girar para ver el mar. A pesar de la lluvia parecía en calma, una ligera niebla lo cubría y al fondo se veían algunos barcos pesqueros que regresaban de faenar. Ese pedazo de tierra de nadie que tenía Leo allí montado era una maravilla, te ayudaba a ser consciente de que los problemas, comparados con la inmensidad del mar, eran una soberana tontería. De que no importaba lo que sucediese, el mar estaría allí, siempre, con el incesante vaivén de las olas demostrando que era eterno desde el primero de sus días.

Volví a girarme, dejé las llaves sobre la mesa bien a la vista y continué con mi trabajo donde lo había dejado antes. Leo tendría su tierra de nadie, pero a mí me estaba dando un pequeño universo en el que debía empezar a conocerme de verdad y aceptarme tal y como era, dos cosas indispensables para sentirme cómoda.

La mañana siguiente, segundo día de cinco sin Leo, llegué tarde a la oficina intencionadamente. Quería caminar frente a todos hasta sentarme tras el biombo, que todos lo viesen, sobre todo Rosi, para que fuese consciente de que estar *supuestamente* follándome al jefe, me daba el poder suficiente para dejarla sin trabajo.

Le había hecho saber a Leo mediante un mensaje que estaba trabajando en su mesa, solo por precaución, corría el riesgo de desordenar algo y sabía que eso le molestaba mucho. Me contestó diciéndome que no había ningún problema, que utilizase lo que quisiera que no pasaba nada.

Lo peor de ese día, sin duda, no fue lo que ocurrió en la oficina, porque básicamente fue una mañana larga y aburrida, lo peor era saber que acabaría el día en casa de mis padres y dada mi situación actual era lo último que me apetecía.

Capítulo 18

La navidad es una de las épocas más felices del año, aunque no sé exactamente para quien, supongo que para *El corte inglés* y similares, porque es cuando más caja hacen. El caso es que para mí la navidad no solo no era la época más feliz, sino la más estresante. Ir a casa de mis padres, soportar a la loca de mi madre y ver como mi padre la mira con adoración pese a las actitudes extrañas y las sandeces que diga…

Hubo una época de mi vida en la que creía que no soportaba estar a su lado porque envidiaba esa relación tan estrecha, cercana e imposible de comprender que ellos tenían, pero cuando estaba con Diego y yo también tenía una relación de pareja, no soportaba estar a su lado de igual modo.

Por lo que llegué a la conclusión de que simplemente no soportaba estar con ellos, sobre todo con mi madre y más concretamente en un día señalado, porque entonces era uno de esos días en los que se volvía loca y no dejaba de echarme en cara todo lo que hacía mal: ya fuese no tener un trabajo de verdad, no hacerle el caso suficiente, no comer porque estaba muy delgada... no importaba el motivo, el caso era reprocharme algo y hacer de madre salvadora, porque ella tenía la fórmula mágica para que fuese todo como Dios manda y se encargaba de repetirla constantemente a lo largo de todo el tiempo que pasaba a su lado.

Ese año, además, la mujer tenía munición de sobra: mi trabajo continuaba siendo "*un pasatiempo*", había cancelado mi boda, mi novio me había dejado por otra, no había podido alquilar un piso para vivir sola y encima seguía sin pareja.

¿Por dónde comenzaría a atacarme en esta ocasión?

Llamar a la puerta se me hizo un poco extraño, porque hacía apenas tres meses vivía allí y entraba con mi propia llave, pero hacerlo en ese momento me parecía un poco fuera de lugar, ya no era mi casa, volvía ser solo suya y esperaba que por mucho tiempo más.

Mi padre abrió un solo minuto después, me abrazó, olió mi cabello sorbiendo con fuerza por la nariz y me dijo que había crecido, aunque fuese mentira, solo porque sabía que tenía un poco de complejo por ser bajita.

Entrar en aquella casa fue como un viaje a solo unos meses

atrás, cuando vivía allí y las paredes se me caían encima, por un momento sentí la necesidad de echar a correr y alejarme de ese lugar lo más rápido posible.

Mi madre apareció por la puerta de la cocina perfectamente peinada y maquillada, con su cabello impecablemente rubio gracias al tinte, sujeto en un apretado moño francés tras su cabeza. Era la antítesis en ella misma, así te la podías encontrar desmontando la cocina para limpiar, como de punta en blanco para una sencilla cena en casa.

—Hola cariño —me saludó con un frío beso en la mejilla.

Me miró de arriba a abajo, yo creía estar perfecta, con un vestido rojo de corte lady y unos zapatos negros, pero ella arrugó el morro y estaba segura de que me encontraría algún defecto.

—El pelo recogido te favorece más —me había dejado el cabello suelto con mis ondas naturales, porque desde el otro día que me había mojado con la lluvia en la oficina sentía que reflejaba mejor la nueva persona en la que me estaba convirtiendo.

Pensar eso me hizo darme cuenta de que su comentario, que en otro momento me habría puesto histérica y me habría hecho venirme abajo, no me importó. Me dio exactamente igual ese ataque velado porque no había cumplido con sus expectativas, porque eran suyas y no mías, yo no tendría por qué sentirme mal por no haber conseguido algo que otra persona quería para mí.

—Hola, mamá. Yo también te quiero mucho —ironicé ganándome una risita por parte de mi padre.

—¿Has venido sola? —la víbora volvió a atacar.

—¿Con quién podría haber venido?

—No sé, perdona… —se excusó moviendo la cabeza—, por un momento olvidé que ya no estás con Diego.

Como digo, en otro momento me habría hecho polvo, pero a mi nueva yo le estaba resultando hasta divertido, tanto que incluso olvidé la ansiedad que había sentido al entrar en casa.

—Tranquila —sonreí con naturalidad—, si quieres lo llamo y le digo que se traiga a la pelirroja por la que me ha dejado.

El rictus en el rostro de mi madre se volvió gélido en un nanosegundo, como si hubiese dicho una blasfemia al insultar a su adorado Diego. Porque estaba segura de que, pese a lo que me había hecho, ella continuaba pensando que era la mejor persona del mundo y que si me había engañado seguro que fue por mi culpa, algo habría hecho mal.

Ella no dijo nada más, mi padre nos observaba desde la puerta de la sala de estar, supongo que atento por si tenía que calmar las

aguas turbulentas. Cuando mi madre pasó por mi lado y la sangre no llegó al río, su semblante se relajó y volvió a sonreír.

—¿Qué tal en el trabajo? —papá siempre al rescate, me pasó un brazo por los hombros y me arrastró a la sala, donde la mesa ya estaba puesta esperando que nos sentásemos a cenar.

—Bien, desde que me han ascendido tengo más poder de decisión y mis ideas se tienen en cuenta —dije sorprendiéndome a mí misma, porque estaba orgullosa al decirlo, no me temblaba la voz y no me hacía a menos.

Tampoco voy a engañar a nadie y decir que mi cambio de actitud había sido drástico, que llorar bajo la lluvia en el estacionamiento del trabajo y mirarme al espejo no habían borrado de un plumazo años y años de ansiedad e inseguridades. Pero estaba con mis padres, las personas que me habían visto en mis mejores y en mis peores momentos, más confianza que con ellos no podría tener con nadie, por lo que probar a ser yo misma y no sentir nada negativo por ello era mucho más fácil que con otra persona.

La cena transcurrió con relativa tranquilidad pese a que mi madre no dejó de lanzarme dardos todo el tiempo, pero la experiencia y esa nueva seguridad en mí misma que estaba descubriendo me ayudaba a esquivarlos o, al menos, a que no me hiciesen tanto daño como lo habrían hecho solo un par de semanas atrás.

Que quizás esa nueva sensación estaba siendo solo un espejismo y al día siguiente volvía a ser la misma persona de siempre, temerosa de todo, con ansiedad social y un puñado de traumas que se encargaba de esconder bajo capas de maquillaje y el pelo planchado. Pero me gustaba sentirme así, quizá fuese por estar en terreno conocido, sabía a la perfección como se las gastaba mi madre y mi padre siempre estaba al acecho para evitar que ella no se pasase a decir cosas y que yo no quisiese pegarle por hacerme daño. Nunca había sucedido, pero estaba segura de que si se veía desde fuera daría la impresión de que pasaría de un momento a otro.

—He cambiado las sábanas de tu cama y tienes allí un par de cajas para que te las lleves mañana, son cosas que fui encontrando por ahí después de que te fueses —dijo mi madre tras la cena.

Fui a mi habitación y entrar allí sí que fue un poco doloroso, ese enorme paso que parecía que había avanzado se fue de retroceso y acompañado de otro más. ¿Será verdad eso que dicen que las habitaciones guardan las energías de las personas que vivían en ellas? Porque mi habitación era un hervidero de ansiedad, malas

vibraciones y caos, al entrar allí solo sentía caos pese a estar todo en perfecto orden.

Sobre el escritorio, tal y como había dicho mi madre, había un par de cajas con cosas dentro, me puse a inspeccionarlas y la presión en el pecho regresó: un osito de peluche que me había regalado Diego, la rosa seca de nuestro primer San Valentín, los palillos del restaurante chino de la cena de nuestro aniversario, el colgante que me compró en un viaje a Praga…

Recuerdos, que se suponía eran buenos, que me harían sentir mejor o quizás nostálgica, pero no era así y no porque me doliese haber perdido a Diego y estar sola en ese momento, la ansiedad me estaba matando porque no pude disfrutar de ninguno de esos momentos por culpa de ella, porque la ansiedad siempre fue una sombra que me perseguía para atacar en el momento más inesperado y por el motivo más absurdo.

Cerré la caja de golpe, la dejé en el suelo y de una patada la metí bajo la mesa para no verla, me senté en la cama, me quité los zapatos dispuesta a ponerme el pijama y de nuevo la ansiedad me estrujó la garganta.

Ese ya no era mi sitio, en ese lugar ya no era yo, me faltaba mi mesa llena de manuscritos, mi manta llena de pelos de gato, las paredes grises y el ronroneo de Boris para poder dormir.

Me volví a poner los zapatos, cogí mi abrigo y fui hasta la cocina, donde mi padre guardaba los platos limpios y mi madre discutía con él sobre a qué hora debían poner los regalos bajo el árbol. Sonreí porque me gustaba verlos así, no discutiendo, hablando y siendo como lo eran siempre, ese caos que se mantiene siempre en orden, como la mesa de Leo en su tierra de nadie…

—Me voy a casa —les comuniqué con voz tranquila, esperando que fuesen conscientes de que era algo que no admitía discusión y una decisión ya tomada.

—¿Cómo que te vas? —preguntó mi padre con el ceño fruncido.

—Pues me voy, las cajas puedes tirarlas a la basura —mi madre pareció consternada, pero lo disimuló bastante bien—. Mañana os llamo.

Sin esperar respuesta, me fui hacia la puerta principal mientras me ponía el abrigo.

—No dejes que se vaya a estas horas —susurró mi madre—. A ver si le va a pasar algo en el coche.

Y fue en ese momento cuando me di cuenta de donde había nacido mi ansiedad, de eso que siempre me había empujado a pensar mi psicólogo y a lo que nunca había hecho caso: mi madre.

Ella, con sus ganas de presumir frente a sus amigas de que su hija era perfecta, la que arrugó el morro cuando decidí no estudiar derecho o medicina, la que me insistía en que le diese nietos pronto, la que siempre me decía como vestir, como peinarme, la que siempre estaba ahí para recordarme todo lo que hacía mal… mi ansiedad era por no ser lo que ella esperaba de mí, por no cumplir sus expectativas. Me había esforzado en dar esa imagen de princesa perfecta porque era lo que ella esperaba que fuese.

Me detuve en seco y me aguanté las ganas de llorar, no me dolía, no era lástima porque mi madre siempre había vivido frustrada porque los demás no eran lo que ella quería, lloraba de puro alivio, porque al fin era consciente de la raíz del problema y desde ahí podía empezar a trabajar.

—Buenas noches —les di un beso en la mejilla a cada uno y salí de aquella casa sintiendo que dejaba tras de mí una mochila que pesaba lo menos cien kilos.

Con mi pijama de unicornios, todo suave y amoroso, con mi manta rosa de estrellas y tomándome un cacao caliente mientras Boris ronroneaba a mi lado del sofá veía el mundo de otro color. En mi lista mental de cosas por hacer había apuntado primero de todo llamar a Héctor, mi psicólogo, y contarle mi epifanía: mi madre era la raíz de todos mis problemas. Como suele pasar en el noventa por ciento de los casos, o eso dicen las estadísticas, aunque a saber quién coño escribe eso, seguro que alguien a quien su madre le jodió la vida también.

Me sentía tranquila y relajada, en casa, eso era muy nuevo para mí, ese era el primer lugar en el que podía estar cómoda sin importar el qué ni el cómo, estaba segura por completo de que Boris, esa máquina de ronroneos que dormitaba acurrucado en mi regazo, tenía mucho que ver.

Miré mi reloj y eran apenas las doce, estaba viendo una película de esas navideñas en la que la chica encuentra al chico perfecto, se enamoran y se besan bajo el muérdago sellando así un amor eterno y maravilloso. Vomitiva… pero era el complemento perfecto para mi estado de ánimo.

Por un segundo me pregunté que sería lo que estaba haciendo Leo en ese momento y, como no era muy tarde, decidí enviarle un mensaje:

Vera: *“¿Qué tal la noche buena en el pueblo? Por aquí todo normal, Boris parece que ni se ha enterado de que no estás”.*

En solo dos segundos recibí una respuesta, no era un texto, no

era un audio, solo una imagen. Un árbol de navidad enorme, decorado como los que salen en los catálogos de navidad y con un montón de regalos debajo. Y me dio envidia, me hizo sentir que mi vida hasta ese momento había ido por el lugar equivocado porque yo no había tenido algo así, mis navidades siempre habían sido un poco dantescas, siendo hija única, con unos padres a los que las tradiciones se la solían sudar bastante de puertas para dentro y con unas parejas y amigos que tampoco se esforzaban en esos detalles.

La ansiedad quiso volver, por un segundo me estrujó el estómago, pero enseguida fui consciente de lo que estaba sucediendo: eso no era lo que yo quería de verdad, era lo que me había esforzado en creer que quería, pero que distaba mucho de la realidad.

Hice un esfuerzo más por alejar la ansiedad y comencé a decidir cómo serían mis navidades perfectas.

—En la playa, con calor —dije en voz baja a la nada, aunque Boris me contestó con un maullido como dando su aprobación—. Tomándome un zumo o comiendo un helado a la orilla del mar, en bikini…

Sí, eso sería perfecto, sin importar si estaba conmigo un chico, o mis amigos, o nadie… me llevaría a Boris como mucho para que sus ronroneos acompañasen al sonido de las olas del mar.

Leo: *"Era una foto de stock*" finalizó con una carita echando la lengua. "*La noche está siendo aburrida y larga, como todas las cenas familiares, los echaba de menos pero ya empiezo a cansarme de ellos. Mataría por estar bebiéndome un mojito en una playa de Bora Bora…"*

Me eché a reír, lo hice muy alto, y sentí un cosquilleo en el estómago que traté de ignorar.

Vera*: "El año que viene lo planeamos con tiempo y nos vamos los dos antes de navidad".*

Me arrepentí en el mismo momento de darle a enviar, quizá me estaba excediendo de mostrarme tan cercana, quizá me estaba dejando llevar por aquellas cosquillitas y… uff, la ansiedad de nuevo, aunque esta vez era por un motivo diferente. Se me cortó la respiración cuando vi la leyenda de que él estaba escribiendo una respuesta y creo que hasta mi corazón dejó de latir por un par de segundos.

Leo: "*Hecho".*

Solté el aire de golpe y sonreí, de acuerdo, él no había notado que las cosquillas estaban ahí, pero debía mantenerme en esa posición y no volver a mostrarme tan abierta con él, después de todo seguía siendo el gran jefe.

Capítulo 19

Día cuatro de cinco sin Leo.

Era lunes, día después de navidad y salir de la cama fue un triunfo como pocos he conseguido en mi vida, me sentía cansada y con muy pocas ganas de ver la cara de Sofía y mucho menos la de Rosi.

Me hice mi café, me vestí y me dejé el pelo ondulado, como venía haciendo desde días atrás y me dispuse a salir de casa, no sin antes darle de comer a Boris y hacerle un par de mimos para despedirme. Pero me extrañó mucho ver su comedero intacto con la cena de la noche anterior.

Dejé el bolso y el abrigo sobre el sofá y me dispuse a buscarlo, algo que me resultó bastante complicado, porque el puñetero gato se había escondido debajo de la cama de Leo y parecía no querer salir de allí. Había estado en esa habitación apenas tres veces desde que me mudé y, aun así, me sorprendí una vez más de que los muebles oscuros de la habitación le diesen un aspecto bastante masculino, aunque el color cálido de la pared rompía un poco la frialdad del negro de la madera de la cama.

No quise ser cotilla, así que solo traté de sacar al gato de su escondite y salir de allí, pero Boris no quería colaborar. Estaba encogido haciendo una bolita y parecía un poco apático. No sabía muy bien que hacer, nunca había tenido gato y no sabía si ese comportamiento era normal. Así que solo tiré la comida de la noche anterior, le eché una nueva y dejé las puertas abiertas para que pudiese moverse por donde quisiera.

Al haber estado en su habitación, recordé que le había comprado a Leo aquel libro como regalo de navidad, así que regresé para dejarlo sobre su cama y que lo viese cuando volviese. Después me fui a la oficina un poco intranquila, le envié un mensaje a Leo para saber si Boris se había comportado de ese modo con anterioridad, pero no recibí respuesta.

La mañana en el trabajo pasó igual que las de la semana anterior, un poco de frialdad, miradas de sospecha y yo evité todo eso escapando a tierra de nadie para evitar enfrentamientos. En la hora del descanso me fui a la cafetería a dos calles de la oficina y regresé antes de tiempo para no tener que compartir ascensor con nadie.

Leo no dio señales de vida, lo que me tenía un poco preocupada también, además de Boris y de tener a la editorial a mi cargo… ¡perfecto! Tuve que solucionar un problema con la imprenta, otro con una librería en la que estábamos programando una presentación para el mes siguiente y un autor que se quejaba de que sus libros no estaban vendiendo lo suficiente. Pude con todo, pero el estrés hacía que me latiesen las sienes y que empezase a dolerme la cabeza.

En cuanto cerré la puerta de la oficina casi volé hasta el coche, incluso esquivé a Sofía que parecía querer decirme algo, pero mi preocupación por Boris y por la ausencia de mensajes de Leo me tenía un poco nerviosa.

Llegué a casa mucho más pronto de lo normal, no sé si es que fui más rápido, rozando y rebasando los límites de velocidad, o es que los astros se alinearon y todos los semáforos estaban en verde.

—Boris, gatito —entré susurrando para que viniese corriendo por el pasillo como era normal, pero no sucedió.

Lo busqué directamente en la habitación de Leo, donde se había escondido esa mañana, y me lo encontré exactamente en el mismo lugar. Comprobé su comida y seguía intacta, así como la arena, que no la había tocado y fue cuando empecé a preocuparme de verdad.

Le envié otro mensaje a Leo, esperé cinco minutos y no obtuve respuesta. Decidí llamarlo y me salió directamente el buzón de voz… ¿qué mierda podía hacer? No podía dejar al gato así, si a Boris le sucedía algo Leo me mataría y yo me volvería loca, porque ese gato se había convertido en un ser muy importante en mi vida.

Di varias vueltas a lo largo del pasillo, resoplé, me estiré el pelo, me mordí las uñas y traté de llamar al gato por si, de casualidad y por un milagro, se había puesto bien de repente, pero no, me ignoró de nuevo.

Así que tomé la decisión de llevarlo al veterinario, no tenía ni idea de cuál sería el suyo, pero conociendo a Leo seguro que el más cercano, así que busqué el trasportín que sabía que guardaba en el trastero y meter a Boris dentro fue toda una odisea. Veinte minutos y tres arañazos después, bajaba las escaleras con el bolso en un hombro y el trasportín de Boris en el otro, eso sí, sujetando las llaves con tanta fuerza que casi se me clavaban en la palma de la mano.

—Hola Boris —saludó la veterinaria que había a un par de calles de la casa de Leo, en cuanto sacó al gato de su trasportín.

Era alta, mucho más que yo, con un pelo negro rizado y precioso

que caía en cascada por su espalda, pero dejé de compararme con ella y me centré en Boris, que era lo importante en ese momento.

—No ha comido desde ayer, no ha usado la arena y parece muy apático —expliqué de carrerilla mientras ella le miraba los ojitos y comenzaba a palparle la barriga.

—¿Leo no está? —preguntó ignorando lo que le había dicho y con más interés del que podía gustarme.

—Está de viaje, ¿qué le pasa a Boris? —insistí.

—Hace mucho que no le veo, desde la última vacuna de Boris… ¿cuándo vuelve? —insistió ella también.

Resoplé empezando a enfadarme, aunque no tenía muy claro el por qué.

—¿Podrías dejar de hablar de Leo y preocuparte por el gato, que es tu trabajo?

Ella no dijo nada, pero arrugó la nariz mostrando su inconformidad. Boris se quejó un par de veces mientras ella lo palpaba y me dieron ganas de darle un golpe en la cara por hacerle daño, pero ella sabía cómo ayudar al gato y yo no.

—¿Sabes si ha podido comer algo en mal estado? —preguntó después de un par de minutos en los que no dejó de palpar y mirar a Boris.

Negué con la cabeza, Leo era muy exhaustivo con eso, la basura no estaba al alcance del gato y yo misma me había encargado de darle de comer y todo estaba en buenas condiciones.

—Vamos a hacerle una analítica entonces…

Cuarenta minutos después, la veterinaria morena entró en la habitación en la que me había quedado con Boris, que se había metido de nuevo en el trasportín y no tenía ganas de que nadie le tocase.

—Parece que tiene una pequeña infección de orina, pero no debería de ser tan grave como para que estuviese en ese estado —dijo mientras leía algo en un papel—. ¿Ha habido algún cambio importante en su rutina últimamente?

—¿Cambio… como qué? —pregunté confusa.

—Los gatos son muy sensibles a cualquier cambio, ya sea en el hogar o en la familia, una mudanza, alguien nuevo en casa… hasta la cosa más pequeña puede afectarle.

—Cuando me mudé hace unos meses ni se inmutó —pensé en voz alta y, justo en ese instante, pude ver como las esperanzas de tener algo con Leo se hacían pedacitos en su corazón. Quise sentir lástima por ella, pero no pude.

—¿Hace mucho que se fue Leo? Si está muy apegado a él, es

normal que se sienta un poco apático por no verle…

Quise volver a pegarle, primero por ese tono de voz condescendiente que estaba utilizando para dirigirse a mí y segundo, porque había llegado a una buena conclusión antes que yo.

—Hace cuatro días —mascullé molesta—, pero vuelve pronto.

—Entonces esa debe de ser la razón principal —sonrió—. Voy a darte un antibiótico para la cistitis y si cuando vuelva Leo, sigue así de apático, que me lo traiga.

Que se lo lleve él, yo no, él. Leo.

—No te preocupes —sonreí todo lo falso que pude y hasta incliné un poco la cabeza—. Si sigue así te lo traeré de nuevo.

Cogí la receta que me tendía, escuché una retahíla de indicaciones que me dio sin muchas ganas y me dispuse a irme. Me colgué de nuevo el trasportín al hombro y me cagué en la madre que parió al puto gato, ¿antes pesaba tanto? Joder… debían de ser lo menos seis kilos de *michi* en todo su esplendor.

Después de pagar hice el camino de vuelta un poco más tranquila, paré en la farmacia a comprar la medicina y dejé a Boris suelto en cuanto entré en casa, no sin antes darle la primera dosis de su medicina y él salió corriendo a esconderse bajo la cama de Leo de nuevo.

Me dejé caer en el sofá exhausta, me quité las botas, me acurruqué tapándome con la mantita rosa y cerré los ojos unos minutos para tratar de hacer consciencia de lo que había sucedido. Por suerte no había sido nada grave, pero Boris me había dado un buen susto y me había hecho comprender lo importante que era para mí.

Joder… que Leo había conseguido que un puto gato fuese importante en mi vida.

No sé el momento en el que sucedió, pero me quedé dormida, cuando me desperté ya había anochecido y toda la casa estaba a oscuras a excepción de la cocina, de dónde provenía el ruido de un grifo abierto.

Me puse en pie algo asustada, ¿quién coño estaba en casa? Podía pensar que se trataba de Leo, pero no regresaba hasta el día siguiente. Avancé por el pasillo con cuidado de no hacer ruido, si era un extraño echaría a correr escaleras abajo para avisar a los vecinos y que llamasen a la policía.

Pero un maullido de Boris llamó mi atención, no era lastimero, como los que había dado esa mañana, tampoco estaba enfadado como con la asquerosa de la veterinaria, estaba feliz, como siempre,

como cuando estaba…

Me asomé a la puerta de la cocina y Leo estaba lavando mi taza del desayuno y un par de platos de la cena de ayer, Boris estaba subido en la encimera a su lado, sentado y tan solo mirando, maullaba de vez en cuando y Leo acercaba la cabeza para que el gato se frotase con su cara y volviese a maullar.

Me quedé en silencio observándolos desde las sombras, no sentí envidia porque Boris quisiese a Leo más que a mí, ni siquiera sentí envidia porque Leo le estuviese dedicando a él más atención. Pero sí la sentí porque yo nunca había tenido esa conexión con nadie, ese necesitar al otro para ser feliz, esa sensación de pertenencia, de no ser si no estás con el otro.

Sentí algo en el pecho, pero no fue ansiedad ni tampoco dolor, sentí un calorcito que me empapó por completo y me animó a seguir adelante, a seguir buscando, no a mi otra mitad, porque yo ya estaba completa, sino a la persona con la que podía encajar a la perfección como lo hacían Boris y Leo.

—Has vuelto antes —me escuché susurrando.

Él miró sobre su hombro, no llevaba las gafas y la luz de sus ojos al sonreír lo iluminó todo como si fuese un día de verano, dando también ese calorcito que parecía que le faltaba a la casa desde que él no estaba.

—Tu mensaje de esta mañana fue la excusa perfecta para salir corriendo, lo estaba deseando.

—Boris está bien —entré en la cocina y acaricié la cabeza del gato, él se frotó contra mi mano como lo hacía siempre—, se sentía solo porque te fuiste. Lo llevé al veterinario y dijo que tenía un poco de cistitis, pero nada grave, en unos días se pondrá bien del todo.

Como si entendiese que hablábamos de él, Boris dio un salto para que Leo lo sujetase en brazos y ambos nos echamos a reír.

—Gracias por cuidarlo tan bien, luego pásame la factura y te daré lo que te ha costado —sus ojos quemaron en los míos, el calor de mi pecho se expandió y casi se me entrecorta la respiración.

—No te preocupes, no ha sido nada —tartamudeé.

—Me voy a la cama —se agachó hasta dejar a Boris en el suelo—. Te he comprado un kebab para la cena.

—Gracias —me vi obligada a decir.

Él pasó por mi lado rumbo al pasillo, pero al llegar a mi altura se detuvo justo cuando su brazo rozaba el mío. Se inclinó un poco hacia abajo y dejó un beso en mi frente que me dejó paralizada y con el corazón a mil por hora.

—Gracias a ti y muchas gracias también por el libro, ese no lo tenía—susurró cerca de mi oído.

Las piernas me temblaban, lo juro, y sentía un hormigueo en la frente que no debía de ser normal. Eso sin contar con las puñeteras cosquillas en la tripa que ya empezaban a ponerme nerviosa.

Suspiré, vi el paquete de papel de plata que había sobre la mesa y se me escapó una sonrisa, el calorcito en mi pecho se hizo más intenso y me senté a la mesa dispuesta a disfrutar de mi cena llena de calorías, pero que Leo había comprado especialmente para mí.

Capítulo 20

Cuando tienes diecisiete o dieciocho años, después del día de tu cumpleaños, el siguiente acontecimiento importante es el cumpleaños de tus amigas y tras ese, el siguiente es el día de fin de año. Te pones un vestido pequeñísimo y precioso, unos zapatos que te destrozan los pies y sales a la calle a morir de frío porque ese es el día indicado y nada más importa. Te comes las doce uvas, bebes, ríes, bailas… y a la mañana siguiente recibes el nuevo año frente a una taza de chocolate caliente en un bar de las afueras, mientras tienes los zapatos en la mano porque no soportas ni tus propios pies.

No sé si son las experiencias ya vividas o la edad, pero con los años te vas dando cuenta de que no es necesario pasar frío y cambias el vestido por unos pantalones y un par de años después los zapatos por unas botas buscando la comodidad. Y así, año tras año dejas atrás esas ansias de salir el día de fin de año y lo cambias por una fiesta en casa de tranquis, o quizá solo sales a tomar las uvas y te recoges temprano.

Hasta que, llega un momento en el que te haces mayor (o viejo según algunos) y tu única aspiración es pasar esa noche en pijama, apalancada en el sofá de casa y rezando para no atragantarte con las puñeteras pepitas de las uvas.

Eso es así, es el orden natural de la vida de cualquier español, con sus excepciones, como toda regla, y quien diga lo contrario miente. Lo digo aquí y dejo constancia por escrito de ello.

Ese año era el primero que no me apetecía ver a nadie, que esperaba que mi única compañía fuese Boris y su ronroneo cerca de mi oído porque se había quedado dormido sobre mi pecho mientas veía algo en la televisión. Pero no parecía ser el plan de todo el mundo, porque, a dos días de la fecha señalada, me llegó un mensaje de Daniela:

“Nos vamos a la casa rural para fin de año, ¿te apuntas?”

Debía decir que sí, eran mis amigas, aunque dudaba mucho que fuésemos todas, Lore seguro que tenía algún plan con la familia y Sofía no querría ni verme, pero en el fondo, no quería ir, la noche con Boris en el sofá se me antojaba muy apetecible.

Resoplé mirando al teléfono y pensando cómo sería la manera más eficaz de declinar la oferta sin que Dani pensase que era

aburrida o que no quería estar con ellas.

—Nadie va a ir, solo está buscando alguna aliada que haga presión para que aceptemos las demás —fue la frase más larga dirigida a mí que Sofía había pronunciado en la última semana.

Miré hacia arriba, porque estaba de pie al lado de mi silla y ella observaba mi teléfono, no a mí.

—Yo tampoco quiero ir —susurré bloqueando el móvil y dejándolo sobre la mesa.

Sofía se mordió el labio inferior, miró hacia el biombo, suspiró y después me miró a mí. Como echaba de menos que esos ojos marrones tan profundos me mirasen.

—Lo que hiciste fue una putada —susurró y miró la silla vacía de Rosi, supuse que para asegurarse de que todavía no había vuelto del baño.

—Lo mío fue sin saber que te estaba haciendo daño, lo del otro día en el baño… —dejé la frase sin terminar, porque en realidad todavía me dolía saber que ella pensaba eso de mí y encima lo decía en voz alta.

—Fui un poco hija de puta —admitió con una sonrisa tímida.

—Y yo un poco putón —ambas reímos y nos miramos.

—Puede que sea difícil, pero…

—Podemos seguir intentando ser amigas —terminé la frase por ella y casi no me reconocí a mí misma en esas palabras.

Sofía sonrió, sus ojos brillaron un poco, me dio un apretón en el brazo y volvió a su sitio porque Rosi había entrado por la puerta. Yo me quedé dándole vueltas a lo sucedido mientras hacía que revisaba una galerada que Leo me había pedido.

La Vera de unos meses atrás se habría vuelto loca por lo que Sofía había hecho, sería todo un drama. Todo lágrimas, mocos, echarme la culpa porque yo había comenzado siendo mala amiga y todo ello derivaría en un ataque de ansiedad. Que no voy a mentir, la ansiedad seguía ahí, habíamos sido compañeras durante tanto tiempo que dejarla atrás tan rápido era imposible, pero estaba aprendiendo a controlarla poco a poco.

Aquella pequeña conversación con Sofi había estado bien, pero sentía que el tema, al menos por mi parte, necesitaba ser explicado. Así que abrí mi email y me dispuse a escribirle un correo:

"Sofi, de verdad que siento mucho lo sucedido. No he vuelto a verle ni a hablar con él, desde el día de tu cumpleaños he bloqueado su número después de enviarle un mensaje diciéndole que había sido un error y que no me buscase más.

Sé que no he sido la mejor amiga, que tenías mucha razón al

decirme que he estado ausente desde lo de Diego y que eso no habría sucedido si hablásemos más.

Creo que podemos solucionarlo, siempre que estés dispuesta a ser sincera y dejar atrás las chiquilladas".

No quise ser muy directa para que no sintiese que la estaba atacando, lo último que quería que pensase es que todavía le guardaba rencor, porque no era verdad, lo único que sentía al pensar en lo sucedido días atrás, era en lo dolida que se podía sentir por lo que yo había hecho. Se puede creer que peco de ingenuidad, porque una amiga nunca actúa así, pero es que Sofía no era solo mi amiga, era prácticamente una hermana con la que lo había compartido todo desde los seis años. Había aceptado todo de ella, tanto lo bueno como lo malo y, después de ponerme de ejemplo a mí misma, podía afirmar que todos nos equivocamos y podemos aprender de ello.

Le di a enviar y, justo en ese momento, me llegó un mensaje al teléfono del trabajo.

Leo: *"Ven tras el biombo en cuanto puedas".*

Se me estrujó el estómago y la espalda se me puso más recta que nunca, ¿habría metido la pata ya? Si es que lo sabía… lo sabía… no tenía que haberme dejado a mí al frente de la editorial. No valía para tener tanta responsabilidad, seguro que la había cagado bien cagada y ahora iba a echarme la bronca del siglo. O peor, quizás había desordenado algo de su mesa cuando trabajé en ella días atrás y también me llevaría una buena bronca por eso…

Me temblaban muchísimo las piernas mientras avanzaba hacia su tierra de nadie. Hola amiga ansiedad, ¡Cuánto tiempo sin verte! Bienvenida de nuevo a mi vida. Me empezaron a sudar las manos y casi doy un traspiés antes de llamar con los nudillos y asomar la cabeza por el borde del biombo.

—Vera, pasa —dijo Leo sin apartar la mirada de la pantalla de su portátil.

Hice lo que me dijo y me senté en la silla frente a su mesa, esperando a que acabase de hacer lo que fuese que estaba haciendo. Estaba serio mientras leía algo, con el ceño fruncido y muy concentrado, creo que por un momento incluso se olvidó de que estaba allí, esperando a que me dijese lo que fuese que me tenía que decir.

Carraspeó, se frotó la barbilla y me miró, después fui consciente de que estaba hablando, pero no tenía idea de que me estaba diciendo, tan solo veía como sus labios se fruncían, sus ojos se deslizaban de mi cara a mis manos, que se retorcían con fuerza y

después volvían a mi cara, deteniéndose en mis labios un segundo más de lo normal.

Se me aceleró el corazón, el dragón rugió, tengo hormonas y ese día me estaban diciendo que estaba en el momento justo para ser fecundada, casi podía imaginar a mi ovulo haciendo el baile de la alegría mientras se imaginaba todo lo que podría hacer con el ADN de Leo.

—¿Podrías hacerte cargo? —escuché entre la bruma de mis pensamientos.

—¿Perdón? —pregunté avergonzada, lo mejor era admitir que no estaba prestando atención.

Y Leo rio, rio por primera vez en el trabajo y el sonido rebotó por las paredes dejando todo en silencio, hasta el runrún de la oficina que se escuchaba por detrás.

—Estoy un poco liado con el cierre de ejercicio —volvió a su seriedad normal—, Oscar dejó un par de facturas sin cobrar y las cuentas no me cuadran, ¿podrías encargarte de estos dos autores por mí?

Sujeté la carpeta que me tendía todavía en trance por el sonido de su risa, su risa en el trabajo, algo que no había sucedido nunca en mi presencia, a la vez que asentía con la cabeza.

—¿El señor misoginia está entre ellos? —pregunté cayendo de repente en lo que me estaba pidiendo.

—¿Quién? —la sonrisa en su voz era evidente, las cosquillas en la parte baja de mi abdomen, también.

—El señor Aguirre —aclaré empezando a ponerme colorada.

—Te aseguro que no, al menos en un año no tendrá nada que publicar.

Suspiré aliviada, me despedí y volví a mi mesa con las carpetas que me había dado. Una vez que me hube sentado en mi silla, todos los ojos acabaron en mí, cabrones… ya podían centrarse en su trabajo y dejarme vivir mi vida.

Me reacomodé en la silla, apreté la coleta que me sujetaba el pelo en la coronilla y arrugué la nariz porque continuaba sintiéndome observada. Los ignoré lo mejor que pude, pero un par de minutos después un post-it arrugado cayó en mi teclado.

“¿Seguro que es mentira lo que hablábamos en el baño el otro día?”

Miré por encima de mi ordenador y Sofía sonreía fingiendo inocencia.

—Vete a la mierda, Sofi —mascullé mientras arrugaba el papel, lo tiraba a la papelera y ella estallaba en carcajadas.

Mi pijama de unicornios, mi mantita rosa de estrellas, los ronroneos de Boris, un par de colas cherry, un bol de palomitas y una película de Leonardo DiCaprio eran mi plan para celebrar la última noche del año en esa ocasión. No me resultó difícil desechar el plan de Daniela, como había dicho Sofi, ella era la única que quería volver a la casa rural, yo no guardaba muy buen recuerdo de ella y las demás seguro que tenían otros planes.

Estaba colocándome en mi posición en el sofá, en el lado del *chaise longe*, acurrucada y tapada hasta la mitad del pecho. Boris había saltado a mi lado con un maullido y también estaba empezando a dar vueltas sobre la manta buscando su lugar y, justo cuando sujeté el mando a distancia para encender la tele, Leo se dejó caer a mi lado y suspiró.

—¿No sales? —pregunté como si en realidad no me importase la respuesta.

—No —empezó a acariciar a Boris, que se acercó un poco más a él dejando claro que era su humano favorito.

—¿Tu amiga no está en la ciudad? —cuando fui consciente de lo que le había preguntado ya era demasiado tarde, por lo que no pude evitar que un poquito (muy muy poquito) de rencor se me escapase entre las palabras.

Que yo no tenía derecho a reprocharle nada, él era libre de follarse a quien le diese la gana y yo también había follado con Ale aunque en ese momento no me gustase admitirlo. Y joder, que ninguno le debía explicaciones al otro, solo éramos compañeros de piso.

—No, ¿y a que viene ese tono, tú no tienes amigos? —Sentí su mirada sobre mí, aunque yo tenía la mía clavada en la pantalla dando vueltas sin sentido por la sección de recomendados de Netflix, sin saber muy bien lo que estaba haciendo.

—Tengo amigos y amigas.

Rio bajito ante mi respuesta, Boris se acomodó en su regazo y comenzó a ronronear y maullar pidiendo más mimos.

—Quedar una noche para follar con una amiga no significa nada.

Me atraganté con la Coca-Cola y casi la echo por la nariz, Boris salió corriendo y Leo se rio de mi torpeza mientras me ayudaba a limpiarme.

Una vez pasado el susto volví a la tarea de buscar algo que ver, de repente Origen ya no me parecía la película más apropiada para esa noche, mucho que pensar y, la casualidad, mi cabeza ya no estaba para centrarse en nada que requiriese el esfuerzo de más de

dos neuronas a la vez.

—¿No tienes amigos con los que quedas para follar? —su pregunta volvió a cogerme por sorpresa, lo miré de reojo y él esperaba la respuesta con toda su atención puesta en mí.

—¿Qué pregunta es esa? —gané tiempo para no tener que contestar.

—Pues una pregunta.

—¿Cuándo hemos llegado al nivel de intimidad necesario para preguntar eso? —lo miré y la sonrisa en sus labios me resultó contagiosa, los míos se estiraron y las cosquillas volvieron.

Encogí las rodillas contra el pecho para aliviarlas, aunque no funcionó mucho.

—Vivimos juntos, trabajamos juntos, nos vemos a diario… —le restó importancia con un encogimiento de hombros—. Es más, creo que no hablamos del tema cuando te mudaste, eso de poder traer a alguien a casa, avisar al otro…

—No hace falta —volví mi atención a la pantalla, porque decir que me estaba poniendo nerviosa era quedarse corto.

Continué eligiendo una película para ver, aunque por lo nerviosa que me había puesto, pasaba las portadas a tal velocidad que casi no se podían leer ni los títulos.

—¿No has follado desde que lo dejaste con tu novio?

Lo miré de reojo, ahora él miraba la pantalla y no a mí, al baile de portadas que se detuvo de golpe cuando pensé en la respuesta. Decirle la verdad me daba vergüenza, pero mentir también era vergonzoso, habían pasado seis meses… seis meses sin follar es mucho por muchos amigos a batería que guardes en la mesita de noche.

—He quedado a veces con alguien, sí —contesté como si no me costase admitirlo, porque en verdad me costaba decirlo en voz alta y más a Leo.

Suerte que había apagado la luz y solo estábamos iluminados por la pantalla de la televisión, porque el color rojo de mis mejillas no podría ser más fuerte.

—¿Lo conozco?

—No.

—¿Podría conocerlo, volverás a verlo?

—No.

Se echó a reír con mi respuesta tan apresurada y me dio curiosidad el motivo, así que le miré con el ceño fruncido.

—Has contestado tan rápido que parece que no quieres verlo porque se le daba mal follar.

—No se le daba nada mal, ese no es el motivo —no parecía esperar ese tipo de respuesta, porque se puso serio y volvió la mirada a la pantalla, ahora estática en una película chorra de navidad.

—Puedes traerlo a casa si quieres.

La que no esperaba esa respuesta en esa ocasión era yo, que tartamudeé un poco al volver a hablar.

—No voy a traer a nadie a casa, no me gusta que me escuchen follar.

—¿Piensas que estaría escuchando al otro lado de la puerta como un psicópata?

Casi me pongo en pie del susto, suerte que me contuve, porque si no, el bol de palomitas iría a tomar por culo.

—¿Cómo es que hemos llegado a hablar de esto? —intentaba ocultar mi incomodidad, pero creo que no lo estaba consiguiendo.

—Es un tema de conversación como otro cualquiera.

—Es un tema de conversación que me incomoda.

Volvió a reír.

—No sabía que eras una princesita mojigata.

Me tensé de repente, me removí incómoda y le di al play sin importar que película estaba poniendo.

—No me llames así.

—¿Mojigata? —preguntó con sorna.

—No, princesita —espeté—, no soy una puta princesa.

Dejó de reír de golpe y me miró como si hubiese metido la pata.

—Vale —murmuró—, lo siento.

Y no le volví a mirar en lo que duró la mierda de película que había puesto y que no podía ser una basura más grande. Una vez que hubo acabado, me puse en pie con intención de irme a mi habitación, pasaba de la una y, aunque fuese fin de año, me apetecía dormir. Me estiré, doblé la manta dejándola a un lado del sofá y le hice saber mis planes.

—Me voy a la cama, buenas noches.

Justo cuando pasé a su lado camino a mi habitación, me sujetó del brazo haciendo que me detuviese.

—¿Te has enfadado? —preguntó mirándome desde abajo, aunque no era muy abajo teniendo en cuenta mi estatura y que estaba descalza.

—No, ¿por qué iba a enfadarme?

—No has dicho nada desde que te llamé princesa.

—Estaba viendo la película —me excusé, no estaba enfadada, pero un poquito sí que me había molestado.

—¿Te ha resultado interesante esa mierda? —de nuevo la burla tiñó su voz y me arrancó una sonrisa.

—No me he enfadado, pero no vuelvas a llamarme así, por favor.

—De acuerdo —me soltó el brazo y de repente sentí un poco de frío—. Buenas noches, que descanses.

Casi en trance, seguí camino de mi habitación.

—Vera —me llamó justo antes de que saliese de la sala de estar, me detuve y lo miré—. Feliz año —susurró y me guiñó un ojo.

Las cosquillas en mi vientre, mi corazón que se aceleró…

—Feliz año —y casi corrí hacia mi habitación, como una adolescente avergonzada.

Capítulo 21

Día dos de enero, primer día laboral del año, primer día del año que madrugaba y primer día del año que sería un puto mal día.

Me desperté demasiado pronto y me tiré una hora dando vueltas en la cama intentando volver a dormir sin conseguirlo. Me di una ducha larga, aunque me hubiese duchado la noche anterior antes de ir a la cama. Tuve una batalla campal al peinarme, ya que las ondas de mi pelo no querían colaborar y parecía que había metido los dedos en un enchufe. Intenté alisármelo, pero nada más empezar me quemé con la plancha en un dedo. A las ocho, cuando me había metido el gupillón de la máscara de pestañas en un ojo, fue cuando fui consciente de que en ese día nada iba a salir bien, era como la puñetera ley de Murphy: si algo puede salir mal, siempre, pero siempre siempre, saldrá peor.

Y salió peor…

Mi coche, que llevaba parado desde hacía tres días, decidió que no le salía de las bujías encenderse, que *pa* qué, si ya puestos a tener un mal día, empeorarlo un poquito más no estaba mal. Volví a casa echa una furia, para cambiarme los zapatos por unas botas, para variar estaba lloviendo y si tenía que ir caminando hasta la parada del autobús me empaparía los pies.

Boris se asustó cuando cerré la puerta de un portazo, me bufó y se fue a toda velocidad para esconderse en la habitación de Leo. Un Leo que salió del baño perfecto, peinado, afeitado, oliendo bien… su puto día era bueno.

—¿Ocurre algo? —preguntó con cierta cautela.

No pude evitar perder mi mirada en el modo en el que se abrochaba los botones de los puños de la camisa, ¿por qué? No lo sé, pero ver eso me puso un poco cachonda.

—Mi coche no arranca, creo que se le ha acabado la batería —entré en mi habitación y abrí el vestidor para buscar mis botas negras sin tacón.

—¿Lo has dejado con las luces encendidas todo este tiempo? —ante su pregunta mi cabeza se asomó por la puerta del vestidor para encontrarme con él, mirándome fijamente y sonriendo con sorna desde el pasillo.

—Claro que sí, es algo que suelo hacer a menudo, porque me gusta vivir al límite —ironicé—. ¡Por supuesto que no he dejado las

luces encendidas! ¿Por quién me tomas? — grité.

Escuchar su risa casi me relajó un poco, pero solo casi.

—¿Qué vas hacer?

Salí del vestidor y me agaché para atarme las botas, desde esa posición Leo parecía un gigante.

—Voy a la oficina en autobús y después llamaré a la grúa.

—Si me das cinco minutos yo te llevo —dio media vuelta y se metió en su habitación.

Me incorporé y caminé hacia el pasillo con un cordón todavía desatado.

—¿Me llevas a dónde?

—Al trabajo —contestó como si fuese una obviedad, porque lo era.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos juntos y es absurdo que vayas en autobús si vamos a la misma dirección —se puso la chaqueta de cuero y me miró.

—¿Por qué quieres llevarme? —pregunté por si no le había quedado claro que era idiota.

—Ata ese cordón —señaló mi bota derecha— y muévete, que vamos a llegar tarde.

Quise hacerle burla como una niña pequeña, el día estaba siendo tan malo que era lo que me pedía el cuerpo, pero me contuve y solo caminé tras él hasta llegar al ascensor.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó en el rellano mientras esperábamos a que el ascensor bajase desde el último piso—. No quiero que te enfades, es solo algo de lo que me he dado cuenta.

A su lado y sin tacones me sentía diminuta, le llegaba poco más que al hombro.

—Dime.

—Estás más guapa desde que no te maquillas tanto —su tono de voz me calentó en el centro del pecho—. Me gustan las pecas de tu nariz.

Lo miré de reojo, él no me miraba a mí y menos mal, tenía los ojos clavados en los numeritos que indicaban en que piso estaba el dichoso ascensor y así no podría ver el rojo intenso de mis mejillas.

—Gracias —susurré sin saber muy bien que decir.

Las puertas del ascensor se abrieron y él entró primero.

—No es un cumplido, solo una apreciación.

Sonrió y yo tropecé con mis propios pies casi cayendo al suelo.

—Vera, te dije que atases el cordón —añadió entre risas mientras yo me ponía más roja si es que eso era posible.

Si Rosi creía que Leo y yo estábamos liados, verme bajar de su coche no creo que ayudase mucho a que pensase lo contrario. Ella y Sofía estaban delante del edificio, aprovechando los últimos minutos para fumar antes de entrar en la oficina.

Yo me bajé del coche mientras Leo atendía una llamada, tampoco quedaría muy bien que lo esperase solo para bajar juntos y que así no se atreviesen a decirme nada, aunque después eso podría empeorar las cosas.

Avancé hacia la puerta mirando mis pies, disfrutando del sonido de la suela de mis botas contra la gravilla del suelo del parking. Justo cuando levanté la mirada para dar los buenos días a mis compañeras de trabajo y así poder entrar en la oficina, algo, o más bien alguien, se interpuso en mi camino.

Levanté la vista con cautela, no esperaba encontrarle allí, no ese día que ya estaba siendo desastroso y no frente a Sofía…

—Ale, ¿qué haces aquí? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Bueno, al menos recuerdas como me llamo —ironizó metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón del uniforme que utilizaba para ir al trabajo.

—¿Qué quieres? —me crucé de brazos porque lo último que me apetecía era hablar con él, en ese justo momento y con ese público.

—Al menos una explicación, aunque no tengo muy claro de quién —miró a Sofía, que seguía tras él, escuchando lo que decíamos y con una expresión que demostraba que tampoco estaba siendo un buen día para ella—. De un día para otro desapareces. Intento hablar con Sofía y me manda a tomar por culo, no entiendo que mierda está pasando.

—Lo mío es fácil, ya te dije que no quería volver a verte.

—¿Por qué?

—Pues porque son cosas que pasan, ¿o acaso esperabas que fuese la mujer de tu vida? Los dos sabemos que estábamos muy lejos de eso.

—Vale… ¿y qué mierda pasa con Sofía? Intento hablar con ella y no me contesta, no quiere verme…

—Eso tiene que ser ella quien te lo explique, ahí no tengo nada que ver —intenté pasar por su lado hacia la puerta, pero me lo impidió.

—¿Pero por qué os cuesta tanto a las tías ser claras? —preguntó con insistencia.

—¿Y por qué os cuesta tanto a los tíos entender las cosas cuando decimos que no queremos veros?

Leo apareció en ese momento, con el maletín del ordenador en la mano, colocándose bien las gafas y mirándonos con curiosidad.

—Vera, ¿ocurre algo? —preguntó mirando a Ale de arriba a abajo.

—No Leo, tranquilo, vamos.

Comenzamos a caminar hacia la puerta, me alegré de ver que Rosi y Sofía ya habían entrado en el edificio y, como el día no podría mejorar, Ale tuvo que decir lo que todo el mundo podría esperar que dijese.

—¿No quieres verme porque ahora te lo estás follando a él?

Ambos nos giramos de golpe, Leo se echó a reír, a mí la ansiedad me estrujó la garganta y casi no podía respirar.

—¿Es este tío con el que quedabas para follar? —Leo no podía quedarse atrás, con una sonrisa de suficiencia paseaba su mirada entre los dos esperando el siguiente comentario.

Resoplé intentando tranquilizarme, esto tenía que ser cosa del karma, esa perra estaba esperando para hacerme pagar lo que le había hecho a Sofía. Mi yo de semanas atrás se dejaría llevar por la ansiedad, quizá lloraría, se pondría a temblar e iría a casa a compadecerme de mí misma.

La nueva yo, la que ya no utilizaba el maquillaje para esconderse de lo que no podía ser, la que aceptaba que su cabello era ondulado y no liso como una tabla, la que estaba aprendiendo a utilizar la ansiedad en su propio beneficio, no iba a quedarse callada y quieta.

—Ale, esto no es una puta competición para ver quien la tiene más grande o quién folla mejor —le interrumpí justo cuando abrió la boca para hablar—. Estoy en mi trabajo y no puedes hacerme esto.

Leo a mi lado se echó a reír.

—Y tú no eches más leña al fuego haciéndole creer lo que no es, ya bastante tiene con lo suyo —le regañé a él también.

Ale resopló haciendo que se le dilatasen las aletas de la nariz, parecía enfadado, pero tenía que aceptar que no quería volver a verle, fuese por el motivo que fuese.

—¿Qué mierda pasa con Sofía? —insistió.

Di un paso al frente para estar más cerca de él y no tener que levantar tanto la voz, paso que Leo también avanzó como si quisiese protegerme de algo.

—Lo que te pasa conmigo lo hablas conmigo, lo que te pase con ella, lo hablas con ella.

—¿No me escuchas? ¡No quiere hablar! —protestó.

—Pues eso tendrás que solucionarlo tú, porque la pata la metiste tú solito —me di la vuelta para irme.

—Joder con las tías y su puta forma de entender el mundo, no se explican, joder… no se explican… ¡con lo fácil que es hablar y lo complican todo! Jodidas exageradas… —murmuraba calle abajo mientras se iba.

Dejé salir el aire que estaba conteniendo en un suspiro y miré a Leo de reojo.

—¿De verdad te follabas a ese tío? —preguntó antes de entrar en el edificio.

—No voy a contestar a eso.

Se echó a reír y yo miré al suelo avergonzada, sobre todo por el mal rato que tenía que estar pasando Sofía.

—Puedo entender que sea atractivo, pero hay tíos más inteligentes por ahí.

—No quiero hablar del tema —entré en el ascensor y él me siguió.

—Perdón, había olvidado que te da vergüenza hablar de determinadas cosas —se mofó.

—No es vergüenza, es… es que no quiero hablar de ello.

Me puse nerviosa, él me ponía nerviosa, cuando me miraba con esa medio sonrisa y sus ojos parecían brillar el doble de lo habitual.

Llegamos al rellano donde estaba la oficina y allí todos esperaban a que Leo abriese la puerta, con tanta tontería al final habíamos llegado tarde.

No me equivocaba al pensar que Sofi no lo estaría pasando bien tampoco, estaba un poco alejada, mirando al suelo y muy seria. Se acercó en cuanto llegamos y me tiró del brazo para llamar mi atención.

—¿Le importará al jefe si me voy a casa? No me encuentro bien —susurró, aunque todos pudieron escucharla.

—No, ve tranquila, atiende las redes desde casa y yo me ocuparé del teléfono —ella me sonrió con tristeza, me dio un abrazo y se subió al ascensor para irse.

Leo, que había abierto la puerta para que todos entrasen, se había quedado en el quicio de esta y me miró con una sonrisa bailando en los labios.

—¿No se supone que es el jefe el único que puede dar los días libres? —preguntó con sorna.

—Se supone que soy ayudante de dirección y también puedo hacerlo —no esperé su respuesta y caminé hacia el interior de la oficina.

Tomarme un descanso esa mañana no era un capricho, era una necesidad, pero el destino había decidido que para qué iba a necesitar yo descansar, que eso está sobrevalorado. Para rematar el mal día me surgió un nuevo problema con la imprenta que yo debía solventar. Aunque el problema de nuevo no tenía nada, era el mismo de la otra vez pero que al decirle al encargado como queríamos las cosas, él había pasado de mi culo y de nuevo la habían cagado.

Cosas de ser mujer y rubia, que algunos *señoros* te toman por estúpida cuando en realidad son ellos los que deberían mirarse al espejo.

Faltaban diez minutos para que todos regresasen del descanso y yo estaba intentando volver a cuadrar mi calendario, que Sofía se fuese y me dejase a cargo del teléfono no me había venido nada bien, no había podido concentrarme en la corrección y el resto de la mañana tenía que pasarlo con Elías decidiendo un par de cambios en las portadas y los carteles publicitarios.

De repente un cubo de café apareció al lado de mi teclado y solo alcancé a ver la espalda de Leo adentrándose en su tierra de nadie. Las cosquillas, las putas cosquillas… que no solo seguían ahí cada vez que lo miraba o hacía algo bonito por mí, porque me sintiese bien, las cosquillas se habían intensificado y en ocasiones era como si tuviese un terremoto debajo del ombligo.

Suspiré y seguí a lo mío, ese día se estaba haciendo demasiado largo, aunque un poquito menos desde que tenía mi café.

Capítulo 22

El día de fin de año, mientras te tomas las uvas, se dice que tienes que pedir un deseo por cada una que te tragues, si te atragantas o no te da tiempo a comerlas todas, los deseos no se cumplirán. Siempre me había parecido una de las tradiciones más estúpidas que existen, ¿qué buena suerte puede traer comerte un puñado de fruta? Eso lo hacía cada día del año y no por eso el destino me tenía preparado que me tocase el gordo del Euromillones.

Habían pasado dos semanas completas del nuevo año, justo en ese momento en que cuando saludas a alguien que hace tiempo que no ves, dudas de si desear feliz año ya está atrasado o todavía es necesario. En ese punto justo me encontraba, además de decidiendo cortarme la cabeza porque la migraña que estaba teniendo no era normal.

Llevábamos unos días de trabajo bastante intensos en la editorial, al menos yo los llevaba, porque lo que son Rosi y Elías parecían estar tocándose el papo a dos manos. Sofi y yo manteníamos una relación cordial, aunque un poco distante, era consciente de que ella no estaba en un buen momento, pero debido a los conflictos que habíamos tenido, no sabía muy bien como acercarme a ella y ofrecerle ayuda.

Había optado por enviarle mensajes de apoyo de vez en cuando, la había llamado el pasado fin de semana y me la había llevado al *Toomuch* a tomar algo. Lo pasamos bien y por un momento pareció que habíamos olvidado lo sucedido y volvíamos a ser las de siempre. Pero esa sensación solo había durado unos minutos y lo entendía, tanto ella como yo teníamos que superarlo y dejar todo atrás antes de que nuestra relación de amistad volviese a estar igual.

Llegar a casa ese jueves a la hora de comer fue casi una bendición, Leo esa mañana había tenido una presentación en un centro cultural y había llegado antes que yo. Debía de estar preparándose la comida porque toda la casa olía a tomate y albahaca, seguro que estaba haciéndose un plato de pasta y madre mía… que hambre me entró de repente.

Cuando iba hacia mi habitación a quitarme los zapatos y ponerme algo más cómodo, Boris apareció correteando por el

pasillo, en cuanto llegó a donde me encontraba comenzó a frotarse contra mis piernas maullando y pidiendo mimos. Puñetero gato, que aunque por momentos parecía que me odiaba más que a nadie en el mundo, en otros hacía esas cosas y me derretía el corazón.

Mientras me quitaba el vestido y me ponía unos leggings y una sudadera, no pude evitar pensar que, pese a todo lo desastrosa que había sido la última mitad del año anterior, en ese momento justo me gustaba mi vida tal y como estaba.

Quizás la relación con mis amigos (sobre todo con una de ellos) no era todo lo buena que me gustaría, pero todo lo demás estaba perfecto. Había empezado a convivir bien conmigo misma, aprendiendo a llevar la ansiedad y aceptando que no tenía que ser la perfección que otros esperaban de mí. Queriendo a mis defectos, incluso aquellas pecas en la nariz que siempre había odiado y me esforzado durante años en ocultar, ahora sentía que formaban parte de mí, de quien yo era en realidad.

Estaba trabajando en lo que más me gustaba hacer y me sentía especialmente bien en la oficina, Leo me había dado más responsabilidades poco a poco y, pese al miedo inicial, había descubierto que se me daba bien, no la estaba cagando tanto como esperaba y, aunque no era la ayudante de dirección perfecta, Leo parecía estar contento con mi trabajo porque cada vez confiaba más en mí para hacer cosas importantes.

Y tenía un lugar donde vivir que estaba costeando yo misma, de acuerdo, era una habitación alquilada, pero la estaba pagando y con ella parte de los gastos normales de una vivienda. Había salido de casa de mis padres por segunda vez y esperaba y rezaba a todo lo rezable, que esa fuese la definitiva, que si tenía que volver a mudarme no fuese a casa de mis padres de nuevo.

—He hecho comida para los dos —dijo Leo cuando entré en la cocina para saludarle.

Me quedé un poco confusa en un primer momento, nunca habíamos hecho eso, pero de un tiempo a esa parte, Leo se había ocupado de traerme cosas y estaba pendiente de que no me saltase ninguna comida.

—¿No confías en que pueda alimentarme por mí misma? —pregunté frunciendo el ceño.

Leo me miró por encima del hombro sin darse la vuelta del todo, estaba removiendo la salsa de la pasta en una cacerola y el olor a nuestro alrededor era delicioso. No llevaba las gafas, un mechón de cabello le caía sobre la frente y tenía una mancha de tomate en una mejilla. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no levantar

la mano y limpiársela.

—Tardo la misma cantidad de tiempo en hacer para uno que para los dos —dijo con una sonrisa.

Por mi mente pasaron los kebabs que me traía de vez en cuando y los cafés cuando me quedaba a trabajar hasta tarde, pero me avergonzaba hablar de ello y no dije nada.

—Pondré la mesa en la sala —anuncié a media voz.

Llevé los platos y cubiertos a la otra habitación, al regresar a la cocina, Leo estaba vertiendo la pasta en una ensaladera para poder servirla mejor.

—He hecho la salsa de tomate de mi abuela —dijo orgulloso mientras me enseñaba un montón de espaguetis empapados en tomate.

—¿Era italiana?

—No, pero le gustaba ir a Palermo en primavera, decía que se le perdía la mirada en la línea del horizonte.

—Que poético —cogí un puñado de servilletas de papel, conocía mi torpeza con la pasta y el tomate y estaba segura de que las necesitaría.

—Mi abuela era muy melodramática y peliculera —dijo saliendo de la cocina y yo le seguí—. Tenía el don de la palabra y sabía cómo utilizarlo, siempre conseguía lo que quería de cualquiera, por muy duro de carácter que presumiese ser.

—¿Echas mucho de menos a tu familia? —no sabía muy bien si lo preguntaba o lo afirmaba, porque era evidente en la expresión de su rostro y el tono de sus palabras que quería mucho a los suyos.

—Sí y no —se sentó en el sofá y acercó la mesa centro tirando de ella, haciendo que nos quedase más cerca para comer con más comodidad—, me gustaría verlos más a menudo, pero tampoco en exceso, mi familia es muy absorbente y enseguida me canso de ellos.

—Mi madre sí que es absorbente —me quejé sentándome en el sofá a su lado—, encima está medio loca.

—Las madres no están locas, solo son madres —me contradijo.

—No no, eso es porque no conoces a mi madre, está loca de verdad —no quise ahondar mucho más en el tema, porque si empezaba contar cosas seguro que pensaba que me había maltratado de pequeña, cuando no había nada más lejos de eso.

—Algún día tendrás que presentármela, entonces te diré si está loca o no.

Lo miré fijamente, porque había entendido sus palabras, pero lo que no entendía era que quisiese conocer a mi madre, ¿qué motivos

podría tener para ello? ¿Cuándo habíamos llegado a ese punto en nuestra convivencia, como para conocer a la familia del otro?

Al tenerle tan cerca de mí, no pude evitar clavar mis ojos en los suyos, tan oscuros y enigmáticos, cada vez que los miraba me perdía en ellos, caía y caía sin encontrar el fondo. Al darse cuenta de que lo miraba y no decía nada, empezó a removerse incómodo y desvió la mirada a la comida.

—¿Te sirvo un plato? —preguntó en un susurro.

Asentí como si no estuviese allí y en realidad no lo estaba, me sentí extraña en mi propio cuerpo por primera vez en mucho tiempo. Me faltaba algo, necesitaba algo y no sabía de qué se trataba. Le di mil vueltas mientras saboreaba los espaguetis más deliciosos que había probado en mi vida, aunque si los comparaba con mi intento de cocinar cualquier cosa estaría buena, nada podría salirme peor que mi ladrillo de macarrones porque había olvidado remover la pasta mientras se cocía.

Una vez hube acabado de comer seguí en silencio, no sabía muy bien que decir, pero tampoco estaba incómoda. Leo había cogido uno de los pocos manuscritos en papel que estaban llegando a la editorial y lo ojeaba con curiosidad, mientras yo fingía mirar algo en el móvil y no dejaba de intentar descubrir que me estaba pasando y por qué. Dentro me estaba cambiando algo, estaba empezando a entenderme y sabía que mi cuerpo quería que fuese consciente de algún cambio que estaba sucediendo en mí, pero no lograba descifrarlo. Lo único que tenía claro es que solía sentirme así cuando más cerca estaba de Leo, cuando interactuábamos fuera del trabajo y sobre todo en la casa que compartíamos.

Suspiré sin ser consciente de ello, pero ese suspiro llamó la atención de Leo que me miró por encima del cristal de las gafas con curiosidad.

—¿Te aburres?

Quise contestar a su pregunta con una negativa, se suponía que tenía un poco de trabajo atrasado que podía quitarme de encima, pero no estaba en horario laboral y no me apetecía ni un poquito.

—La verdad es que sí —admití sin atreverme a mirarle directamente.

—¿Qué sueles hacer para divertirte? —dejó el manuscrito a un lado y me dedicó toda su atención—. Pero algo que no tenga que ver con el trabajo ni con la lectura.

Resoplé mientras lo pensaba y me hice un moño despeinado para quitarme el pelo de la cara.

—Voy al cine, a pasear por el parque, al *Toomuch* con las chicas

a tomar un café…

—¿Qué es el *Toomuch*?

—¿Nunca te he hablado de él? —pregunté sorprendida y mirándole a los ojos de nuevo, él negó con la cabeza—. Es una cafetería donde me tomo los mejores capuchinos del mundo, además es pastelería y tienen una tarta de queso que está de muerte.

—¿Me llevas?

Entrecerré los ojos y volví a sorprenderme.

—¿Ahora?

—¿Es un mal momento para ir, está cerrado? —preguntó confuso.

—No no, es solo que… necesito cambiarme de ropa —miré los leggings con la sudadera que llevaba y arrugué el morro.

—Es solo una cafetería, ¿no? Así vas bien, cálzate unas deportivas y ya.

Lo miré indecisa durante un par de segundos, me levanté del sofá y fui hasta mi habitación para calzarme, pero una vez que tuve las deportivas en la mano me lo pensé mejor y me cambié los leggings por unos tejanos ajustados. Que una cosa era ir cómoda y otra muy distinta salir a la calle con ropa de deporte, sobre todo cuando no había pisado el gimnasio en meses.

Leo me esperaba en la puerta principal y me miró de arriba a abajo cuando llegué a su lado, rio bajito, como si me estuviese dando por imposible y salimos de casa.

—Podemos ir andando —le dije mientras bajábamos en el ascensor—, está relativamente cerca.

—¿Cómo de cerca? —preguntó alzando las cejas por encima del borde de las gafas.

Quise reír, no sé por qué, pero su comentario me resultó muy gracioso. Logré contenerme y solo sonreí.

—A unos cinco minutos.

Salir a la calle en enero era casi un suicidio, por suerte ese día no llovía, pero hacía mucho frío y en poco más de una hora empezaría a oscurecer. Las calles de esa zona de la ciudad estaban prácticamente desiertas de peatones, aunque por la calzaba circulaban muchos coches.

Caminar al lado de Leo era extraño, porque nunca antes lo había hecho, pero a la vez lo sentía reconfortante. Mientras íbamos hacia nuestro destino, me iba contando como era vivir en ese barrio, donde compraba el mejor pan, donde servían el mejor café y donde me compraba los kebabs que me llevaba de vez en cuando.

Los cinco minutos se me hicieron muy cortos cuando al doblar la esquina las ventanas iluminadas del *Toomuch* quedaron a la vista, Leo se quedó en silencio cuando sujeté el pomo de la puerta y, al abrirla, el aroma a pasteles y café y la inconfundible voz de Freddy nos recibió. Ese día sonaba "*Sombody to love*", nunca había podido entender como una canción tan triste me hacía sentir tan bien al escucharla, supongo que será su voz la que me reconforta y me hace sentir en casa.

Al entrar en la cafetería pude ver a Frank tras el mostrador, que hablaba con Andrés, el dueño de la cafetería. Ambos nos dieron un vistazo rápido y Frank frunció el ceño al verme acompañada. Lo ignoré y me acerqué a la barra para pedir.

—Hola —saludé con un poco de timidez—, me pones un capuchino y… —miré a Leo.

—Un café con leche doble —dijo él.

Sentarme en la mesa en la que siempre me sentaba con las chicas me resultaba un poco raro, así que lo hice en la anterior a esta, también al lado de la ventana, pero no pegada a la pared.

—Es un sitio muy acogedor —alabó Leo mirando a su alrededor—, la decoración te hace sentir a gusto.

Sonreí porque esa era justo la sensación que yo tenía cada vez que entraba allí, estar en casa, protegida y a salvo, tal y como me sentía desde que vivíamos juntos en su casa.

Frank no tardó en aparecer a nuestro lado trayendo lo que le habíamos pedido y salvándome de tener que hablar, porque me sentía un poco rara mezclando mis dos mundos: el trabajo y los amigos, Leo con el *Toomuch*… a mi ansiedad le estaba encantando el plan.

—Un capuchino por aquí —Frank dejó la taza de cristal transparente frente a mí— y un café doble por aquí —dejó la taza blanca de porcelana frente a Leo.

Después se quedó de pie justo a mi lado, con un paño en la mano y mirándome con una sonrisa. Quería mucho a Frank, de verdad que sí, pero no me gustaba cuando me ponía contra las cuerdas y me obligaba a hacer algo que yo no quería hacer.

Resoplé, me froté la frente y me recoloqué el flequillo, por un momento eché de menos tener el pelo suelto y liso, así podría esconder mi incomodidad tras él ocultándome un poco la cara. Pero tomé aire profundamente y me recordé que mi ansiedad no iba a poder conmigo, que yo era perfecta tal y como era en realidad y que, aunque no llevase base de maquillaje, el delineador negro en los ojos me afilaba la mirada y parecía una gata. Una gata rabiosa

que sabía defenderse y también a la que le gustaba jugar y divertirse.

—¿Quieres cobrar ya o es que esperas que te de un sorbo de café? —lo miré con inocencia y forcé una sonrisa.

Frank correspondió mi sonrisa con una mucho más grande, sus ojos brillaron con diversión y dio un paso atrás para marcharse.

—Vera, Verita, Vera… —canturreaba mientras volvía tras la barra.

—¿También has follado con él?

Casi me atraganto con la galleta que venía con el café y que estaba mordisqueando con un poco de timidez, pero Leo removía su taza con tranquilidad y prácticamente no levantó la mirada mientras hablaba.

—¿Qué pregunta es esa? ¿A caso esperas que me folle a todos los tíos que conozco? —protesté.

—A todos no te los has follado, hablo con conocimiento de causa —me guiñó un ojo y mis mejillas enrojecieron de golpe.

No porque no lo haya imaginado ya…

Pero deseché ese pensamiento, no era el momento, no era la persona adecuada.

En definitiva: pensar eso no estaba bien.

Carraspeé para eliminar la incomodidad y, olvidando por completo con quien estaba, procedí como lo hacía siempre a hundir mi dedo índice en la nata hasta que me manché el nudillo, después me lo llevé a la boca y lo saboreé disfrutando como una niña pequeña. No fui consciente de lo que estaba haciendo hasta que las risas ahogadas de Frank me distrajeron y al mirar a Leo, comprobé que él observaba mis labios fijamente.

Me hice la despistada, no le di importancia, me limpié con una servilleta y con la cuchara comencé a comer la nata que tenía el capuchino encima.

—Es un sitio agradable —comentó Leo tras unos minutos de silencio—, entiendo que te guste estar aquí. Es como muy… como muy tú.

—¿Cómo yo? —pregunté confusa.

Leo le dio un largo sorbo al café, dudé de si lo hacía para reordenar sus ideas antes de hablar o para ponerme nerviosa. Quizá fuesen ambas o ninguna, quién sabe.

—Sí, desde la calle puede parecer una cafetería normal, como tú, que si alguien no te conoce puedes pasar desapercibida entre los demás —se detuvo un par de segundos antes de volver a hablar—. Pero cuando entras aquí ves que no es normal, que huele a pasteles

y café, suena Queen todo el rato y al camarero parece que le falta un agua.

Me eché a reír y miré a Frank, que en ese momento estaba hablando con Andrés de nuevo.

—¿Estás diciendo que soy rara? —pregunté frunciendo el ceño, eso era lo que siempre he intentado evitar, que me viesen diferente, solo quería ser una más, no sobresalir entre nadie para no llamar demasiado la atención.

—No es lo que quería decir, pero ser raro no es algo malo, en el fondo todos lo somos un poco —acabó su café y empujó su taza al centro de la mesa con el dedo—. Digo que es como tú porque, aunque se esfuerza en parecer una cafetería normal, no lo es, hay muchas cosas que la hacen ser especial y que te animan a volver otra vez. Tú pareces normal, una más entre el bullicio, pero basta con conocerte un poco para descubrir que no es así, eres alguien a quien merece la pena conocer.

Ante eso no supe que decir, me sentí un poco incómoda, los cumplidos nunca me habían gustado, pero en el fondo era agradable saber que tenía ese concepto sobre mí. Contra todo pronóstico, me gustaba no ser una más a ojos de Leo.

—Gracias, supongo…

Él se echó a reír y se disculpó para ir al baño, momento que aproveché para acercarme a la barra a pagar los cafés, porque estaba casi segura de que él querría hacerlo, pero había invitado yo y era una manera de devolverle el favor por los Kebabs que me traía a veces.

—Franki, ¿me cobras?

—Tres con setenta de los cafés y dos más por llamarme así —entrecerró los ojos y yo me eché a reír, que se jodiese por llamarme siempre princesa.

Dejé el dinero sobre la mesa y miré hacia la puerta del baño esperando que Leo tardase un poco en regresar y no me pillase pagando, no lo conocía lo suficiente, pero estaba segura de que no le parecería bien que lo hiciese yo.

—¿Pero ese tío no es…? —Frank me devolvió el cambio.

—Es mi compañero de piso —le interrumpí antes de que dijese cualquier tontería, no quería arriesgarme a que Leo lo escuchase y se enfadase.

—Pero es tu jefe.

—Es mi compañero de piso —protesté.

—Pero también es tu jefe.

—En este momento me ha acompañado en calidad de

compañero de piso.

Frank entrecerró los ojos y apoyó los codos en la barra, quedando a mi altura y más cerca de mí.

—¿Desde cuándo estáis enrollados? —preguntó en un susurro.

—¿Pero cómo has llegado a…? ¡No estamos enrollados! —exclamé en el mismo tono de voz.

—Pero él te gusta —aseguró alzando solo una ceja y sonriendo como un demente.

—No.

—Dime la verdad, no se lo diré a nadie.

—De verdad que no, te lo prometo —aseguré.

—Vera…

—Que no, deja de inventar.

—Verita… —insistió.

—Frank, déjalo ya.

—A mí no me engañas, princesa —me guiñó un ojo, se alejó y empezó a limpiar un trozo de la barra que ya estaba más que limpio.

—Como vuelvas a llamarme así te vas a comer la bayeta esa mugrienta que tienes —justo en ese momento, Leo apareció a mi espalda y pareció querer sacar el dinero para pagar—. Ya he pagado yo —puse la mano sobre su brazo para evitarlo y, al ser consciente de que le estaba tocando, me quedé paralizada y sin saber muy bien cómo reaccionar, ¿era tonta? ¿Por qué me estaba comportando como una cría cuando se trataba de él? ¿Me gustaba ser así de tonta?

Me alejé un paso para disimular mi estado y quitarle la mano de encima me costó más de lo que me gustaría admitir. Nos despedimos y salimos a la calle, donde un golpe de viento me recordó que llevar el pelo suelto abrigaba mucho el cuello. Así que me deshice el moño, sin importarme como de rizado o despeinado me quedaba el cabello, además me servía para esconder mi incomodidad, ya que no lograba volver a mi estado normal después de esa tontería de tocarle.

Leo miró a ambos lados de la calle, estaba anocheciendo, el cielo estaba rojo y salpicado de claros en los que empezaban a adivinarse las estrellas, que estaban rodeadas de esas nubes que parecen algodón de azúcar.

—¿Volvemos a casa dando un rodeo por el parque? Parece que no va a llover y no me apetece encerrarme tan pronto —Leo rompió el silencio.

Asentí sin poder encontrar la voz.

Comenzamos a caminar en silencio y me gustaría decir que fue un paseo agradable, que disfruté del frío en las mejillas, que la conversación fue amena y nos conocimos un poco mejor. Pero no fue así, aquello que mi cuerpo quería decirme volvía a estar ahí, incomodándome, provocándome un poquito de ansiedad, haciendo que sintiese también un poco de presión en el pecho.

Y Frank, Dios, como llegué a odiarlo en ese momento, porque sin saberlo había plantado la semillita, con sus palabras inocentes y quizá incluso con las que solo quería hacerme rabiar un poco, habían hecho que esa sensación se avivara, se mostrase con más fuerza y por lo tanto yo estuviese más incómoda.

Capítulo 23

¿Me gustaba Leo? No lo sabía con exactitud.

Soy consciente de que era absurdo en ese punto no saber que estaba empezando a sentir cosas, que las cosquillas habían pasado a ser algo más, que dejaron de sentirse debajo del ombligo para hacerlo en el centro del pecho y no, eso sí que no estaba bien. Pero es que no lo sabía o no quería saberlo, no quería verlo porque mi vida con él en ella, tal y como estábamos en ese momento, era perfecta, no necesitaba ningún cambio.

Me pasé varios días dándole vueltas, evaluándome a mí misma cuando estaba con él, siendo consciente de que pensaba en Leo más de lo que era necesario y de que estaba pendiente de él más de lo que debería.

Lo peor es que él parecía estar también pendiente de mí. Volvió a traerme otro Kebab cuando me vino la regla ese mes, el puto parecía que estaba contando los días y, justo ese día concreto, apareció en casa con un Kebab de pollo y un refresco haciéndome la mujer más feliz del mundo por unos minutos.

Me prestaba atención, me escuchaba, se planteaba todas mis sugerencias para la editorial, me tenía en cuenta, me sonreía incluso en la oficina… hasta en el trabajo Leo estaba diferente desde que vivíamos juntos, más abierto, menos jefe y más amigo de los que trabajábamos con él.

También me llevó el café a la oficina un par de días en los que no pude bajar en el descanso y, ver en mi mesa el vaso de la cafetería con su nombre escrito, me hacía sentir cosas de nuevo. Cosas que no quería sentir.

No debía sentir nada de eso por él.

¿El motivo? Muy sencillo: ÉL ERA MI JEFE. Y eso no sale bien, nunca sale bien. En las relaciones de cualquier índole en la que se mezcla trabajo y placer siempre sale algo mal. De hecho, ni siquiera podía entender cómo vivir juntos no estaba siendo un completo desastre.

Si eso me hubiese ocurrido unos meses atrás, todas estas dudas se las estaría lloriqueando a Sofi, sí, lloriqueando, porque la situación estaba empezando a superarme, me sobrepasaba por momentos y tenía que alejarme de él para no decir o hacer según qué cosas, porque seré tímida para casi todo, pero cuando se trata

de sentimientos soy de las personas que piensa que lo peor es guardarlos, que es más fácil hablar y poner las cartas sobre la mesa.

Pero hablar con Sofía no era una opción, ni de ese tema ni de cualquier otro, ella seguía muy metida en su mundo, muy bichobola como estuve yo un tiempo y, como conocía perfectamente esa sensación, lo último que quería era molestarla y que se enfadase conmigo, por eso me mantenía a una distancia prudente, pero haciéndole entender que estaría ahí en caso de que ella me necesitase.

Se dice que a grandes males, grandes remedios, por lo que intenté quedar con Gaby para contarle mis penas y que me diese su opinión. Ella era dulce y comprensiva, estaba segura de que después de darme un par de mimos, entre las dos encontraríamos solución al problema. Pero estaba muy ocupada con el trabajo y a los autónomos hay que respetarlos.

Lo intenté con Daniela, sabía que era una mala decisión antes siquiera de preguntarle si podía quedar para tomar un café, sobre todo porque estaba en mitad de un rodaje y tendría mil batallitas que contarme antes de prestar atención a mis problemas. Pero ella tampoco podía porque el rodaje era fuera de la ciudad y se había alojado en un hotel a tomar por culo de aquí para ahorrarse el tiempo del trayecto.

Así que solo me quedaba una opción, ya que Frank estaba descartado, estaba segura de que en cuanto le dijese lo que me estaba pasando me diría un «K» seguido de un «*no te lo pienses, fóllatelo antes de que lo haga yo*» y no estaba dispuesta a enfadarme con él por ponerme celosa.

Aunque me costó tomar esa decisión tuve que llamarla a ella, es que... uff… quería mucho a Lorena, pero su forma de ser y la mía no eran compatibles. Yo era un osito de peluche, una tortuga de peluche más bien, aparentemente fuerte por fuera, pero muy frágil por dentro y escondo la cabeza cuando la vida se me hace bola para no morirme de ansiedad. Ella en cambio es como una abeja, necesaria e imprescindible en tu vida, pero muy directa cuando es necesario y su aguijón puede hacer mucho daño.

Es el tipo de amiga con la que puedes contar para cualquier cosa, pero a la que a veces evitas porque te dice lo que tienes que escuchar, no lo que necesitas escuchar, y encima lo hace muy claro, sin paños calientes. Te suelta la verdad a la cara y se queda más ancha que alta, aunque duela, aunque te destroce de dentro a fuera, porque también puedes estar segura de que estará a tu lado para recomponerte.

Esa tarde caminar por el parque fue diferente a aquel paseo con Leo en completo silencio, sobre todo porque nos acompañaban las risas de Izan correteando frente a nosotras mientras paseaba a su chiguagua. Había salido el sol y, aunque eran finales de enero, la temperatura era un poco más agradable que las semanas anteriores. Habíamos ido a comprar un café para llevar y yo ya había acabado el mío, mientras Lore apenas había probado el suyo.

Nos sentamos en un banco en el que nos daba un poco el sol, necesitábamos un chute de vitamina D en ese invierno tan frío, así que allí nos quedamos observando como el pequeño de dos años jugaba con el perro lanzándole un palo, mientras los rayos del sol nos daban en la cara.

—¿Qué mierda pasa contigo? —fue su pregunta directa después de más de cinco minutos sentadas sin que ninguna de las dos abriese la boca.

—No pasa nada —me arrepentí de haberla llamado a ella al escuchar su tono de voz, esa conversación no iba a ser agradable.

—Vera… —pronunció mi nombre como una advertencia y tuve que mirarla a los ojos, aunque era lo último que quería hacer.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Qué mierda te pasa?

Suspiré y desvié la mirada de nuevo, comencé a repasar con el dedo mi nombre escrito en el vaso de café y echando mucho de menos que no pusiese «Leo», como en el que había tenido esa misma mañana en mis manos.

—Estoy muy jodida —susurré muy, muy bajito.

Lore resopló y se pasó una mano por el pelo, haciendo que sus tirabuzones rojos brillasen bajo el sol.

—No sé si quiero escuchar tus mierdas, mejor llama a Sofía.

—Sabes que no puedo hablar con Sofía.

—T eso es solo por tu culpa.

—Que ya lo sé, joder… —quería llorar de la frustración, pero ya sabía cómo era Lorena antes de llamar para quedar con ella—. Solo necesito contarle esto a alguien y que me dé su opinión.

—¿Y qué pasa con Gabriela?

—Está ocupada.

—¿Y Daniela? —la miré abriendo mucho los ojos—. Vale, ya no sé ni para qué he preguntado… ¿y Frank?

—¡Es culpa de él que esté ahora así! —exclamé dando un golpe al banco con el puño cerrado.

—Pues yo que sé, tía… sabes perfectamente que no soy la persona adecuada para dar consejos.

—No quiero consejos, solo saber lo que harías tú en mi situación.

—No llamarme a mí, esa sería la opción más acertada —sentenció lanzando su café casi intacto y acertando en la papelera.

—Lore… —me acerqué un poco a ella e hice que nuestras rodillas chocasen de lado—, que somos amigas desde hace mucho tiempo.

—Hacer constar nuestro título de amistad sabes que no va a hacer que ceda más fácil.

—Pero es que no tienes que ceder, solo escuchar.

Ella resopló otra vez, se cruzó de brazos y me miró de reojo.

—Que sea con pocas palabras, no tengo la cabeza para tener que asimilar muchas cosas.

—¿Qué te ocurre? —pregunté preocupada.

—Nada, tú empieza a hablar o me voy ya.

—Yo no quiero irme todavía —se quejó Izan mirando a su madre haciendo pucheros.

—No cariño, solo nos íbamos del banco, no del parque —el niño pareció convencido con la explicación de su madre y volvió su atención al perro—. Habla —me ordenó.

Llené los pulmones de aire para darme tiempo a ordenar mis ideas y después dejé salir ese aire de golpe.

—¿Te acuerdas de que cuando te conté lo de Ale, hablé también un poco de Leo? —pregunté arrugando la nariz, porque estaba segura de que, a sus ojos, estaba portándome como la reina de las zorras.

—Sí, tu compañero de piso, tu jefe, la persona que te paga y la que consigue que te pongas celosa porque sale con tías —la miré y estaba disfrutando de ello, de restregarme lo que había hecho mal.

Que la entiendo un poquito, quería recordármelo para que no volviese a meter la pata, pero es que ya la había metido, una vez más y esta mucho más estrepitosamente.

—Pues que estoy empezando a sentir cosas por él, y…

—Espero que cuando dices «*cosas*» sea porque no te atreves a decir «*asco*» —me interrumpió y yo la miré mal.

—¿Vas a escucharme o juzgarme todo el rato? —pregunté a la defensiva.

—Puedo hacer las dos cosas a la vez.

Resoplé y me froté la cara.

—¿Por qué ahora no te maquillas? Tampoco te alisas el pelo y vistes más cómoda… Joder Vera… ¿qué mierda te pasa?

—Es lo que intento explicarte… —no iba a llorar, no no no, pero me costaba un mundo aguantar, porque hablar con Lorena me frustraba mucho.

—Pues deja de darle mil vueltas y habla de una puta vez —me instó.

—Puta, puta, puta… —murmuraba Izan por lo bajo mientras jugaba con el perro.

Ambas sonreímos, pero lo ignoramos. Por suerte eso sirvió para relajar un poco el ambiente.

—Desde que pasó lo de Diego mi vida ha sido un caos —empecé a explicar de nuevo.

—Eso no hace falta que lo jures…

—He vuelto a tener ansiedad y mi psicólogo ha estado a punto de medicarme —continué ignorando lo que había dicho—. Han pasado cosas, lo de Ale y Sofi no ha ayudado, pero salir de casa de mis padres y verme capaz de seguir adelante sin Diego sí que me está ayudando a ver todo de otro modo.

—¿Y qué tiene que ver eso con el *asco* que te da tu jefe?

Sonreí porque ella era así, era así y tenía que quererla.

—Leo está siempre ahí cuando tengo un mal día, se preocupa por mí y no puedo dejar de pensar en él.

—Pero es tu jefe.

—Lo sé, es lo que más miedo me da de todo lo que está pasando —casi lloré de nuevo, pero me contuve—. Sabes como soy, al final tendré que hablar con él y contarle lo que me pasa.

—Es tu jefe.

—Qué ya lo sé, pero lo que siento…

—Es tu jefe —volvió a repetir como un disco rayado.

—Es posible que él sienta algo por mí, no sé… quizá me estoy volviendo loca —Lore se quedó en silencio, como dándome la razón, y yo continué hablando—. Me ha dado más responsabilidades en el trabajo, se preocupa de darme comida y me lleva cafés cuando estoy muy ocupada. Me está obligando a ser yo misma.

—No no, lo que hace es camelarte para que trabajes más horas por el mismo precio y te está diciendo lo que tienes que hacer como si fuese tu padre —bufó—, típico de los tíos que se creen que pueden hacer lo que quieran con nosotras.

—No es eso, Leo me ha dado las herramientas para salir adelante. Me alquiló una habitación, me dio más responsabilidades en el trabajo, me empuja a hacer cosas que me dan miedo pero que después veo que soy capaz de hacer.

—Eso es paternalismo —me contradijo.

—No, es que ve que no hago la mayoría de las cosas porque me da miedo cagarla, es empujarme porque confía en mí y quiere que sepa ver que soy capaz.

—Y… digo yo, no será que esas cosas que dices sentir, ¿es solo agradecimiento?

La miré dudando un poco, lo había pensado también, pero no se trataba solo de simple agradecimiento… estaba completamente segura.

—No.

—¿Cómo estás tan segura?

Sonreí como una idiota y volví a mirar el vaso vacío que todavía tenía en la mano.

—Me lleva un café cuando trabajo hasta tarde, me compra un Kebab cuando tengo la regla. Sonríe y es como si saliese el sol, aunque no es guapo me parece que está buenísimo y cuando me mira es como si se parase el tiempo.

—Creo que me acaba de subir la diabetes —dijo entre risas.

—Idiota —ambas estallamos en carcajadas.

—No has dicho lo más importante —la miré esperando que continuase hablando—, ¿Te pone, te apetece follar con él?

—A veces siento cosquillitas.

—No no, cosquillitas no, hablo de fuego, de que el chirri se te hace agua, que te pique la piel y no puedas pensar en otra cosa que en su po...

—Eso es lo que yo llamo cosquillitas —la interrumpí recordando que Izan todavía seguía allí.

—Necesito insulina —volvimos a reír—. ¿Esas cosquillas son diferentes a las que te hacía sentir Diego?

Suspiré.

—Con Diego era cariño, pero quizás debido a la costumbre, la confianza y las rutinas…

—Las cosquillas, Vera, las cosquillas. A querer se aprende con el tiempo, pero las ganas tienen que estar desde el primer día.

No tuve que pensarlo demasiado, lo tenía muy claro.

—Con Diego nunca me he sentido así.

—Pues ya está —Lorena me quitó el vaso y lo lanzó también a la papelera—. Lánzate y fóllatelo.

—Eso es lo que me diría Frank —quise sonreír, aunque no lo conseguí—, pero es que es mi jefe.

—Hay más trabajos, pero puede que no encuentres a otro que te haga sentir esas cosquillas —negué con la cabeza—. Es mejor

arrepentirse de algo que has hecho y salió mal, que arrepentirse de algo que no has hecho y que nunca tendrás la oportunidad de volver a hacer.

—Ella filósofa —me burlé, pero Lore desvió la mirada y se quedó en silencio—. Incluso ha conseguido que me enamore de su gato —reí.

—¿Tiene gato? —me miró sorprendida.

—Sí, uno peludo y fofo, se llama Boris y tiene muy mala leche, pero a veces es un peluchito.

—Pues ya no me parecen tan bien esas cosquillitas tuyas —chascó la lengua—, no puedes confiar en alguien a quien le gustan los gatos.

—Sé que puedo confiar en Leo —nunca había estado tan segura de algo.

—¿Y cómo ha sido eso de cambiar lo del maquillaje y la ropa? —cambió de tema drásticamente.

Resoplé y me froté la frente.

—Todavía estoy aprendiendo… es difícil, hay días que me cuesta más que otros —miré mis pies porque, aunque me sentía orgullosa por estar superándolo, me costaba admitirlo en voz alta—. Es que esa no era yo de verdad… me escondía para poder cumplir las expectativas de los demás.

—Nosotras sabíamos que eres remilgada y no es que te queramos por ello, lo hacemos a pesar de ello —bromeó con una sonrisa triste.

—La verdad es que no sé de quién eran las expectativas, mías, de mis padres, de la sociedad en general… solo sé que me estaba ahogando en ellas. Mi problema de ansiedad viene de la auto exigencia y de darle mil vueltas a todo.

—Llevamos años diciéndote eso, me alegro de que lo hayas descubierto tú sola, aunque hayas tenido que darte de bruces con la verdad para ello.

Que gran verdad y como dolía escucharlo de sus labios.

—No podía seguir así, siempre perfecta, impecable y feliz… todo a la vez es incompatible —algo que estaba empezando a aceptar, aunque unos días me costaba más que otros.

—Eres una campeona, princesa, hay que ser muy valiente para romper con lo que pareces y ser tú misma —su tono de voz, triste y melancólico me hizo mirarla de nuevo—. El próximo paso es hablar con el tío ese que te da tantas cosquillas, tienes que intentarlo para no quedarte con los «y si…» clavados en el pecho.

—Cariño, ¿estás bien, puedo ayudarte en algo? —pregunté

preocupada, porque su cambio de actitud había sido muy brusco.

—No —su mirada triste no acompañó a su sonrisa—, ser valiente no es lo mío.

Quise ayudarla, pero Lorena es mucha Lorena, se cerró en banda y no fui capaz de saber lo que le ocurría, sabía cómo era y solo tenía que darle espacio para que quisiese hablar por ella misma, me prometí que estaría pendiente para que no me volviese a suceder eso de meter la cabeza en el culo y olvidarme de todos lo que me rodeaban.

Por otro lado, hablar con ella sobre Leo me había hecho entender muchas cosas, cosas de las que no era consciente hasta que las ordené en mi cabeza y las dije en voz alta.

Ahora tocaba ser valiente.

Capítulo 24

La valentía es eso que tienes a los cuatro años, cuando te subes al tobogán de los mayores y sientes un poquito de vértigo antes de lanzarte, por primera vez. También es lo que te hierve en la sangre cuando ves que alguien quiere hacerle daño a tus amigas y solo piensas en pisarles el cuello. Es eso cuando a los diecisiete miras un test de embarazo sentada en el baño con tu mejor amiga y las dos rezáis en todos los idiomas para que dé negativo. Es cuando te atreves a caminar por una calle oscura después de que haya anochecido, o a pasar al lado de un grupo de chicos con la barbilla alta esperando que no te digan nada. Valentía es determinación, es saber lo que quieres e ir a por ello, es luchar contra todo y contra todos por lo que quieres y lo que te hace feliz.

Valentía es muchas cosas, pero no es un adjetivo que me defina.

Después de hablar con Lorena y admitir por fin que lo que sentía por Leo no eran solo cosquillitas, que no me lo estaba imaginando y que «quizá» él podía sentir algo por mí, el siguiente paso era evidente: hablar con él.

Todo muy bonito y perfecto, es fácil darse un golpe de pecho y decir «*yo voy con la verdad por delante, los sentimientos mejor hablarlos*», pero teniendo a Leo frente a mí las cosas cambiaban y lo hacían mucho.

No solo me estaba jugando hacer el ridículo más grande si él renegaba de mí, también me arriesgaba a tener que buscar otra casa y otro trabajo. El miedo era real y la valentía no se encontraba.

La primera vez que intenté hablar con él fue en el piso que compartíamos, ambos estábamos cenando y viendo alguna de estas películas malas que hay en Netflix, yo me envalentoné y abrí la boca para decirle lo que me estaba pasando con él, pero en el último segundo no pude hacerlo, la ansiedad me estrujó la garganta y no pude ni hablar.

La segunda fue en la oficina, un día que nos quedamos hasta un poco más tarde y ya todos se habían ido, pero una llamada de teléfono nos interrumpió y después ya sentí que estaba fuera de lugar.

Dicen que a la tercera va la vencida, pues no. Tampoco pude hacerlo la tercera vez, en esa ocasión estábamos en el ascensor, bajando a la calle porque habíamos decidido cenar fuera y, de

nuevo, el teléfono sonando volvió a interrumpirme.

¿La cuarta sería la definitiva? Tampoco. Ni la quinta, ni la séptima, ni la octava… en realidad ya había perdido la cuenta de los intentos y simplemente me dejaba llevar, no quería forzarlo, ya llegaría mi momento.

Pero habían ido pasando los días, una semana, ya dos, y continuaba en el mismo punto, sintiendo cosquillitas cada vez que me miraba y lo que no eran cosquillitas también, dejando pasar el tiempo por no encontrar el momento, por esperar a que fuese perfecto. Por miedo en realidad.

Ya era febrero, se había empezado a notar porque los días eran un poquito más largos, quizá solo media hora, pero ya era muy evidente. Estábamos en la oficina, preparando una presentación que tendría lugar en dos días y que era importante, se trataba de una autora ya consagrada a la que habíamos podido fichar y era imprescindible que saliese todo bien.

Era uno de esos días en los que la luz es especial, como más cálida y agradable. La oficina estaba vacía y yo estaba en mi mesa repasando la lista de invitados al evento, ya que era importante habíamos enviado pases de prensa y a blogueros importantes de la zona. Todo estaba en silencio a excepción del golpeteo de las teclas tras el biombo, Leo estaba aporreando el teclado escondido en su tierra de nadie. Habíamos comido ahí, nos pedimos algo al burguer de la esquina y nos lo habían traído solo un par de horas antes.

Me sentía agotada, no solo físicamente, que también, pero el peor cansancio era el mental. Esa sensación cuando tienes una lista interminable de cosas por hacer y que parece que por cada una que tachas tienes que añadir tres más.

Me recosté en el respaldo de la silla y suspiré, me aflojé el moño que me había hecho para estar más cómoda y cerré los ojos un par de minutos para descansar la vista. Qué duro era ser mayor, tener responsabilidades y un trabajo… daría un riñón por volver a tener cinco años y que mi mayor problema fuese pensar con que zapatos podría correr más rápido en el parque.

—¿Estás muy cansada? —la pregunta de Leo me cogió por sorpresa y di un respingo en la silla, no fui consciente de que ya no se escuchaban los golpes de las teclas.

—Me estás dando mucha caña en el trabajo —me quejé en broma.

—Apaga el ordenador, vamos a dejarlo por hoy.

Su recomendación me sonó a música celestial, no tardé en guardar y cerrar los documentos que tenía abiertos, así como

apagar el aparato y empezar a recoger mis cosas. Dos minutos después estábamos bajando en el ascensor y, como ya venía siendo costumbre, por mi mente pasó la posibilidad de hablar con él y contárselo todo por fin.

—Leo, ¿podríamos ir a…? —el teléfono sonó—. Me cago en… —resoplé frustrada y él me regaló una sonrisa que fue directa al cajón de recuerdos de sus mejores sonrisas, aunque ya tenía demasiadas guardadas allí.

Salimos a la calle en dirección al parking, Leo caminaba detrás de mí mientras hablaba por el móvil todavía y yo no dejaba de repetir en voz baja palabrotas e insultos que no tenía muy claro a quien iban dirigidos, pero me desahogaba a mi manera.

Desbloqueé las puertas de mi coche, abrí la trasera para dejar allí el bolso que tiré de mala manera y, justo cuando abría la del conductor para entrar e irme un poco a la mierda, la mano de Leo la cerró de un empujón y se quedó allí apoyado impidiendo que volviese a abrirla.

Tardó dos minutos de reloj en cortar la llamada, dos minutos en los que me enfadé un poco porque no tenía ni idea de que estaba pasando por su mente para no dejar que me fuese a casa gritando insultos en el coche para que me desahogase un poco más.

—¿Podríamos…? —me dijo una vez que hubo colgado.

Fruncí el ceño, me giré noventa grados quedando frente a frente con él y lo miré confundida.

—Lo que me estabas diciendo en el ascensor, que podríamos… ¿qué? —agregó.

—¡Ah, eso! —pues que ya se había pasado el momento, bajé la mirada y me desinflé—, no era importante, ya da igual.

Volví a intentar abrir la puerta, pero su mano continuaba impidiéndolo.

—¿Podrías dejar que me vaya? —pedí en un murmullo sin atreverme a levantar la mirada.

—Vera, ¿qué ibas a decir en el ascensor? —insistió.

El corazón se me puso en la garganta, di un paso atrás para alejarme de él porque la poca distancia que nos separaba me estaba ahogando, pero el coche a mi espalda me limitó a alejarme apenas unos centímetros. Tragué en seco y carraspeé para aflojar el nudo de mi tráquea.

—No era importante.

—¿De verdad que no era importante? —su tono de voz se volvió más bajo y las cosquillitas regresaron, el chirri se me hizo agua, tal y como decía Lorena.

—No… no era importante —balbuceé.

Leo dio un paso atrás, pareció liberar el oxígeno que nos rodeaba y disimuladamente tomé una bocanada del aire que había empezado a faltarme. Sin decir nada más, me metí en el coche y me fui de allí.

Conduje a casa en modo automático, si me preguntasen por donde había ido no podría decir nada coherente, tan solo podía pensar en Leo cerca de mí, con su olor envolviéndonos, con mi corazón latiendo a toda velocidad.

En ese estado no podía volver a meterme en un lugar cerrado con él, no porque no pudiese contenerme, más bien porque me volvería loca al no ser capaz de hablar con él. Así que salí a pasear un poco por el barrio y llegué al parque en el que había estado con Lorena solo un par de semanas atrás.

Busqué en mi bolso los auriculares, me puse algo de música y empecé a pasear para relajarme, para tomar la decisión de hablar con él esa misma tarde, o a la noche si no le veía antes, pero no podía pasar de ese día. No podía continuar viviendo con la incertidumbre de si él sentía lo mismo, de si yo estaba esperando por un imposible, no podría soportar seguir sintiendo esas cosquillitas y no ponerle remedio.

Me senté en un banco, cerré los ojos y me dejé llevar por la melodía de una canción, eran aleatorias en mi lista de música, así que tras esa la siguió una de Queen, la voz de Freddy y «Somebody to love» me trasportaron al «*Toomuch*», a ese café compartido con Leo, a ese paseo en silencio por ese mismo parque… y por primera vez me sentí triste al escuchar esa canción, porque era una cobarde y no era capaz de encontrar la valentía para hablar con Leo y…

¡No podía soportarlo más!

Me puse en pie de golpe y volví casi a la carrera a casa, por suerte llevaba unas deportivas y el camino no fue accidentado. Cuando entré en el edificio el ascensor estaba en el último piso, así que en lugar de esperar empecé a subir los escalones hasta el tercero. Y porque tengo las piernas cortas, si no los subiría de dos en dos para llegar antes.

Me temblaban las manos cuando metí la llave en la cerradura y, al girarla, el llavero con ese pedacito de universo que Leo me había dado brilló con la luz del rellano. Me lo tomé como una señal, como un signo de buena suerte y de que todo saldría bien.

Entré en casa, escuché los maullidos de Boris en la cocina y, sin perder más tiempo, me quité el abrigo y las zapatillas, dejé el bolso en el sofá y fui hasta donde escuchaba al gato.

Me asomé a la puerta de la cocina resollando, el moño se me había desecho y seguro que tenía las mejillas coloradas por el frío de la calle y la carrera hasta casa, pero no me importó, porque llegué en el momento justo para ver una de esas sonrisas de luz que Leo disparaba y que te daban en el centro del pecho arreglando cualquier día malo.

Su rostro cambió de expresión al verme llegar en ese estado, me miró de arriba abajo, como si estuviese buscando una herida o algún problema.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

—Sí que es… es importante —jadeé casi sin aire, subir las escaleras por poco acaba conmigo.

—¿El qué? ¿Qué ocurre?

Boris comenzó a frotarse con mi calcetín y yo sonreí, porque me sentía en casa, me sentía protegida y feliz porque ese era mi pequeño universo, el que él me había ayudado a encontrar.

—Es importante —cogí aire—, lo que iba a decirte es importante.

—¿Ocurre algo malo? —negué con la cabeza y él pareció relajarse.

—Verás… yo… esto… —¿cómo podía decírselo? No sabía ni cómo empezar.

Me acerqué a él despacio, descalza me sacaba una cabeza de altura, me sentí diminuta frente a él una vez más y las cosquillas… las cosquillas comenzaron a recorrer todo mi cuerpo, viajaban a la velocidad de la sangre y no me dejaban pensar, solo quería tenerle cerca, muy muy cerca, tan solo…

Estiré una mano y le acaricié una mejilla, justo en el hoyuelo, la barba comenzaba a crecerle y el vello incipiente me rozó la yema de los dedos, la sensación fue indescriptible, aumentó la velocidad de las cosquillas y el latido de mi corazón.

Deslicé los dedos de su mejilla a su nuca, jugueteé con las puntas de su pelo un par de segundos y después apoyé las yemas en su piel, sintiéndola cálida y suave contra ellas. Hice presión y tiré un poco de él hacia mí, la valentía, esa que me había faltado durante tantos días, hizo acto de presencia y me atreví a mirarle a los ojos.

Y eran fuego… nuestras miradas se unieron un segundo, lo suficiente para que él entendiese lo que quería y sus ojos se volvieron a mis labios, me los humedecí invitándole, hablando sin palabras, empujando más mi mano en su nuca para que se acercase más, mucho más.

Su respiración se aceleró, podía sentir los latidos de su corazón en la vena de su cuello y latía a tanta velocidad como el mío. Estaba sucediendo, por fin era valiente y eso estaba sucediendo. Me puse de puntillas, acerqué mi rostro hacia el suyo y cerré los ojos.

Cuando por fin nos besamos el mundo pareció explotar a nuestro alrededor, gemí en su boca mientras él mordía mis labios, su lengua se abrió paso entre ellos, sus manos me sujetaron de la cintura y me acercaron tanto a él que no había ni un solo átomo de aire entre nosotros.

Me empujó hacia atrás y sentí la superficie lisa y fría de la pared a mi espalda, me alejé de él un poco para tomar aire y exhaló contra mis labios, el golpe de su aliento hizo que un escalofrío me recorriese la espalda, pero un escalofrío de los buenos, de esos de anticipación e impaciencia a lo que se venía.

—Joder, Vera… por fin —exhaló contra mis labios y el sentimiento era mutuo.

Por fin…

Epílogo

Las cosas suceden cuando tienen que suceder, porque así es cuando son perfectas. Si se le da el tiempo adecuado, si sabes reconocer la oportunidad o las señales, la valentía aflora y todo cae por su propio peso.

Es como debería ser.

Domingo, once de la mañana, el ronroneo de Boris dormitando sobre un cojín que había en el suelo era relajante, me invitaba a seguir en la cama y me daba sueño de nuevo. Era un domingo de dormir hasta tarde, de dejar la cortina medio abierta para que la luz del sol haga un dibujo caprichoso en el suelo. Un domingo perezoso de sábanas revueltas y de no hacer nada, solo vivir, dejar que el tiempo pase y sentir…

Sentir su aliento en mi nuca, el roce de su barba en la piel desnuda de mi espalda, las cosquillas de su cabello cuando me besaba en el hombro, la caricia de su mano apoyada en mi cintura, el ligero entumecimiento en mis caderas porque esa noche había hecho demasiado ejercicio. Y sus manos sobre mi piel, su olor en mis sábanas, su sabor en mis labios…

Nuestro pequeño universo estaba adornado con cortinas blancas, con música de ronroneos, con sábanas suaves y besos húmedos en el hueco del cuello.

—¿Cómo se puede parar el tiempo? —pregunté en un murmullo.

Su respiración me golpeo con suavidad en el hombro y después sentí sus labios en ese mismo lugar.

—Todavía no he encontrado el botón, no viene en el manual que me tocó a mí.

Sonreí, no había sido gracioso, pero escuchar su voz en un susurro me gustaba, era como una caricia para los oídos. Me giré despacio para no darle la espalda y mirar sus ojos fue como caer al vacío y flotar, ¿cómo podía sentir tanto con tan poco?

—¿Qué haremos mañana? —pregunté recordando por un segundo el mundo real.

Leo suspiró por la nariz y apoyó la cabeza en el espacio libre entre mis pechos.

—Lo de todos los lunes, ir a la oficina, trabajar…

—Sabes lo que quiero decir —no pude evitar meter mis manos entre su pelo, deslizándolo entre los dedos y sintiendo su suavidad.

—Pues en la oficina será como siempre —giró un poco la cabeza para mirarme y sonreí—, yo seré el jefe y tu mi ayudante, te lo prometo.

—No quiero promesas vacías —dibujé con los dedos el arco de su ceja mientras le hablaba—, me las han hecho muchas veces, solo quiero hechos y realidades.

—No voy a prometerte la luna, el sol, ni nada de eso —murmuró sujetando mi mano y llevándola hasta sus labios—. Tampoco que todo vaya a ser perfecto, solo puedo prometerte un kebab de vez en cuando —ambos reímos.

—¿Y qué va a suceder al volver a casa de ese trabajo en el que nada va a cambiar? —sonreí con picardía.

—Pues tendremos que decidir en que cama vamos a pasar el resto del día desnudos, si en la tuya o en la mía.

Reí y volví a deslizar la mano entre su cabello, la cerré en un puño atrapando varios mechones entre mis dedos, tiré un poco y Leo gimió bajito, lanzando un golpe de su aliento contra uno de mis pezones que se endureció al instante.

—La mía es más cómoda —intenté picarlo.

—No estoy muy seguro de eso —se incorporó un poco y apoyó la cabeza en una mano y el codo sobre el colchón—, tendremos que probar varias veces allí y otras tantas aquí para poder dar una buena conclusión.

Acaricié su mejilla, su barba me rascó los dedos y las cosquillas volvieron a hacer acto de presencia.

—Tenemos mucho tiempo para eso —deslicé el dedo por ese hoyuelo de su mejilla que me volvía loca—, todo el tiempo del universo.

Agradecimientos

En primer y único lugar muchas gracias a ti, sí, a ti que estás leyendo esto en este preciso momento. A ti que me has dedicado el tiempo y la atención, que has disfrutado (o eso espero) leyendo esta historia que pasó por mi cabeza y no pude evitar plasmarla aquí.

Las aventuras de Vera y Leo nacieron en enero de 2020, empecé a escribir los primeros capítulos en el mes de marzo y… bueno, ya todos sabemos lo que sucedió ese mes. La vida se me hizo bola entonces, tal y como a Vera, y tuve que dejar de escribir por un tiempo, porque la ansiedad me lo impedía. Lo he intentado muchas veces, unas con más éxito que otras y no me avergüenza decir que he llorado frente al teclado en más de una ocasión por no ser capaz de escribir ni una sola línea.

Pero eso ya pasó y la historia está aquí, por eso es quizás un poquito más especial que las otras para mí, porque me he demostrado a mí misma que puedo hacerlo pese a todo, que la situación no está bien para casi nadie, pero yo sigo aquí, viva y con ganas de seguir escribiendo.

Así que gracias por acompañarme en esta historia y te invito a que estés pendiente porque tendrá segunda parte en la que alguno de los protagonistas también querrá contar lo que pasa en su vida.

Un besote y hasta pronto.

Sobre la autora

Puedes encontrar más obras de Naobi Chan en Amazon

Y la podrás buscar en Twitter, Facebook en Instagram por @naobichan